

PSICOLOGÍA DEL MILITAR PROFESIONAL

August Hamon

A: A. Corre

En modesto testimonio de estima al sabio y al hombre, dedica este ensayo científico, A. Hamon.

PREFACIO

Cuando a principios del año 1898, emprendimos la tarea de escribir una Psicología del Militar de profesión, no podíamos ni remotamente sospechar el extraño destino que este ensayo científico iba a tener. No pensábamos que pudiera levantar la tempestad de odios y furores que provocó. La cosa es bastante instructiva y merece que la cuente lo más brevemente posible.

En la **Defensa**, respuesta a las críticas que se hicieron en el transcurso de 1894 al 1895, -época en que apareció una nueva edición francesa de mi obra- que figura al final de esta traducción española, se verá las peregrinaciones que tuvo que soportar nuestro libro para ver la luz pública. Para hallar un editor el libro, tuvo que migrar a Bélgica y así tuvo que imprimirse por mi cuenta y riesgo. Los editores se obstinaban en ver en él una obra de combate y de propaganda y no lo que realmente es: una obra científica, únicamente científica.

Al fin, el libro se dio al público y metió mucho ruido. Numerosas fueron las demandas de autorización para ser traducido. De Alemania tan solo vinieron cuatro. Un editor de Berna, el señor Siebert, se comprometió a editarlo. A principios de Abril de 1894, tenía ya en su poder todo el manuscrito alemán y transcurrieron meses y meses sin aparecer el volumen. Hasta fines de Marzo de 1895, el editor no comenzó a enviar las pruebas al traductor, que en Junio del propio año aún no las había recibido todas. Cansado de tanta demora y de informalidad tanta, escribí al editor prohibiéndole editarlo. Hasta rogué al traductor que no le enviara las pruebas, lo cual hizo. El señor Siebert no hizo caso y en Agosto de 1895 dio al público un pequeño folleto en 8º, de aspecto feísimo, texto incorrecto e incompleto. No figuraba en él ninguna de las numerosas notas de nuestro trabajo siendo sustituidas por el siguiente extraño aviso en la página 100, última del libro:

NACHSCHRIFT

«In welchen Dokumenten die mit Notenziffern bezeichneten Thatsachen zu finden sind, teilt der Verfasser (A. Hamon, Homme de lettres, 132 Av. de Clichy, in Paris) mit».

Sin duda esta grotesca edición de la casa Siebert no fue enviada a ningún periódico, pues la crítica alemana no se ocupó lo más mínimo de mi libro.

* Edición corregida y aumentada con una Defensa y un Prefacio. Traducción: José Prat. Digitalización: KCL.

En Julio de 1895 el editor alemán señor Aug. Dieckmann me propuso publicarlo y acepté. En Febrero de 1896 apareció en Leipzig en forma de un elegante volumen in-12 de 188 páginas. Contrariamente a lo convencido, no figuró la Defensa en esta edición alemana. Seguramente que ya en aquella época la casa editorial Dieckmann, desaparecida hoy, se encontraría en mala situación y debido a esto no haría el debido cambio con la prensa, pues esta tan poco dijo nada de nuestra obra. De ello resulta que en Alemania mi libro es más conocido por la edición francesa que por la alemana.

En Agosto de 1895, el editor señor Savine de París, publicó una nueva edición de la **Psicología del Militar Profesional**, precedida de la Defensa que los lectores de esta traducción española hallarán al final del texto. Habiéndose fusionado la casa Savine con la casa P. V. Stock, mi libro forma actualmente parte de la Biblioteca Sociológica que publica este editor.

En Junio de 1896 un grupo socialista de Oporto (Portugal) publicó una edición muy completa de nuestro libro en la lengua de Camoens, precedida de un bello prefacio del señor P. de Carvalho, formando un volumen in-18 de 276 páginas.

En 1903, el editor ruso Birukoff, cuya casa está situada en Anex, cerca de Ginebra, publicó una edición en lengua rusa, incluyendo la Defensa, en un volumen in-18 de 265 páginas.

En Italia mi libro fue más afortunado que en Alemania. Primero lo editó en Roma en 1895 la *Tipografía editrice sociale*, en un volumen in-18 de 147 páginas con el retrato del autor, y se agotó rápidamente. En 1901 el conocido editor Remo Sandrop lo publicó nuevamente. El traductor señor Frigerio incluyó la defensa.

Al pie de unas pocas palabras más de prefacio, el editor puso esta nota en italiano:

«Rogamos al lector tenga presente que el autor habla en este libro del ejército francés y que de ningún modo entendemos lo que de él dice pueda ser aplicado a nuestras instituciones militares, las cuales han dado recientemente en China tantas pruebas de humanidad y aun de espíritu de sacrificio en beneficio del interés social».

Esta nota es absolutamente inexacta. El editor la puso sin conocimiento mío, probablemente por un irreflexivo temor de persecuciones. Y esta, su inexactitud, es tanto más evidente que en el curso de mi volumen, hasta en el mismo prefacio, yo digo: el estado psíquico del militar profesional, tal como lo he deducido de los hechos observados, no se refiere únicamente al militar francés, sino al militar profesional en general, sea cual sea su nación, su raza y su arma.

Mi libro no fue perseguido en Italia, como tampoco lo fue en Francia, en Alemania y en Portugal. Y no precisamente a causa de esta nota tan infantil, sino porque es un libro de ciencia y que en cualquier país la ciencia tiene el derecho y el deber de decirlo todo. La ciencia sigue su camino paso a paso, lentamente, pero con seguridad, y nada puede detenerla en lo futuro como nada la detuvo en el pasado. El poder enorme de la Iglesia se gastó en vano durante la Edad Media para impedir la libertad de pensar. Y actualmente, con los descubrimientos del espíritu humano, tales como la imprenta, el ferrocarril, etc., la obstaculización se haría más difícil, es más imposible y en vano se gastará el poder de todas las plutocracias presentes. El pensamiento no puede ser comprimido. ¡Pobres cerebros los que lo intenten!

Pero si en Italia mi libro no fue objeto de persecuciones, sucedió, en cambio, una curiosa aventura a las ideas en él expresadas. El señor G. P. Lucini publicó en *Le Italia del Popolo*, importante periódico de Milán, dos largos artículos en los cuales daba cuenta de mi obra, analizándola y señalando sus ideas principales, hasta atenuándolas. (Véanse los números de 25 de Junio y 23 de Julio de 1901). Estos artículos fueron secuestrados. Su autor, un poeta de talento, fue procesado. En los periódicos de Milán del 7 y 8 de Diciembre de 1901, pueden

leerse los debates del proceso que terminó en una absolución. No podía ser de otro modo, lo contrario hubiera sido un contrasentido:

A propósito de esto escribí yo al señor P. Piazzzi, abogado defensor, una carta que reprodujo *Le Italia del Popolo* en 6 de Diciembre y de la que me permito reproducir los siguientes párrafos:

«El gobierno italiano persigue y secuestra artículos de periódico y no secuestra el libro del que estos artículos no son más que breve y atenuado comentario, lo cual es sencillamente ridículo. Estas ridículas persecuciones, ridículas porque son contrarias a la razón y a la lógica, son completamente inútiles. No serán ellas, seguramente, con todas sus condenas, las que puedan impedir sea un hecho que los ejércitos internacionales en China hayan robado, asesinado, violado, saqueado, destrozado todo. Todos estos actos son interesantes a la profesión militar y no podrán dejar de suceder mientras subsistan los militares. Callar estos actos nunca significará que no se producen. Además, es infantil poner trabas al pensamiento, querer comprimir el Verbo. Por su misma naturaleza el pensamiento y su expresión, bajo cualquiera de sus formas, es incomprensible. Escaparon al pasado, escaparán a la persecución del presente. Los gobernantes italianos deberían saber las palabras de los apóstoles: «No podemos dejar de hablar de las cosas que hemos visto y oído». De no haber olvidado estas palabras sabrían que no conduce a nada esta ridícula persecución. La verdad no deja por esto de penetrar en los cerebros, los hechos son los hechos y no dejan de ser negándolos. ¿De qué le sirvió a la Iglesia haber perseguido y quemado a los herejes? ¿De qué les sirvió a los austriacos haber perseguido a los patriotas italianos? ¿De qué a Inglaterra martirizar a los Acadienses, a los Canadienses franceses a los Irlandeses? La herejía triunfa, el materialismo y el ateísmo también. Los canadienses franceses y los acadienses son hoy más fuertes que nunca. Los italianos se han desembarazado del yugo austriaco... Los irlandeses luchan aún y pronto serán los vencedores. La hoguera, la cárcel, el presidio, todo esto es infantil y vano, absolutamente inútil. **El pensamiento no puede ser encadenado**».

Deseoso durante el curso del *Affaire Dreyfus*, (1898), de divulgar la verdad científica que se encierra en las notas de la *Psicología del Militar profesional*, tuve la idea de hacer publicar una edición barata de vulgarización científica. Sabiendo que el Sr. Yves Guyot, director de *Le Siécle*, editaba obras concernientes a Dreyfus, le propuse dicha edición, haciéndole constar que no pedía nada por mis derechos de autor. Yves Guyot se negó alegando que nuestra obra atacaba a todo el ejército y que aún era éste necesario. Esto nos dio la prueba de que para ciertos individuos que dirigían el asunto Dreyfus, era este asunto puramente individual, particular, sin ningún principio por causa. Su campaña evidenciaba demasiadas manchas y mi libro las confirmaba demasiado. Tuve sin embargo el placer de ver que en 1898 y 1899 se hacían corrientes las ideas que en 1893 expuse en mi libro con gran escándalo de la mayoría. Estas ideas las hallé diariamente repetidas en la prensa o en los folletos, a mayor gloria de sus autores que se olvidaron de citar mis trabajos. Es la muerte reservada a todos los precursores. Ni me extraña ni me quejo de ello. La expresión «Militar profesional» se ha hecho corriente, clásica, cuando antes de mi libro no se había aún empleado.

Algunos cronistas de talento estaban tan impregnados de mis ideas que a veces hasta las repetían en los mismos términos. Urbain Gohier, cuyo talento de polemista es innegable, fue acusado de plagio por el *Daily News*. (Números del 23 de Noviembre, 2 y 22 de Diciembre de 1898, Londres: *Nya Pressen*, 28 de Noviembre de 1898, Helsingfors). Dicho periódico cotejaba los textos de los señores Hamon y Gohier y se extrañaba de que el segundo se viera perseguido y no fuera el primero. Entonces me vi precisado a intervenir y lo hice en carta de que extraigo algunos fragmentos típicos:

«Mi libro es un libro de ciencia y no otra cosa. Ha sido elaborado recogiendo observaciones, analizándolas, demostrando sus caracteres comunes y sacando enseguida conclusiones sin intención de injuriar ni de insultar. Mi libro estudia el militarismo y su efecto, la guerra, en *todas las naciones*. Aquí radica la diferencia entre *El Ejército contra la Nación*, de Urbain Gohier y mi obra... Gohier no se dirige siquiera contra el principio del Militarismo. Mi *Psicología del Militar Profesional* es un libro de ciencia que tiene un alcance general, independientemente del tiempo y del lugar. Por esto es tan verdadero y tiene tanta actualidad hoy como hace cinco años y la tendrá mientras subsista el principio del Militarismo en el

país que sea. *L' Armée contre la Nation* es un libro de polémica, colección de artículos de periódicos escritos al día. Es una obra de circunstancia, sin alcance general, sin valor filosófico, pero de un gran valor de polémica y de estilo. Hay, por lo tanto, una diferencia esencial entre los dos.

Esta diferencia esencial explica, sin que por esto justifique las persecuciones, la diferencia de actitud gubernamental enfrente de ambos autores. En mi libro... yo no he insultado, ni injuriado al ejército francés en particular. He hecho observar, una serie de fenómenos y he sacado conclusiones. No se me puede decir que he atacado al ejército, del mismo modo que no se acusa al naturalista que estudia las costumbres de ciertos parásitos, de insultar a estos parásitos. Lejos estoy de insultar a los militares profesionales, pues que según la tesis que sostengo, no pueden dejar de ser lo que son. Son los efectos necesarios de la profesión que ejercen, sea cual sea el país. Y lo serán mientras ejerzan esta profesión. Al hacer observar que los militares profesionales son necesariamente criminales por su misma profesión, no les insulto del propio modo que no insultamos a los jorobados o a los ciegos al observar que son jorobados o ciegos. No poseeríamos espíritu científico y filosófico si vilipendiáramos o injuriáramos a los productos *necesarios*, a los *efectos inevitables de causas sociales*...»

La guerra es un ambiente en que necesariamente el sentimiento altruista se anula poco a poco, pues la sensibilidad se embota y hasta desaparece más o menos completamente, como con mucha precisión hizo notar el mariscal Canrobert. «La guerra -escribió- hace desaparecer la sensibilidad del hombre cuando está en el campo de batalla. Se preocupa poco de ver caer a sus compañeros. Un oficial o un soldado que en otra ocasión poseerá un corazón tiernísimo, se volverá fatalista, indiferente hasta ser duro, en el fragor del combate. Esta insensibilidad en el campo de batalla ha de ser una de las cualidades del general en jefe...» (*Souvenirs*, tomo I, pág. 85). Esta insensibilidad necesaria a la guerra, que afecta poco a poco a todos los militares profesionales, subsiste en tiempo de paz y se manifiesta por diversas brutalidades, sobre todo en el ejercicio del oficio, en el cuartel, contra los hombres. El fin del militar es la *guerra*. Toda la educación del militar debe tender y tiende, en efecto, a la preparación de esta guerra. Asimismo, la educación militar tiende a producir la insensibilidad cuyas manifestaciones más brutales se ven durante las guerras.

«*La guerra no se hace con la filantropía*», dice el mariscal Canrobert (*Souvenirs*, tomo I, pág. 376). Por lo demás, es fácil desarrollar en el hombre esta insensibilidad, pues existe en él su estado instintivo, sobrevivencia del estado de brutalidad ancestral. El hombre es un animal en el cual se despierta el salvajismo de los antepasados humanos y prehumanos. Basta que se presente una ocasión, por pasajera que sea. Hallamos de ello una prueba en el salvajismo de ciertas multitudes de civilizados. La profesión es un hecho permanente y por tanto su acción sobre los individuos es mucho más intensa. La moral de la profesión militar está en oposición absoluta con la moral ordinaria. Esta confesión la hicieron ya el príncipe Jorge de Sajonia y el kromprinz Federico Carlos de Prusia. «La guerra -dijeron-, es una cosa aparte que contradice la moral cristiana corriente. *No desees los bienes ajenos*, dice esta moral. *Toma, roba todo lo que puedas*, predica la guerra. *No mientas*, dice una. *Miente, arma emboscadas*, no responde la guerra, y *cuanto más mates, mayor será tu mérito en este mundo y en el otro*». (*Die Waffen Nieder* y *La Revue des Revues*, Septiembre y Octubre de 1893).

De todo esto resulta que inevitablemente la profesión militar, que tiene sobre los que la ejercen tan considerable influencia, prepara las violencias y las brutalidades de la guerra, educa al hombre para este fin y provoca en él el despertar de los instintos sanguinarios, brutales, que dormitan en todo ser humano. Estos instintos los desarrolla en los militares profesionales que se adoptan al fin perseguido y se convierten en simples criminales por un simple fenómeno de adaptación al medio en el cual viven, al fin que persiguen y para el cual están educados.

Algunos críticos, como el de *Minerva*, de Roma (30 de Junio de 1901), estimaron que a pesar de toda nuestra buena voluntad nos costó trabajo hallar los hechos para plantear nuestra tesis, mientras que hubiera sido fácil hallarlos para sostener la tesis contraria. Verdad que los críticos se guardaron mucho de presentar siquiera un hecho en apoyo de su pretensión. No nos la

explicamos sino recurriendo a su ignorancia del asunto de que hablaban, pues no queremos sospechar de su buena fe. En efecto, cada día que transcurre aporta un nuevo y numeroso contingente de hechos como los relatados en mi *Psicología del Militar Profesional*. Quien quiera leer los periódicos de todos los países no se hallará más que la dificultad de la elección agravada por la cantidad. Si se leen las Memorias de los oficiales superiores o de los generales que con frecuencia se van publicando, puede recogerse abundante cosecha de hechos análogos a los por nosotros citados, hechos que confirman la psiquis especial de los militares profesionales y que hemos determinado. Permítasenos citar algunos más:

«En Filipinas los voluntarios americanos han robado, saqueado e incendiado. Saquearon las tumbas de los sacerdotes con la esperanza de hallar objetos preciosos. Rompieron los sarcófagos y arrojaron al suelo los cadáveres medio descompuestos. (*New York Freeman's Journal*, 12 de Mayo de 1900).

Mr. Watson, comodoro de la flota de los Estados Unidos deplora que la paz se haya firmado antes que la Marina haya podido significarse yendo a España. (*The Globe Demokrad*, Octubre 1898).

En la cámara de diputados de Bélgica, el 7 de Diciembre de 1895, el diputado Defned dijo sustancialmente:

“No hace mucho que un carabinero, en estado de embriaguez, disparó su fusil sobre sus jefes y se le procesó. Los informes médicos declararon la irresponsabilidad del soldado y no obstante, se le condenó a diez años de presidio. «Loco o no, declaró el presidente del consejo de guerra, el soldado ha disparado sobre sus jefes y debe ser condenado...» Un capitán de estado mayor golpeó gravemente, días hace a un magistrado militar y fue condenado a un mes de cárcel. Diez años a un soldado y un mes a un oficial. He aquí la justicia militar...”

En las famosas *Hunenbriefe* (Cartas de los Hunos) que publicó el Vorwaekts (30 de Diciembre de 1900; 3 y 23 de Febrero; 2 y 28 de Marzo y 3 y 19 de Abril de 1901), hallamos la descripción de numerosos hechos de saqueo, violaciones, robos, homicidios, etc., que el ejército internacional cometió en China. En estas cartas se trata, sobre todo, del ejército alemán, pero las tropas inglesas, francesas, americanas, etc., se entregaron a los mismos actos. En el *New York Herald*, el señor Jonh F. Bas, nos relató el saqueo de Tientsin que es en un todo parecido a los saqueos de las ciudades que se efectuaron en la edad media y en la antigüedad. (Véase *La Nación*, de Buenos Aires, 26 de Noviembre de 1900).

“Nunca podrá formarse una idea en el Canadá de verdadero estado de las cosas, escribe un soldado alistado voluntariamente en la guerra de Transvaal. Es una continua persecución desde la mañana a la noche y no hay un soldado que no tenga motivos de queja. Si los periódicos publicaran las cartas de los soldados se vería de qué modo nos tratan los oficiales... Vivimos como puercos y se nos trata como a presidiarios...” (*La Patrie*, 20 de Diciembre de 1899, Montreal).

“En el *landrote* del distrito de Rustenburg se hallan archivados diferentes testimonios de mujeres y muchachas que los ingleses hicieron robar por los cafres, y declaran que los cafres las mantenían sujetas mientras los ingleses las violaban... Gran número de esposas e hijas de boers, entre ellas muchachas de 12 años, fueron robadas por los cafres y después de una marcha de 60 millas, durante la cual mujeres y jóvenes tuvieron que llevar a sus hijos en brazos, fueron sujetadas por cuatro negros, mientras los soldados ingleses las deshonoraban...” (*Les Debats*, Montreal, 22 de Abril de 1900, según *Kreuzzeitung* y la *Frangfurter Zeitung* del 16 de Diciembre de 1889).

“Acabamos de llegar de unas correrías en que hemos incendiado, saqueado y desvanecido todas las tribus...” (*Campañas de África de 1835 a 1845*. Correspondencias enviadas al Mariscal de Castellane, carta del mariscal Canrobert)».

Facilísimo nos sería alargar estas citas sin fin. Podríamos ir a buscarlas en las *Memorias* de Bourrienne, del Duque de Rovigo,¹ del general Marbot, del general conde de Saint Chamano, del general Indigné,² en las *Campañas de Creniea, de Italia*, etc., cartas dirigidas al mariscal de

¹ Garnier hermanos, editores.

² Plon et Nourrit, editores.

Castellane por los mariscales Niel, Bosquet, Vaillant, Pelissier, los generales Changarnier, Cler, Mellinè, etc., (Plon, editor); en la obra *el Mariscal de Saint Arnaud en Creniea* del doctor Carbol; en la *Carta al Parlamento y Mi Derecho* por el capitán de fragata Picard Destelan; en *Napoleón y su familia* por Federico Masson (Ollendorf, editor); en *Fragmentos de mi vida* (de Jena a Moscou) por el coronel de Suckow (Plon, editor), etc. No citamos más que obras francesas, porque siendo francés son las que más leemos. Pero en las Memorias de los oficiales extranjeros se hallaría, seguramente, igual cosecha de hechos típicos de la mentalidad militar. La señora Lily Braun publicó hace dos años la Correspondencia de su padre, general alemán, relativa a la campaña de Francia en 1870 y esta correspondencia contiene una multitud de hechos semejantes a los que hemos citado.

En la actualidad, todo el mundo conoce *La Petite Garnison*, del teniente Bilse, que relata la vida de los militares alemanes.³ Un proceso ante el Consejo de Guerra demostró que su libro era un cuadro muy exacto de esta vida. Otras novelas del mismo género, como *Jena o Ledan* de F. A. Beyerlein, se han ido publicando en Alemania o en Austria desde 1902 y todas demuestran con hechos la veracidad de la mentalidad especial del Militar profesional tal como nosotros la hemos establecido.

En Alemania, en Austria, en Rusia, el espíritu miliar ha llegado, si así podemos decirlo, a su máximo de intensidad, y, por consiguiente a sus efectos: injurias, violencias, brutalidades, abusos del poder, etc., son más frecuentes que en otros países.

Pero en estas otras naciones no dejan de existir, no obstante, estas mismas características de la mentalidad militar. En Inglaterra y Norte América las hallamos lo mismo, a pesar de que el espíritu militar está poco desarrollado en estos dos países. Los ejemplos que anteriormente hemos citado son una prueba. Permítasenos citar aún los dos hechos siguientes:

Durante la guerra de los Anglo-egipcios contra los Mahdistas del Ludan, los soldados del ejército anglo-egipcio cometieron actos verdaderamente salvajes. Se remataba a los heridos en el mismo campo de batalla. Las mujeres y los niños quedaron destrozados a cañonazos. (G. N. Bennett, *Contemporary Review*, Enero de 1899, Londres).

En el campo de Meade (Middletown, Pa. Estados Unidos) tres soldados del segundo batallón de West Virginia fueron condenados al siguiente suplicio: extendidos sobre el suelo, los pies y manos atados a cuñas, colocados en cruz, quedaron expuestos durante dos horas a los rigores del sol. Otro soldado que faltó al respeto a su superior fue condenado a llevar una bayoneta en la boca, a guisa de mordaza, atada sólidamente con una cuerda alrededor del cuello y las manos atadas a la espalda. Cuando le quitaron la bayoneta, la sangre manó en abundancia de la boca.

Todo esto justifica plenamente nuestra conclusión. El militarismo es una escuela del crimen. En todas partes es lo mismo. El militar profesional francés, alemán, inglés, ruso, español, italiano, belga, americano, argentino, holandés, etc., es en todas partes lo mismo: violento, brutal, insensible, infatuado de sí mismo y de su poder. En todas partes donde la guerra estalla surge el robo, la violación, el saqueo, el asesinato, el incendio, la mentira, el espionaje y otros actos viles que disminuyen la moralidad del individuo y a veces la atrofian.

No decimos ninguna novedad afirmando que el militarismo es una escuela del crimen. No hacemos más que repetir en esta forma lo que la Iglesia católica decía antiguamente y que parece haber olvidado hoy. En el siglo X, el *Pænitentiale* de Reginón, abate de Prum, habla de las expiaciones impuestas a los que han matado en el curso de una guerra. Las leyes de la Iglesia colocaban el homicidio cometido durante la guerra entre los actos criminales. (Véase *El Estado social de la Francia en tiempos de las Cruzadas*, por L. Garreau, París 1899, pág. 398).

³ Obra publicada recientemente por esta casa con el título de *Pequeña Guarnición*.

En el capítulo II de esta **Psicología del Militar Profesional**, decimos: en suma, la profesión militar es un oficio como otro cualquiera, ejercido como todos los demás. Algunos han querido ver en esto la expresión de una identidad cuando no es más que la expresión de una similitud. No quisimos decir que la profesión militar es idéntica a cualquiera otra. Quisimos significar que la profesión militar se ejerce como todos los demás oficios, con un fin absolutamente individual, en vista de un interés puramente particular, interés del individuo que la ejerce.

Todo militar de profesión ejerce su oficio, no por amor a la Patria, sino para progresar en la carrera que abrazó, para obtener gloria, riquezas, honores, en una palabra, por interés personal. El objetivo es el mismo para todos los hombres, para el hombre de ciencia, para el literato, el tendero, el ingeniero, el comerciante, el militar, etc. Únicamente difieren los medios para llegar a este resultado. Varían según la profesión.

Decir, cómo escribió en su nota el editor italiano de nuestro libro, que el militar profesional obra por espíritu de sacrificio en beneficio del interés social, es un error mayúsculo. Todos los hechos lo contradicen. Citaremos algunos sacándolos de las correspondencias de los oficiales generales, correspondencias íntimas en que se desahogan con toda sinceridad:

Del primero al último, escribe el mariscal Forey, vamos corriendo todos en pos del bastón de mariscal después de las estrellas y las charreteras y ocultamos nuestra ambición detrás del sentimiento del deber. (*Campañas de África de 1835 a 1848*, Correspondencias enviadas al mariscal Castellane).⁴

Algunas veces son las celebridades del ejército que benévolamente buscan hacer matar hombres para tener la ocasión de redactar boletines ampulosos con unas miserables fusiladas de retaguardia. La exageración, mejor aún, la mentira, están a la orden del día. Todos buscan hacerse pasar por grandes vencedores y podría decirse que el objetivo de la guerra estriba más en hacer ganar cruces y grados a ciertos protegidos, que obligar a los árabes a hacer la paz (obra citada, carta del general Cler).

Para mí, lo esencial es no desaprovechar esta ocasión que se me presenta de avanzar en mi carrera, que de otro modo no sería posible (carta del jefe de batallón Changarnier, más tarde general, al mariscal Castellane, ob. cit.).

¿Pero porqué nuestros generales se preocupan más de sus intereses privados que de los de sus subordinados? (carta del capitán Bouteilloux, luego general, ob. cit.).

Francia gasta tesoros, millones, en África, sin más objeto que el de labrar la fortuna de algunos individuos y hacerles aumentar de grado... (carta del coronel Smidt, ob. cit.).

En aquel solemne momento (señal del asalto por Constantino) todos, oficiales y soldados, estábamos sumidos en recogimiento... Los oficiales estaban animados de un sentimiento ambicioso: con el deseo de pescar un grado más, o con la esperanza de obtener una cruz. Los soldados, más tranquilos, no esperaban ninguna recompensa... (*Souvenirs*, del Mariscal Canrobert, tomo I, pág. 298).

Todo esto demuestra muy bien que lo que anima al militar profesional en el ejercicio de su carrera es un cuidado puramente individual y no el del engrandecimiento de su patria. Mantenemos, por lo tanto, la verdad de este pensamiento: La profesión militar es una profesión como todas las demás, distinguiéndose de estas por la naturaleza de su ejercicio, pero no por el objetivo de los que la ejercen.

Así, que, los militares profesionales tienen la psiquis que exponemos en el curso de este libro y la tienen por el mismo hecho de la profesión que ejercen. La profesión militar, tal como dejamos sentados en las conclusiones de esta obra, tal como hace seis años, en 1899, escribió el sabio

⁴ En su estudio sobre *El servicio militar* publicado en el *Progreso de la Boca* (Buenos Aires), números del 23 de Agosto al 29 de Noviembre de 1903, el señor Elam Ravel dejó citados varios hechos de igual naturaleza referentes a los militares argentinos.

profesor Giard, es una sobrevivencia de las edades bárbaras, es un vestigio patente, clarísimo del pasado. ¿Es susceptible de perfección esta profesión en el sentido de instituciones democráticas? El señor Giard responde: No. Participamos nosotros de su mismo modo de ver, como se verá en las conclusiones. De todos modos, nosotros creemos que se pueden atenuar los efectos de esta profesión disminuyendo su diferenciación de las demás. Algunas reformas legales lograrían este objeto permitiendo una ligera y lenta mejora de las mentalidades de los profesionales militares y disminuirían sus nocividades.

La desaparición de los efectos totales del militarismo no puede ir aparejada sino con la desaparición del mismo militarismo. El ejército no puede ser democratizado. Es de esencia autoritaria, ya lo ha dicho el mariscal Canrobert. «Los soldados no son republicanos, dijo. Acostumbrados a obedecer están contentos de ver a los burgueses sometidos como ellos... Los ejércitos son esencialmente monárquicos».

Con entera confianza entregamos esta edición española de nuestro libro a la crítica de los científicos de España, de Méjico, de la América Central, de Colombia, de Venezuela, de la Argentina, del Uruguay, del Chile, del Ecuador, del Perú. Filósofos, sociólogos y pensadores de estos países no verán en este libro, estamos de ello seguros, sino lo que efectivamente es: un estudio objetivo, científico, de la mentalidad determinada en el individuo por la profesión militar.

Esperamos que el gran público que nos haga el honor de leernos no se servirá del aforismo que hemos deducido, el militarismo es una escuela del crimen, para injuriar e insultar a los militares profesionales, como algunos han hecho. En efecto, sería absolutamente ilógico e infantil, no de hombres que piensen y reflexionen. No nos cansaremos de repetirlo; al obrar criminalmente los militares profesionales no tienen demérito ninguno. Dadas las condiciones, son lo que debían ser. Los medios, agregados a sus predisposiciones naturales, los condicionaron de este modo. No pueden ser diferentes de lo que son. No pueden obrar de otro modo del que obran. Es infantil guardarles rencor.

A. Hamon
Kerhuel en Camlez (Bretagne), Agosto 1904.

PRÓLOGO

«Los criminalistas, escribimos en una memoria,⁵ no estudian sino ciertas manifestaciones del acto anti-social, aquellas que en nuestro estado de civilización indignan, a los más, los sentimientos de la mitad de los hombres. Se olvidan de estudiar las demás manifestaciones del crimen, manifestaciones más graves que las precedentes, pero que no lo parecen porque la costumbre que tenemos de verlas perpetrar, nos impide concebir cuán perjudiciales son... De esto resulta que la mayoría de los criminalistas estudia tan sólo lo que puede calificarse de crimen excepcional».⁶

En efecto, todos los criminalistas se han ocupado de los criminales encarcelados, de aquellos que Manouvrier llama la hez de los criminales, y no se han preocupado para nada de la multitud de gentes que se tienen por honradas, con las que nos codeamos todos los días y en todas las

⁵ *Crime et criminaliste*, págs. 165-172. *Almanach de la Question sociale pour 1893*.

⁶ A. Corre, en *Crime et Suicide*, y en *les Criminels*, ha hablado del crimen oculto. Creo que es el único criminalista que haya hablado extensamente sobre el particular.

profesiones. Y es así porque «los criminalistas se han metido a policías, olvidando, seguramente, que la policía no es la encargada de hacer el análisis psicológico indispensable el criminólogo»⁷.

Nuestros estudios sociológicos nos han conducido a esta comprobación: La criminalidad legal es ínfima, casi despreciable, comparada con la criminalidad oculta. Un estudio de esta última ofrecería una importancia mucho más considerable que el estudio de la criminalidad legal, sobre todo si se pone cuidado en dar a la palabra *Crimen* una expresión filosófica. En una memoria reciente⁸ hemos intentado hallar esta expresión y hemos llegado a esta definición: *Por Crimen se entiende todo acto que lesiona la libertad individual*. Entiéndase bien que se trata de la libertad de obrar, es decir, de la facultad de ejecutar una volición, ya que la libertad de querer no existe.

Esta amplia concepción del crimen permite hacer estudios interesantes que, de hecho, pueden ser tan psicológicos como criminológicos. Con una definición semejante se concibe la importancia de un examen criminológico o psicológico de las grandes clases profesionales de la sociedad. No hay que excusar la dificultad considerable de semejante estudio puesto que ha de tener por base a los hechos. Para el criminalista que trata casos teratológicos del crimen, los hechos es fácil encontrarlos, pues tiene a su disposición el proceso incoado, el informe policiaco y las estadísticas judiciales y penitenciarias. Pero para el criminólogo que quiera tratar del crimen filosóficamente definido, todo esto no le sirve gran cosa; es necesario que recoja en los libros, en los periódicos, en las revistas, etc., los innumerables hechos que contienen, a menudo poco aparentes, hechos que revelan el estado de alma, no de los individuos tomados individualmente, sino colectivamente, por profesión.

En una colectividad, por ejemplo, un pueblo, existe, ciertamente, un estado de espíritu general que hace que todos los miembros de esta colectividad posean, en muchas cosas comunes, concepciones análogas. Del mismo modo en cada una de las grandes divisiones sociales, como el ejército, la magistratura, la policía, el comercio, la banca, etcétera, existe un estado de alma especial a la profesión, y esta esencia es lo que importa desprender si se quiere hacer el estudio de la criminología en una época cualquiera. Calcúlese, por lo dicho, la dificultad que hay para poder escribir un trabajo completo de criminología social. No abrigamos la temeraria pretensión de escribirlo, pero sí queremos bosquejarlo, señalar su marco.

Este ensayo, que al darnos la psicología del militar profesional nos demostrará la influencia del medio sobre la forma de la criminalidad, es el primero de una serie de memorias que nos proponemos escribir sucesivamente sobre la policía, la magistratura, la prensa, la banca, el comercio y la industria.

Para tales ensayos es necesario utilizar, como ejemplos de la esencia profesional, hechos que calificaré de históricos, por más que sean recientes. Son históricos en el sentido que han sido relatados en periódicos, revistas y libros y no han sido refutados. Ninguno de los hechos que citaré es inédito; los he recogido en la mina, preciosa para quien sepa utilizarla, de los periódicos y de los libros. Los hechos que aporto son ejemplos, es decir, que no relataré todos los análogos que conozco⁹ y que hace cuatro años vengo recogiendo de la prensa francesa para la redacción de mi *Francia Social y Política*.

Estos ejemplos tienen tanto más valor, cuanto que los individuos a que se refieren, ocupan en la profesión una elevada posición, una honorabilidad profesional -lo cual no quiere decir

⁷ Manouvrier, *Archives de l'Anthropologie criminelle*, Septiembre 1892.

⁸ Véase *Archives d'Anthropologie criminelle*, Mayo 1893, págs. 242-257, -Folleto en 8º-, Lyon 1893, Stock, editor.

⁹ A. Corre ha tenido la bondad de prestarme algunos de sus documentos. Me complazco en agradecerse desde este libro, sintiendo que la amistad que le profeso, me impida decir todo lo bueno que pienso del hombre y del sabio.

moralidad- de las más respetadas. Y de ahí la necesidad de designar a los individuos por sus nombres, máxime cuando ya han pasado por libros y revistas.

Para escribir estos capítulos de criminología, esta sección de la sociología, se halla el escritor en la misma situación que el historiador de un país y que el geógrafo que describe una comarca. Forzosamente están obligados a nombrar, el uno, los personajes políticos, los hombres de guerra, etc.; el otro, las montañas, los ríos, las ciudades y en general, los accidentes del terreno. Del mismo modo, el criminólogo se ve precisado a nombrar los individuos-ejemplos para dar mayor fuerza a los hechos. En efecto, todo el mundo comprenderá que si se cita a diez pequeños comerciantes como falsificadores, no tendremos la esencia profesional especial del comercio, mientras que si los nombrados son grandes comerciantes el escritor puede tener la pretensión de conocer exactamente esta esencia. Interviene aquí una cuestión de proporcionalidad, pues hay menos comerciantes grandes que pequeños; y si el número ejemplo es el mismo, hay, por consiguiente, mayores probabilidades de obtener el tipo esencial de la moralidad con los ejemplos tomados entre los grandes comerciantes que entre los pequeños. Es sabido, además, que la imitación es una de las cualidades del hombre;¹⁰ todos nos hallamos inclinados, en grados diversos, a imitar al modelo que ocupe una situación más elevada. En todos los hombres hay el deseo de ir hacia lo mejor, y este modelo, para mucha gente, está representado por su elevada posición. Estas explicaciones demuestran el espíritu que me ha guiado cuando he designado con sus nombres a los individuos-ejemplos.

El lector observará, que, en estos ensayos, mis ejemplos están tomados más a menudo en la nación francesa que en los demás pueblos de igual civilización. Téngase en cuenta que habiendo yo nacido en Francia hallo más facilidades en recoger los datos entre la prensa francesa que en la de los demás países. De hecho, esto tiene poquísima importancia, pues tanto Europa, como los Estados Unidos y otros varios países, poseen una civilización que es idéntica en sus grandes líneas generales. La profesión reviste al individuo de un barniz profesional idéntico en todas partes donde la civilización es parecida y la consecuencia es una analogía, sino una identidad profesional. Por su estado de espíritu y manera de ser, un oficial alemán se parece más a un oficial francés que a cualquier otro francés civil. Nada tan parecido a un comerciante inglés como un comerciante americano, alemán o francés. Hay así como una especie de exterior moral, especial a todos los individuos de una misma profesión. Por consiguiente, aunque los ejemplos franceses sean más numerosos, la generalización se impone en estos esbozos de criminología profesional.

CAPÍTULO I

GENERALIDADES

Este primer ensayo trata de la profesión militar.

En nuestra época, en que la religión «Patriotismo», ha sustituido, para mucha gente, a la religión cristiana, sin que en ninguna de las dos haya podido ser bien determinado, bien concebido, el objeto del culto, es probable que muchos hallen que es singularmente audaz que se ose tocar la profesión militar, sagrada entre lo más sagrado, porque es la salvaguardia de la

¹⁰ Léase sobre el particular las obras de Tarde que ha desarrollado particularmente este tema y hasta ha sido un poco exclusivo en el desarrollo.

patria. Se nos dirá que hacemos obra de antipatriotas y que profanamos el santuario. Poco importan al sabio semejantes clamores, poco importan al hombre de ciencia, consagrado a la investigación de la verdad. Cuando el sabio la hallado o cree haber hallado la verdad, su deber es proclamarla al mundo entero, resulte lo que resulte para él, para los suyos o para su patria. Su deber consiste en ser leal en la exposición de los hechos, lógico en las deducciones; su deber es examinar los hombres y los fenómenos sin espíritu de partido, sin sectarismo o fanatismo. Creemos que este ensayo, producto de un hombre que no profesa otro culto que el de la verdad, reúne estas condiciones.

Actualmente, en todos los países de civilización europea, el servicio militar es obligatorio para todos los hombres válidos.¹¹ Pasan en el cuartel, por un tiempo más o menos largo, siete años el que más, y vuelven luego a la vida civil. Indudablemente, que este medio obra en ellos durante este tiempo, pero de todos modos, no se puede considerar a estos soldados forzados como si fueran militares profesionales. Nos vemos, pues, obligados para estudiar la influencia de la profesión militar sobre la mentalidad, es decir, para determinar la psicología profesional, a tratar únicamente de los militares por vocación, mejor dicho, de los oficiales de alta graduación y de un pequeño número de oficiales de baja graduación. No nos ocuparemos gran cosa de estos últimos, porque, salidos generalmente de una clase social menos elevada, menos refinada, la profesión debe obrar sobre ellos con mayor fuerza que sobre los oficiales de elevada graduación procedentes de una clase social más refinada y en relaciones frecuentes con un mundo educado e instruido. Si demostramos claramente la influencia de la profesión en la mentalidad de los oficiales, se deducirá fácilmente que se deja sentir más en la mentalidad de los suboficiales, acentuándose en éstos los fenómenos observados en los primeros. La observación de los hechos confirma este modo de ver. Es un efecto de la imitación en los inferiores, tanto por tendencia natural como por interés.

Estas consideraciones explican el hecho que nuestros ejemplos estén escogidos únicamente entre los oficiales, preferentemente entre los oficiales superiores o generales, puesto que la elevada situación que éstos ocupan en la sociedad tiende a atenuar en ellos la esencia profesional; verdad es que esta atenuación está compensada por el largo tiempo durante el cual la profesión obra sobre la intelectualidad de estos individuos.

CAPÍTULO II

FINALIDAD DEL PROFESIONAL EN LA CARRERA MILITAR

«Antiguamente, escribe Corre¹², no había ejército nacional, tampoco existía la patria... No había sino mercenarios capaces de todo, y las hazañas que cometían en país francés pueden leerse en las memorias relativas a las guerras de religión, escudriñarlas en los relatos de las dragonadas ordenadas contra sus propios súbditos por un rey jesuita: lo que eran capaces de cometer en país enemigo, bajo el mando de los jefes reputados por más humanos, se puede ver en el curso de la campaña de Turena en 1674 (primer incendio del Palatinado) y en el curso de la campaña de Cantinat en 1690 (guerra del Piamonte). En 1735 los soldados del ejército de

¹¹ Hay que exceptuar Inglaterra. Si bien, en este país, la ley ordena el servicio militar a todos, el Parlamento suspende cada año su aplicación; de ahí que el ejército inglés sea por entero profesional.

¹² Le militarismo, págs. 91-96. – *Almanach de la question sociale pour 1892. – Aperçu général de la criminalité militaire en France.* Storck, editor; Lyon, 1891.

Italia saquean descaradamente las ciudades y los pueblos indefensos, traficando abiertamente con sus robos, «negándose a aceptar la carne suministrada por el rey de Cerdeña a fin de poder alimentarse con volatería que robaban en los campos», y no respetando ni a las mujeres... Después de la jornada de Rosbach (1757), el conde de Saint Germain escribió: Tengo a mis órdenes una banda de ladrones y asesinos; han robado, violado, saqueado y cometido todos los horrores imaginables».

Así, pues, durante el período pre revolucionario había soldados que combatían, no por la patria, sino para su propio y personal beneficio. Su oficio era batirse, y con su oficio adquirían gloria y provecho, como provecho y consideración adquiere el tendero vendiendo sus géneros. Eran ejércitos mercenarios que ninguna grande idea guiaba. Las tropas iban al combate por el afán del lucro que daba el saqueo, por los placeres sexuales que la violación proporcionaba, todo sazonado por el olor de la sangre que incita a herir y matar. En el siglo XVIII sucedía poco más o menos lo mismo que en el siglo XIV.

Con la Revolución se desarrolla la idea de Libertad, que en la Francia revolucionaria, en oposición con la Europa monárquica, se confunde necesariamente con el patriotismo, el amor hacia el país en que se quiere vivir libremente. La nación en masa se levanta para defender su libertad amenazada por la coalición de los reyes; y el ejército *nacional* quedó creado. Napoleón obligó con sus conquistas a los demás pueblos a hacer lo mismo; es decir, crear el ejército nacional, al mismo tiempo que profesionalizó el ejército francés.

De estos movimientos políticos y sociales resultó que los ejércitos en Europa siendo *nacionales*, se convirtieron en *profesionales*. Se cuentan pocos extranjeros en su seno, pero en cambio los nacionales que los forman hallan en ellos una carrera; son soldados como otros son agricultores o mineros. Cuando sobrevino la guerra de 1870 y la fiebre de armamentos que aún subsiste, el ejército se desprofesionalizó y se hizo obligatorio para todos. Actualmente en toda Europa, a excepción de Inglaterra, hay verdadero ejército nacional tal como existió durante un tiempo en el período revolucionario. En estos ejércitos nacionales, como hemos dicho ya, hay una parte que continúa siendo profesional, y es el cuerpo de oficiales.

En Francia la idea libertaria sublevó la nación durante la época revolucionaria; en los otros países el odio al invasor francés, después de las conquistas napoleónicas, sublevó los pueblos. De estos fenómenos resultó la creencia general que el militar de profesión es soldado por patriotismo, por amor a la patria. Esta creencia, generadora de una especie de aureola en torno de estos individuos, es absolutamente falsa. Los hechos lo demuestran y vamos a presentar algunos:

El día 2 de Septiembre de 1796, víspera de la batalla de Bassano, el general Massena escribió una carta al general Berthier presentándole su dimisión, diciéndole que su división se halla en la imposibilidad de tomar parte en las operaciones proyectadas. En una palabra, se negaba a marchar, molesto por una información de que se le hizo objeto a causa de unos robos. Después de tener una entrevista con Bonaparte retiró su dimisión.¹³

El 13 de Septiembre del mismo año, a su vez, Augereau dimitía, fastidiado por una información a propósito de una distracción de fondos de que se le acusaba.¹⁴

Durante esta campaña de Italia, Bonaparte ordenó a los generales de división que destituyeran inmediatamente a todos los oficiales ausentes irregularmente, y especialmente a los que se

¹³ Correspondencia inédita, oficial y confidencial de Napoleón Bonaparte, II, 17. – Citado por Trolard en *De Montenote au Pond d'Arcole*, pág. 328-329. Savine, editor.

¹⁴ Trolard, obra citada, pág. 330.

hallaban en las ciudades de Milán, Brescia, Plasencia, etcétera.¹⁵ Conviene hacer observar que el ejército francés se hallaba entonces en país enemigo y en contacto diario con el adversario.

Durante las guerras de España eran frecuentes las deserciones en el ejército francés. *El Diario del Ayudante X*, publicado en la *Revue rétrospective*, nos enseña que los desertores de todas categorías formaban bandas irregulares, y que cuando se encontraban con los oficiales que habían permanecido fieles a su bandera, reanudaban su vieja amistad y se hacían mil agasajos. Después de la caída de Napoleón, estos desertores volvieron a Francia y fueron muy bien recibidos.

El mariscal Moltke, uno de los fundadores de la Alemania actual, ilustre hombre de guerra y excelente militar, era danés por nacimiento e hijo de padres daneses. Fue educado en Dinamarca y oficial del ejército danés. Viéndose sin porvenir en este pequeño país, se fue a servir en Turquía y después en Prusia. Oficial del ejército prusiano combatió contra su patria natal y ayudó poderosamente a su desmembramiento.

En el ejército y marina turcos hay muchos oficiales franceses, alemanes e ingleses. El ejército griego está instruido por oficiales franceses.

En Francia existe una legión extranjera completamente profesional, incluso los soldados, y es análoga a los ejércitos mercenarios de los siglos precedentes.

Es inútil recordar la conocida conducta del mariscal Bazaine en Metz.

En 1890, un ex teniente, Bousquet, fue condenado a cinco años de prisión por el delito de traición.

Aún no ha olvidado el asunto Turpín Triponé que tanto ruido hizo en 1891. Quedó plenamente probado que el general de división Ladvocat era amigo y cómplice del espía Triponé. En este asunto de venta de documentos secretos a la casa inglesa Armstrong, estaban más o menos comprometidos varios oficiales superiores.¹⁶

Menos conocido es el asunto de los cañones de marina, en el cual se halló comprometida toda la entera división de artillería con su jefe el general Du Pan. «La dirección de artillería -dijo Clemenceau desde la tribuna de la Cámara-, ha cometido un verdadero crimen contra la patria no manteniendo nuestra artillería al nivel de la artillería extranjera».¹⁷

En Diciembre de 1891 se suicidó el teniente coronel Rocard, agregado a la Dirección de Artillería del Ministerio de Marina. De los informes publicados en los periódicos,¹⁸ resulta que este oficial superior reveló al general Du Pan los graves manejos del teniente coronel Périsset, predecesor suyo. Du Pan le ordenó que se callara; exasperado Rocard, insultó a su superior y se suicidó para evitarse un proceso. Périsset, inventor de un procedimiento de fabricación de proyectiles, fue oficialmente declarado de reserva por faltas cometidas en la disciplina, según la versión oficial. Los periódicos contaron, y lo apoyaron con pruebas, que había vendido su patente a una casa inglesa, con la cual se había comprometido a proporcionarle compras por parte del Estado francés. Périsset no trató de disculparse de estos ataques de la prensa, llevando a sus acusadores ante los tribunales como era de rigor.

¹⁵ Correspondencia de Napoleón 1º, I, 446. – Citado por Trolard, obra susodicha, pág. 179.

¹⁶ La historia completa del asunto Turpín-Triponé se halla en el libro *Ministère et Mèclinite* de los señores A. Hamon y G. Bachot, París, 1891.

¹⁷ Cámara de diputados; debates parlamentarios, sesión de 9 de Diciembre de 1891. – Citado por Hamon en *Francia social y política*, año 1891, pág. 694. – Todos los detalles de este asunto figuran en *Ministère et Mèclinite*, pág. 71-99.

¹⁸ *Intransigeant*, 30 de Diciembre de 1891; periódicos de los días 28 y 30 de Enero de 1892.

En 1891, Brisson, en nombre de la Comisión de presupuestos, presentó una memoria que puede leerse en documentos oficiales (anexo del *Journal Officiel*). Estudiando esta memoria, se queda el lector atónito ante el extraordinario despilfarro que se descubre en las construcciones de los buques de guerra y en las compras de material concerniente a defensa nacional (sección de Marina). Los autores de este despilfarro son oficiales de graduación y generales.¹⁹

Entre los administradores franceses de una sociedad inglesa vendedora de ingenios de guerra se hallan, al decir de la *Actión* (29 de Enero de 1892), el general Thomas y el almirante Jonquières.

En el asunto de los fusiles judíos, que tanto ruido hizo allende los Vosgos, el teniente coronel Kuehne era cómplice del industrial Loewe, junto con otros oficiales también comprometidos.²⁰

El armamento, según parecer del general ruso Fedoroff, no sirve más que para enriquecer a industriales y oficiales.²¹ En Mayo de 1892, *Le Matín* publicaba un despacho, según el cual, para poder obtener Loewe la fabricación de los fusiles del ejército español, había comprado a oficiales de esta nación.

Massena y Augereau, presentando su dimisión en pleno período de guerra; el danés Moltke, combatiendo contra su patria natal; los oficiales franceses, ingleses y alemanes, alquilando sus servicios a una nación extranjera; el general Ladvoat haciéndose cómplice de un espía; la Dirección de Artillería y de las construcciones navales despilfarrando los fondos de la defensa nacional; el coronel Kuehne, ayudando al industrial Loewe a defraudar al gobierno alemán, etc., obraban de este modo lo menos patrióticamente posible, demostrando que ninguna concepción tenían de la abnegación para con la patria.

Estos hechos sintomáticos revelan que el militar profesional no ejerce la profesión por patriotismo. Esta es para él un oficio que le permite vivir y le da al propio tiempo gloria, riqueza y honores. Es militar de profesión como podría ser industrial o comerciante; por interés personal, sin que la abnegación susodicha intervenga para nada. Por lo demás, en tiempos de paz, la patria es una buena madre para estos profesionales a quienes mantiene, sino lujosamente, por lo menos suficientemente, sin que tengan que trabajar mucho. En tiempo de guerra, los profesionales quedan confundidos con la masa de militares por obligación y estos dos géneros de soldados se sacrifican de igual modo, pero el primero tiene la esperanza de adquirir gloria y honores, en tanto que al segundo no le sirve de acicate esto, pues aún recuerda que el día anterior era paisano.

Se nos podrá objetar que, si así sucede, en efecto, en caso de guerra europea, no puede aplicarse el mismo raciocinio a los militares profesionales que van a conquistar comarcas exóticas. Generalmente suele creerse que van allí arriesgando una muerte rápida en los combates, la muerte lenta por las enfermedades y todo esto *ad majorem patriæ gloriam*. Esta creencia es puro fruto de un estudio superficial de los hechos. El objetivo de todo hombre es progresar en la carrera que ha adoptado; consiguientemente, en la carrera militar, su objetivo será subir de grado. Las expediciones coloniales son muy propias para este resultado. El siguiente párrafo, debido al señor Du Casse, antiguo capitán del Estado Mayor, nos aclara la cuestión:

«Para trasladar a París a Saint-Arnaud, convertido en general de división, hubo necesidad de engrandecerle, haciéndole pasar por una aureola de batallas gloriosas, y como para hacer la

¹⁹ Hamon, ob. cit., año 1891, página 691-694. – En el *Juif de la Marine*, se hallarán los hechos confirmativos señalados por Brisson, relatados por el ingeniero Paulin Masson.

²⁰ Periódicos de Diciembre de 1892.

²¹ Hamon, ob. cit., año 1891, pág. 667.

guerra precisa que haya enemigos, se resolvió hostigar a las kabilas y conferirle el mando de una columna. Y así se hizo; se acusó a las kabilas de agitadores... se les hizo comprender que eran unos rebeldes... A fin de que la nación francesa comprendiera de cuánta gloria se cubría Saint-Arnaud, se redactaron, de antemano, pomposos e hinchados boletines de la victoria...»²²

En estas condiciones, es natural que los oficiales más ambiciosos, los que aspiran a los grados superiores o que prefieren la vida de campaña a la de cuartel, tomen parte en las expediciones coloniales aun a riesgo de hallar la muerte. Obran del mismo modo que los reyezuelos de la Edad Media, que arriesgaban su existencia por un salario o por las ventajas de su oficio de saqueadores. En este modo de obrar no existe huella de ningún sentimiento altruista hacia la colectividad.

En suma, la profesión militar es un oficio como cualquier otro, ejercido como los otros. Es tan verdad esto, que el general Frédéricks, agregado militar de la embajada rusa en Francia, en su alocución, cuando el banquete que terminó las maniobras francesas de 1891, en nombre de todos sus colegas los agregados militares extranjeros -y entre éstos los alemanes-, dijo:

«Nuestra presencia aquí es una prueba de la solidaridad que a todos nos une en el estudio de la noble profesión de las armas.

»En nombre de mis colegas los señores agregados militares extranjeros, brindo calurosamente por el ministro de la guerra, etc.»²³

No de otro modo hubieran hablado los industriales, comerciantes, etc., en un banquete corporativo internacional. Sus palabras sirvieron para demostrar a todos los que reflexionan, que «noble profesión de las armas» no difiere en nada de los demás oficios, no es más elevada que cualquiera otra profesión.

La verdad es que, actualmente, como en el período pre revolucionario, el militar profesional ejerce su oficio, no por patriotismo, sino por interés personal, impulsado por el afán del lucro, de los placeres sexuales, de la gloria, en tiempo de guerra; por el deseo de hallar una vida fácil, mundana, honores y condecoraciones en tiempo de paz.

CAPÍTULO III

EJERCICIO DE LA PROFESIÓN MILITAR

El ejército se ha creado para hacer la guerra, y ésta es el objetivo de todo militar de profesión. Nadie puede ponerlo en duda, pues en todos los países todos los oficiales la desean. Uno de ellos, el capitán de Funcke, agregado militar de la embajada alemana en Francia, lo confesó en estos términos: *Los oficiales quieren la guerra porque esta es su oficio.*²⁴ Este estado de espíritu que existía en el soldado pre-revolucionario subsiste aún actualmente, y como el soldado medioeval, el militar profesional de nuestros días, en el ejercicio de su «noble profesión de las armas», se entrega al pillaje, al incendio, al asesinato y a la violación.

²² *Les Dessous du Coup d'Etat*, pág. 35-37. – París, 1891, Savine, editor.

²³ Hamon, ob. cit., año 1891, pág. 467.

²⁴ Hamon, ob. cit., año 1891, pág. 469.

Siendo la guerra el fin del profesional, en los hechos de guerra hallaremos los fenómenos susceptibles de revelar la esencia profesional de los individuos que ejercen la profesión de las armas. Todos los horrores imaginables que antiguamente cometían los ejércitos, se cometen hoy igualmente por nuestros ejércitos llamados civilizados. El robo, la violación, el incendio, y el asesinato, después de los combates, florecen a maravilla. He aquí las pruebas:

Massena, que fue duque de Rívoli y príncipe de Essling, retuvo indebidamente 300.000 liras de las sumas cogidas al enemigo. Su ayudante de campo tenía la misión de depositar en cada de personas seguras, las joyas y el dinero que Massena se apropiaba. El ayudante general Landrieux descubrió en casa de dos curas dos cajas llenas que pertenecían a Massena y que contenían lo robado en las iglesias y casas particulares, y además 310.077 francos.²⁵

El mariscal Augereau, duque de Castiglione, par de Francia, llenó todo un furgón de objetos que retenía ilegalmente. Vendió asimismo 160 caballos tomados a los austriacos por la cantidad de 60.000 francos, que se embolsó muy tranquilamente. Una noche hizo desbalijar el almacén del joyero más rico de Bolonia, e hizo trasladar el botín a su furgón. Ausente de Verona, durante el saqueo de esta ciudad, reclamó más tarde su parte de botín y la municipalidad de Verona decidió abandonarle cinco buques cargados de especias (600.000 liras). El acuerdo del municipio obedeció a que el general Chabran se hubiera apoderado lo mismo de dichos cargamentos.²⁶

El Monte de Piedad de Verona fue también saqueado. Los oficiales arramblaban con todos los objetos preciosos. «Cada uno se creía con derecho a quedarse con los objetos que podía encontrar. En una casa los oficiales se hicieron entregar 60.000 liras sin librar recibo alguno».²⁷

En esta misma ciudad fueron secuestrados todos los coches y distribuidos a los generales y coroneles. El resto fue vendido a beneficio de los oficiales inferiores.²⁸

Los generales Ballano, Kilmaine y Landrieux obtuvieron del municipio veronés 200.000 liras los primeros y 150.000 el tercero.²⁹

En su mando de Lombardía el general Despinoy demostró tan poca probidad como amor por el dinero.³⁰

Durante esta campaña de Italia, algunos oficiales saquearon Plasencia, y se llevaron caballos, ropa blanca y calzado.³¹

En el mes de Marzo de 1797, el general Lanusse se apoderó de 60.000 francos de la caja del tesorero establecido en Chiusa. Se trataba de dinero francés y no de botín.³²

El robo era reglamentado, admitido por todos, hasta el punto que el 18 de Febrero de 1797, Bonaparte escribía al directorio: «La comisión de los artistas ha hecho una buena cosecha en Rávena, Rímini, Pesaro, Ancona, Loreto y Peruggia. Todo les será expedido. Agregando a esto

²⁵ Landrieux, *Memorias*, Savine, editor, París, 1893. – Citado por Trolard, ob. cit., pág. 63-65.

²⁶ Landrieux, ob. cit. – Citado por Trolard, ob. cit., páginas 260, 387, 390.

²⁷ Correspondencia inédita oficial y confidencial de Napoleón Bonaparte, III, 81-116. – Citada por Trolard, págs. 382, 383.

²⁸ Landrieux, ob. cit. – Trolard, pág. 387.

²⁹ Landrieux, id. – Id., pág. 390.

³⁰ Marmond, *Memorias*, I, 244. – Trolard, pág. 444-445.

³¹ Trolard, ob. cit., pág. 76.

³² Correspondencia Napoleón I, III, 117. – Citado por Trolard, pág. 10-11. *De Rivoli a Merengo*, París, 1893.

lo que ya ha sido enviado de Roma, *poseeremos todo lo más bello que había en Italia*, menos algunos objetos que se hallan en Nápoles y Turin». ³³

En Vicencio, el comandante de la plaza se hacía pagar 525 libras por década para comida y cena y además 400 liras mensuales cuando no tenía derecho más que a 6 liras diarias. ³⁴

En milán, el jefe de brigada Dupuy escribió: «He vestido nuevamente a mis hombres, a pesar de que me ha costado trabajo, teniendo que robar todo lo que he podido, pues aquí todo el mundo roba». ³⁵

En Vicencio fue secuestrado el Monte de Piedad por la autoridad francesa. Después de selladas las puertas, el comisario de guerra Bouquet robó los objetos preciosos. ³⁶

En Verona, este comisario y el general Chabran se apoderaron de 20.000 liras en joyas del Monte de Piedad y se hicieron entregar a la fuerza 25.000 ducados del municipio. De una información al Directorio hecha por Clarke, se desprende que de ocho comisarios, había dos *sin probidad* y uno *poco delicado*; de cincuenta y cuatro comisarios de guerra veintiuno *no tenían probidad ninguna o dudosa*, uno era un *pillito* y otro *cambalachero*. Todos los comisarios eran oficiales y se habían hallado entre los combatientes. Bouquet tuvo que soportar un consejo de guerra debido a sus robos de alhajas y de efectos preciosos cometidos en los Montes de Piedad de Padua y de Vicencio. A este propósito el general Kilmaine le escribía: «Entre los hombres que les persiguen los hay a quienes se podía con fundamento acusar de robo y de saqueo. Si les juzgan, fuerza será juzgar también a muchos otros, so pena de quedar demostrado que en este ejército hay ladrones privilegiados». Bouquet fue condenado el 3 de Julio de 1797 a cinco años de prisión y el general Kilmaine le escribió: «Has hecho perfectamente en responder con el silencio y el desprecio a tus *sedicentes jueces*. Son unos *verdugos* que te han sacrificado... Veré de nuevo al general en jefe (Bonaparte); no puede ser sordo a la voz de la verdad... *Te hará justicia, de antemano te lo aseguro positivamente*». Efectivamente, el día 30 de Abril de 1798 el consejo de revisión revocaba la sentencia y el 13 de Agosto un segundo consejo de guerra, presidido por el general Fiorella, absolvía, *de orden superior*, al comisario Bouquet. Durante el imperio, Napoleón concedió a Bouquet una pensión de 2.400 francos. ³⁷

Landrieux escribe en sus *Memorias* lo siguiente: «Murat y Vignolles descendieron de un bellissimo carruaje inglés que el primero me dijo había confiscado al cónsul inglés de Liorna, de donde venían, y me rogó se lo guardara por unos días para darle tiempo de venderlo. Temía llevárselo a Milán, suponiendo que Napoleón se lo apropiaría. Vignolles me dijo que todos los del Estado mayor habían recibido 60.000 francos cada uno, procedentes de las deudas que los negociantes liorneses tenían pendientes con los ingleses y que Collot, encargado de estas investigaciones, les obligó a pagar, después de lo cual se las repartieron». ³⁸

En las notas suministradas por Bonaparte a Clarke, notas que figuran en una *Lettre ae Directoire* que se halla en los archivos nacionales A. F., III, 72, legajo 291, se lee: «Massna ama mucho el dinero; Augereau ama mucho el dinero; Murat y Chabran lo mismo. Lannes no les

³³ Trolard, pág. 111. *De Rivoli a Marengo*.

³⁴ Correspondencia de Napoleón I, III, 377. – Citado por Trolard, pág. 233-234. *De Rivoli a Marengo*.

³⁵ Archivos municipales de Tolosa. – Trolard, pág. 394. *De Rivoli a Marengo*.

³⁶ Trolard, pág. 233. *De Rivoli a Marengo*.

³⁷ Leonce Grassilier. *Jean Landrieux*, ayudante general encargado del presupuesto secreto, 1756-1820, pág. 254-261, París, 1893. Savine, editor. – Grassilier toma sus apuntes de los Archivos Nacionales y cita minuciosamente los tomos y los legajos.

³⁸ L. Grassilier, ob. cit., pág. 198.

deja en saga en estos amoríos y se lo ha procurado valiéndose de medios que la probidad rechaza». ³⁹ Se trata de generales.

Ciertos oficiales llevan consigo unos carros para cargar el botín procedente del saqueo. Los generales divisionarios, a excepción de Serrurier y Baraguey d’Hilliers, cerraban los ojos. ⁴⁰

El general *austriaco* Melcam, obligado a abandonar París, no quiso marcharse con las manos vacías. Bajo amenaza de incendiar la ciudad, hizo entregar 40.000 francos a los *amigos* de los austriacos, y al retirarse hizo saltar un puente, simplemente para divertirse. ⁴¹

En 1797 el general Chabran, al atravesar Brescia, se hizo entregar por el municipio 40.000 liras, que cargó en su carro conducido por el padre de la mujer con la cual vivía. ⁴²

El general Chevalier, encargado de desarmar la guarnición de Castelnuovo, se quedó, no tan sólo con la caja del dinero de los austriacos, sino con el dinero quitado al conde Morando. ⁴³

El general Berthier, después mariscal y príncipe de Wagram, *supo sacar pingues beneficios* de la campaña de Italia. He aquí el estado de estos beneficios, formulado por Landrieux:

Repartido con Massena, la contribución de Liorna que subió a francos 300.000...	150.000 frs.
Repartido con Massena, impuesto de guerra ordenado por este último a los boloneses y ferrareses, 293.000 liras...	146.000 frs.
Repartido con Massena, impuesto de guerra cobrado a los piemonteses y milaneses, 34.000 zequíes a 12 frs. uno, la mitad...	204.000 frs.
Pagado en Milán por gratificación ordenada por Bonaparte al administrador de Lombardia...	1.500.000 frs.
<i>Total, sin comprender las joyas, caballos, coches, etc....</i>	<u>2.000.000 frs.</u>
Menos la parte que a Massena correspondía del furgón arrebatado en Borgoforte por el enemigo, cuyo furgón contenía los zequíes citados...	<u>204.000 frs.</u>
<i>Resta</i> ⁴⁴ ...	1.796.000 frs.

En Buffarick existe un reloj regalado por el mariscal Pellissier después de la toma de Sebastopol, el cual lo había robado de una iglesia. ⁴⁵

La gran cruz que remata la iglesia San Martín, de Brest, procede de una iglesia de Sebastopol, de donde fue robada.

Pablo Branda cuenta que un oficial, ayudante de campo del general X., le dijo: «Después del saqueo del Palacio de Verano (guerra de China), nos apresuramos a pegarle fuego; todos lo veíamos como un acusador. Había una biblioteca tan preciosa como la de Alejandría y quedó reducida a cenizas». ⁴⁶

³⁹ L. Grassilier, ob. cit., pág. 262.

⁴⁰ Trolard, ob. cit., págs. 123-124.

⁴¹ Manuscrito de Fenini, en la biblioteca de la Universidad de Pavía; citado por Trolard, pág. 136.

⁴² Landrieux; citado por Trolard, pág. 190.

⁴³ Landrieux; citado por Trolard, págs. 222-223.

⁴⁴ Leonce Grassilier, ob. cit., pág. 319.

⁴⁵ Hamon, ob. cit., 1891, pág. 540.

⁴⁶ P. Branda. *Mers de Chine*, pág. 65; Pichon, editor, París, 1872. – Pablo Branda es el pseudónimo del almirante Pablo Réveillère que formaba parte de la expedición de China.

«No pueden imaginarse hasta qué extremo llegó el pillaje. En el Palacio... un oficial que recogía perlas engarzadas en un árbol de oro, atacado por otro saqueador celoso, ni siquiera se volvió a mirarle».⁴⁷

Un personaje importante de la expedición de China decía en Shanghai, en una gran comida semioficial: «He comprado a un soldado por veinte piastras dos grandes jarrones y doce copas de metal, cuya belleza del trabajo me sedujo. Juzguen de mi asombro cuando un joyero chino me dijo que este metal era oro. ¿Y el soldado? -le preguntó uno del auditorio-. Lo he buscado en vano -respondió *balbuceando* el personaje».⁴⁸

Uno de nuestros pasajeros me decía con tono muy natural: «Por no tener dos piastras, tuve que dejar escapar la fortuna. Un soldado me ofrecía a este precio una perla en forma de aceituna, de una pureza de aguas admirable y cuyo diámetro tenía más de dos pulgadas. Se la quedó por dicho precio el señor B...»⁴⁹

El coronel Dupin (Branda no lo nombra) trajo de China un bagaje de 80 metros cúbicos. Bien le marcharon los negocios en Pekín. Había objetos muy raros y *abrió un comercio de objetos chinoscos* en una ciudad francesa. A causa de este escándalo, se le dio el retiro. De él se cuenta que arrebató a los soldados lo que éstos robaron.⁵⁰

Respecto a los robos, asesinatos, etc., cometidos por el ejército alemán en 1870 en territorio francés, será mejor dejar la palabra a los extractos de la memoria del teniente bávaro Emmar.

Durante la campaña, este oficial fue tomando notas y su carnet fue hallado junto a su cadáver. El literato Enrique Gauthier Villars publicó largos pasajes en la *Revue Bleue* del año 1892. Desgraciadamente, para el hombre de ciencia, dicho escritor suprimió las reflexiones de aquel militar⁵¹ sobre las mujeres, a fin de no herir el pudor de las lectoras. A pesar de esta supresión, la publicación es muy sugestiva, como podrá verse por los extractos que siguen:

«7 de Agosto. – Esta mañana los soldados roban: gallinas, ánades, un puerco, un tonel de vino; la cocina se hace con la leña que se arrebató a los campesinos. Gran juerga.

»8 de Agosto. – En Zinsweiler, nuevos robos. A las ocho salimos, supongo que sin que lo sientan mucho sus habitantes.

»17 de Agosto. – Entramos en Dombasle y todo el mundo se emborrachó. El teniente Franck está manchado de vino, por dentro y por fuera, y trabajo me costó conducirlo a su habitación, en la que dejó recuerdos de su borrachera.

»23 de Agosto. – Meligny le Petit, pueblo pobre, pulgas devoradoras, mala gente, que reciben a nuestros furriel a bastonazos. Para enseñarles a vivir nos apoderamos de todas las provisiones que habían escondido, sin dejarles absolutamente nada. Damos una paliza a un campesino, pretextando que había disparado su fusil contra el capitán, lo cual no es cierto...

»4 de Octubre. – El teniente Feuerlein ha robado dos caballos y quiere hacernos creer que se los han regalado: se propone venderlos por seiscientos francos y se hace el desinteresado

⁴⁷ P. Branda, ob. cit., pág. 64.

⁴⁸ P. Branda, ob. cit., pág. 64.

⁴⁹ P. Branda, ob. cit., pág. 64.

⁵⁰ P. Branda, ob. cit., pág. 66.

⁵¹ Es de notar que este oficial no ama la guerra, pues en su carnet, fecha 15 de Agosto, se lee: «Es el final de la guerra; ¡gracias a Dios!».

incapaz de robar nada; pero según afirma el teniente Wærlé, el asistente dejó bien guardada en Claire cierta vajilla de plata...

»12 de Octubre. – He dormido bien en casa del cura, a pesar del ruido infernal que armaban los soldados. He pasado la mañana huroneando en las casas, y he encontrado buenas cosas, entre las cuales una pipa muy linda y un fusil chassepot que he empaquetado. Mi asistente me trajo ayer dos mantas de lana. Me he llevado ocho botellas de buen coñac, vino, chocolate, azúcar y café. Con todo esto ya se puede ir tirando. *Han hecho volar dos casas, en una de las cuales se encontraban dos muchachas*».

«Nosotros -dice- nos hemos portado como unos bandidos, pero los franceses es posible que lo hubieran hecho todavía peor».

Un oficial de la expedición al Tonkin, escribió:

«Me he apoderado de todas las pipas, servicios de té y todo lo que me ha convenido. También me he llevado un fusil y una lanza que valió una bala al propietario de ella».⁵²

En las gacetas de 13 y 20 de Enero de 1892 iba inserta una nota oficial previniendo que el Ministerio de Marina procedería al reparto de botín que correspondía a los militares que desde el 25 de Abril de 1882 al 17 de Octubre de 1884 tomaron parte en los combates del Tonkin. La cantidad que correspondía a cada soldado oscilaba entre 0.14 francos y 168.48 francos. Los tenientes tenían derecho cada uno a tres lotes, cuatro los capitanes, cinco los oficiales superiores y seis el comandante de la columna.

Después del robo y de los saqueos relatados en los hechos anteriores, pasemos a citar algunos ejemplos de salvajismo:⁵³

El 24 de Mayo de 1796, el batallón mandado por Lannes entró a paso de carga en Binasco... Las casas fueron invadidas. En una estaban tres obreros comiendo y fueron acribillados a bayonetazos... Es la caza de hombre en todo lo que tiene de más inhumano... Lannes ordenó pegar fuego a todas las calles.⁵⁴

La mujer joven de un oficial enemigo *tocó en el reparto* a Massena. Este se encerró con ella inmediatamente en una casa de Dego, y *esta parte de botín* le hizo descuidar las precauciones necesarias.⁵⁵

En Dego, los austriacos se echaron brutalmente sobre hombres profundamente dormidos que nada les hicieron.⁵⁶

En una carta de la municipalidad de Oneille al gobierno de la República, se lee: «El respeto a las personas ha sido hollado por la violación de una niña de 14 años que hacía un mes guardaba cama por estar enferma de fiebre. Un oficial y cuatro individuos abusaron

⁵² Hamon, ob. cit., 1890, pág. 208, II.

⁵³ Si quisiéramos relatar todos los hechos descritos en las memorias de guerras y de conquistas en todos los tiempos y en todos los pueblos, necesitaríamos llenar volúmenes. Este salvajismo ha sido representado con mucha intensidad por A. Bidet en un cuadro que vimos en el Salón del Campo de Marte en 1893. La *Melèe*, título de esta página militar, representa una carga de marinos franceses contra los soldados prusianos. Es horrible; cualquiera diría que son salvajes que vociferan la muerte.

⁵⁴ Trolard, ob. cit., pág. 168.

⁵⁵ Teniente general conde de Segur. *Memorias*, citado por Trolard.

⁵⁶ El padre Piuma, limosnero austriaco. *Relato histórico de la campaña de Bonaparte en Italia por un testimonio ocular*, citado por Trolard.

ignominiosamente de ella... Ha saqueado las casas y llevado consigo todo lo que era de fácil porte.⁵⁷

»Las violencias, los raptos, los robos cometidos por los austriacos, fueron considerables, se lee en un manuscrito del cura Alberghini, testimonio de los sucesos de 1796-97. En lugar de perseguir a los franceses, saqueaban las casas. Dos inofensivas personas fueron asesinadas... Luego vinieron los franceses a terminar la obra de devastación de los austriacos.⁵⁸

»La conquista de Kabylia -dijo en el Senado el señor Tirman, gobernador general de Argelia-, arruinó al país. Se pegó fuego a la mayor parte de pueblos y se talaron todos los árboles. Las gentes que sometimos eran gentes condenadas a ser desgraciadas durante mucho tiempo».⁵⁹

Podría citar el incendio de Bazeilles y otras acciones salvajes y crueles cometidas por el ejército alemán. En las citas precedentes (carnet del teniente Emmar) figura una.

Recordaré la represión cruelmente sanguinaria de la Commune por el ejército de Versalles. Muchos la ignoran o la niegan, pero el tiempo hace su obra y pronto se hará la historia imparcial de esta agitada época. Puede ya leerse una exacta concepción en el *Journal d'un vaincu*, publicado por Pedro de Lano, en la *Histoire d'un Trente sous*, de Sutter Laumann; en *Sous le Drapeau rouge*, de L. Barron, etc. Me limitaré a citar una frase de Saint Genest, un escritor conservador muy admirador del ejército: «Gallifet ha hecho esto como cuando los fusilamientos de la Commune, en que cambiaba *caprichosamente* los números»⁶⁰.

En la guerra de Méjico el coronel Dupin, jefe de una contraguerrilla, adquirió una gran celebridad. Sirva de testimonio la siguiente anécdota: «A la cabeza de su bando se presenta un día en una hacienda, donde fue recibido admirablemente. El dueño le sirvió un banquete espléndido. El coronel se mostró encantado, amable, muy fino: – Verdaderamente, mi querido, dijo al dueño al llegar a los postres, nos ha servido una excelente comida como un perfecto caballero. – Estoy muy contento de serle útil, coronel. Espero el honor de sentarle nuevamente en mi mesa. – No lo creo. – ¿Por qué, coronel? – ¡Oh! señor, porque van a ahorcarlos inmediatamente. – ¿Bromea usted, señor coronel? – No, no me chanceo... mire por la ventana, ahí está la horca... Tome, le dijo alargándole una carta, esto le pertenece... Es un perfecto caballero, pero esto no impedirá que lo ahorquemos». Mientras el desgraciado era conducido al suplicio, decía el coronel, limpiándose los dientes: «Si lo hago ahorcar antes hubiéramos comido muy mal».⁶¹

Durante la conquista de la Cochinchina Baja, en 1861, el comandante Z *ametralló todo lo que encontraba*, por temor de dejar escapar a algún pirata. El comandante X... *adornaba* su tienda con las cabezas de los annamitas.⁶²

Después de la toma de Bien-Hoa el capitán Y hizo un centenar de prisioneros y anunció públicamente su captura. Durante la noche se escaparon algunos de sus cautivos y *para mantener la cifra anunciaba los sustituyó con trabajadores recogidos en país sometido*.⁶³

Uno de nuestros alcaldes condujo a presencia del comandante X algunos piratas. Ocupado éste en aquel momento por asuntos urgentes, respondió lacónicamente: «que los ahorquen». Los

⁵⁷ Trolard, ob. cit., pág. 60, según los Archivos Nacionales.

⁵⁸ Trolard, pág. 30-31. *De Rivoli a Marengo*.

⁵⁹ Hamon, ob. cit., pág. 84, año 1891.

⁶⁰ Hamon, ob. cit., año 1891, pág. 423.

⁶¹ Pablo Branda, ob. cit., pág. 66-67.

⁶² P. Branda, ob. cit., pág. 84.

⁶³ P. Branda, ob. cit., pág. 84.

prisioneros tendieron el cuello al nudo falta con la acostumbrada impasibilidad asiática. Uno hubo, sin embargo, que luchó con energía, pero fue ahorcado como los demás. Cuando el comandante estuvo libre de sus ocupaciones quiso felicitar al alcalde por su captura. Se le buscó en vano, pues el alcalde era el indígena recalcitrante.⁶⁴

En 1862 los franceses incendian los pueblos que no se someten, o, mejor dicho, pegan fuego a todo lo que encuentran para no equivocarse. El saqueo, el asesinato, el incendio, cubren la comarca de lágrimas y de sangre.⁶⁵

El comandante X, decía: «¡Ahorquen, ahorquen siempre! *Inocentes* o culpables, lo esencial es inspirar terror»⁶⁶.

El oficial de marina K, comandante de un cañonero y jefe de distrito, decía a su colega Reveillere: «Cuando temo un movimiento en un pueblo encarcelo a unos cuantos notables y si el pueblo chista, los ahorco. Ayer, uno de ellos, me rompió dos cuerdas. Le hice estrenar una completamente nueva. Daba vueltas y vueltas... *era muy divertido*... y al fin, la cuerda nueva se rompió. Mañana marchó a una expedición, no se olviden de ahorcar un hombre en cada pueblo...»⁶⁷

Cuando la expedición Francis Garnier, después de la toma de Hanoi, los franceses almacenaron víveres y municiones en la ciudadela. A este propósito, un inspector de la marina escribió: «Nada tan curioso como ver maniobrar estos pobres diablos (hombres y mujeres annamitas). El oficial encargado de vigilarlos no sabía una palabra de annamita, pero éste sujeto suplía el gesto a la palabra. *Armado siempre de un enorme garrote, que jamás usaba inútilmente*, hay que hacerle este honor, hacía marchar a su pequeña tropa con una precisión completamente prusiana»⁶⁸.

En el Tonkin, el general Negrier dio orden de cortar las 640 cabezas de los cadáveres chinos de Kep, y hacer con ellas una pirámide. Jamás se pudo saber el por qué de semejante orden.⁶⁹

En el Sudán, el coronel Archinard, hizo fusilar los prisioneros después de la toma de Nioro. Se daba una cantidad a cada indígena que aportaba una cabeza de soldado del ejército enemigo.⁷⁰

En Mayo de 1891, en la Casamansa Baja, el teniente coronel Lefevre fue enviado a quemar el pueblo de Seliki, a fin de vengar una muerte cometido en 1886. El administrador francés de la región protestó, alegando que el asesinato había sido vengado diferentes veces, es decir, quemado el pueblo varias veces, y que, por lo tanto, no tenía que reprochar nada a sus habitantes. «Pues si nada tenemos que hacer aquí, no valía la pena de molestarnos», respondió el coronel Lefevre. Al día siguiente incendiaba el pueblo en el preciso momento que sus habitantes izaban la bandera tricolor para festejar la llegada de los soldados franceses. La volatería y el ganado fueron vendidos a beneficio de los soldados.⁷¹

⁶⁴ P. Branda, ob. cit., pág. 85.

⁶⁵ P. Branda, ob. cit., pág. 102.

⁶⁶ P. Branda, ob. cit., pág. 117.

⁶⁷ P. Branda, ob. cit., pág. 135.

⁶⁸ Mauricio Dubard. *Una expedición al Tonkin*, pág. 81-82, París, 1882. Dentu, editor.

⁶⁹ Harmant. *La verité sur la retraite de Langson*, pág. 94, París, 1892. Savine, editor. Este nombre es el pseudónimo de un capitán.

⁷⁰ Hamon, ob. cit., pág. 218, año 1891.

⁷¹ Hamon, ob. cit., pág. 682, año 1891.

En 1890, el capitán Mahmadou-Racine, agregado al estado mayor general, se apropió un centenar de esclavos... Cuando el comandante de un puesto se halla escaso de dinero ordena una *razzia* de ganado y de cereales sin preocuparse de las consecuencias.⁷²

En Massuah fueron asesinados 800 indígenas, de orden del comandante militar, por el teniente Livraghi. El general Baldissera lo confesó ante el tribunal que absolvió a dicho teniente. El general Orero pretendió que esto era una aplicación de la ley militar en tiempo de guerra.⁷³

En el Congo belga, el comandante de la expedición, llamado Vankerhoven, hizo fusilar en 1891 a los árabes prisioneros; 1800, según dijo un telegrama, una decena, según informes oficiales. El marfil recogido se vendió a beneficio del Estado del Congo. Los árabes, según el telegrama, eran pacíficos; según los informes oficiales del teniente belga Ponthier, hacían correrías y aprisionaban a los negros.⁷⁴

En la batalla de Dogba (expedición del Dahomey), escribe Emilio Saingery, mariscal de artillería de marina, *se remataba a los que daban señales de vida*.⁷⁵

«El coronel Dadds ha dado orden de fusilar despiadadamente a los heridos y prisioneros que caigan en nuestro poder. Esta orden es rigurosamente acatada. Entre los prisioneros de la batalla de Dogba se hallaban dos amazonas que, después de interrogadas, sufrieron la suerte común».⁷⁶

«En Tohoué, fueron capturadas y fusiladas ocho amazonas».⁷⁷

«Nuestra caballería capturó a tres alemanes y un belga, oficiales del ejército de Behanzin; después de un corto interrogatorio, el coronel Dodds los hizo fusilar».⁷⁸

Del relato de un soldado, publicado por Chincholle, extractamos este párrafo:

«En Zonon hemos hecho prisionero a un dahomeyano que estaba acechándonos. El coronel lo ha interrogado, pero el pobre diablo no ha querido darnos ningún informe. *Para que no nos embarazara lo hemos fusilado*. Pasamos hambre y sed, pero no importa; *nos distraemos matando dahomeyanos...*»⁷⁹

«Costosas victorias, muchos oficiales muertos... ¡Pero cuán *curiosa* e interesante es esta guerra! Esta misma mañana el coronel Dodds me ha felicitado e *invitado a tomar la absentia con él... Mi sable es rojo de tanto matar*. Besos a los niños», escribía el capitán Cremieux Foa, desde el campo de Poguessa, el 5 de Octubre.⁸⁰

Estos hechos sintomáticos demuestran que el espíritu de rapiña y de salvajismo, tan desarrollado entre los soldados de antaño, subsiste vivo en los ejércitos actuales. Los asesinatos, los robos, las violaciones, los incendios de antaño, se reproducen presentemente, atestiguando la rutina del espíritu humano a despecho de los innegables progresos efectuados.

⁷² Capitán Peroz. *En el Sudán francés*. París 1889. Calmann Levy, editores.

⁷³ Periódicos de Marzo y Noviembre, 1891.

⁷⁴ *Le Matin*, 21 y 22 de Mayo de 1892.

⁷⁵ *L'Autorité*, 9 de Noviembre de 1892.

⁷⁶ *XIX Siécle*, 10 de Noviembre de 1892.

⁷⁷ *XIX Siécle*, 11 de Noviembre de 1892.

⁷⁸ *Le Figaro*, Noviembre de 1892.

⁷⁹ *Le Figaro*, Noviembre de 1892.

⁸⁰ *Le Journal*, 19 de Noviembre de 1892.

Esta reproducción de fenómenos semejantes en tiempos distanciados, aunque también, prueba la influencia ejercida por el ambiente colectivo sobre la mentalidad humana.

La guerra adiestra a los individuos que toman parte en ella, se dice frecuentemente; y de esta destreza, fruto de la sangrienta obra, nacen forzosamente los actos sanguinarios cuyos ejemplos acabamos de citar. Según la definición del crimen dada por nosotros, la guerra es también un crimen; el filósofo tiene que reprobar este crimen, pero debe asimismo hacer constar que a veces se impone; que el hombre, para defenderse de los manejos criminales de otros hombres, viene obligado a obrar criminalmente. Esta utilidad de la guerra defensiva nos ha impedido ir a buscar los ejemplos en los hechos de batallas; por esto los hemos buscado en los fenómenos que siguen a los combates.

Los actos que hemos citado son inútiles, a menudo nocivos para el mismo individuo actor, y más nocivos aún para la colectividad de que forma parte. En nada pueden aumentar la gloria de su autor o de la nación de que es miembro; no obstante, estos actos siempre acompañaron a la guerra, formando parte integrante de ella, siendo la esencia de «la noble profesión de las armas».

¿Cuáles son las causas de estos crímenes? Muy raramente en su perpetración interviene el odio, este sentimiento tan humano, bárbaro, pero elevado. Ni los annamitas, ni los chinos, ni los italianos, ni los abisinios, ni los franceses, ni los sudaneses, ni los alemanes, ni los austriacos, etc., eran odiados por los que les combatían, por los que cometían con ellos los hechos señalados. El sentimiento «Odio», se encuentra únicamente en las guerras civiles, en los actos ejecutados por motivos políticos o sociales; en estos actos, tanto por parte del vencedor como del vencido, la criminalidad reviste una forma absolutamente salvaje, bestial.

Las causas de estos crímenes son humildes, pues tienen su origen en los tiempos milenarios, en que nuestros antepasados, reunidos en tribus que estaban constantemente en lucha, consideraban como loable y glorioso todo robo, raptó o asesinato perpetrado sobre el extranjero, es decir, sobre el enemigo. ¿Acaso aún hoy no es glorioso para el militar profesional poder ostentar condecoraciones, pruebas de gloriosas acciones de guerra, es decir, pruebas de que ha matado muchos enemigos, incendiado muchos pueblos, saqueado muchas viviendas, violado mujeres y hombres? Del propio modo los pieles rojas hallan glorioso ostentar muchas cabelleras de vencidos o colas de lobos, indicios de bravura en el combate. Es en esta sobrevivencia ancestral donde hay que ver la causa primordial de estos actos criminales.

Pero también intervienen otras causas secundarias. El medio sangriento, resultado de todo combate, atrofiando momentáneamente, a veces para siempre, la sensibilidad inherente a la mentalidad animal y desarrollada en el encéfalo humano por las sucesivas civilizaciones, es una causa secundaria. Esta borrachera de sangre, esta anestesia moral, incita al hombre a las acciones más infames sin que se aperciba de su infamia. El combatiente arriesga o acaba de arriesgar su vida; en él hay una así como paralización de la mentalidad; subsiste únicamente en el cerebro la idea de gozar, y como dispone de la fuerza, se sirve de ella para satisfacer sus deseos, para realizar sus placeres, sin tener la menor noción de que perjudica a los demás.

Estos crímenes cometidos después de la lucha son siempre perpetrados por una colectividad, jamás por una individualidad; hay, por así decirlo, emulación. Interviene el factor imitación, y por ella se ve empujado el individuo a obrar criminalmente. Otra causa secundaria de estos actos criminales es la invulnerabilidad especial de los militares profesionales. El estoicismo de los heridos franceses después de Waterlloo, es un hecho conocido. Si se leen las memorias de los siglos XVII y XVIII se hallarán pruebas bastante frecuentes en los relatos de batallas y de duelos, en las curas rápidas de heridos graves que habrían sido mortales para organismos diferentes. Citaré el caso del general Galliffet:

En Méjico, «horriblemente herido en el combate, se cuenta que fue dejado por muerto, pero que no obstante, cuando volvió en sí, pudo arrastrarse con el vientre abierto, hasta una ambulancia, en la cual entró llevando sus propias entrañas dentro del kepis. El emperador preguntó a su mujer: ¿Habrá estado usted horriblemente inquieta al saber la gravedad de semejante herida, de la que han hablado todos los periódicos? – ¡Oh!, no, Señor, respondió la señora de Galliffet con angelical sonrisa; mi marido es tan afortunado»...⁸¹

A los ojos del vulgo esta invulnerabilidad pasa por bravura y es objeto de elogio. De hecho, esta analgesia física, resto de nuestra antepasada animalidad, es indicio de una categoría cerebral inferior. En efecto, esta analgesia, observada asimismo en los grandes criminales legales, es decir, en los criminales teratológicos, influye sobre la sensibilidad moral de los militares profesionales; destruye poco a poco esta sensibilidad y permite la perpetración de estos actos que lesionan violentamente, brutalmente, la libertad individual.

Por último, interviene, además, la costumbre de considerar como naturales o morales, actos primeramente mirados como antinaturales o inmorales. Todas estas causas internas o externas: atavismo, analgesia física, anestesia moral, deseo de gozar, imitación, costumbre, explican la génesis de estos actos criminales cometidos por individuos predispuestos a sufrir vivamente la influencia de estas causas, puesto que tenían la vocación por una profesión que tolera tales crímenes.

De este análisis psicológico del militar profesional en el ejercicio de su oficio, es decir, en la guerra, se deduce lógicamente la irresponsabilidad de los autores de estos actos criminales. Debemos reprobar estos actos, pero razonablemente no podemos hacer responsables de ellos a sus autores. Si los cometen, es porque están impulsados, en grados diferentes, por la naturaleza de su mentalidad sometida a la influencia de la imitación y de la costumbre.

CAPÍTULO IV

EFFECTOS DE LA PROFESIÓN SOBRE LA MENTALIDAD DE SUS MIEMBROS

Acabamos de ver cuál es la naturaleza del oficio de las armas y que la violencia es su característica. No es necesario haber sido soldado para saberlo; basta un poco de reflexión.

Los individuos que por vocación escogen este oficio, revelan con su elección una propensión natural a la brutalidad. No ignoran que la función del militar consiste en matar, y a pesar de saberlo entran a formar parte de esta profesión. Poseen ciertamente estos individuos una organización fisiológica que les hace más aptos para llenar las condiciones mortíferas de la profesión militar que los demás hombres, que por su modo de ser escogen el comercio, la industria, el arte, la ciencia. Los militares profesionales se reclutan en la clase rica (nobleza y alta burguesía) y en la clase media. La fuente de este reclutamiento es poco más o menos la misma que para los cuerpos médico, profesorado, magistratura, hombres de ciencia, artistas, literatos, ingenieros. Todos estos individuos de estas diversas profesiones pertenecen a una misma capa social, generalmente de espíritu cultivado, de modales pulcros, muy alejados de la brutalidad.

⁸¹ Sra. Carette. *Souvenirs intimes de la Cour des Tuileries*, págs. 234-235, París, 1889. Ollendorf, editor.

Un cierto número de militares profesionales lo son, si así puede decirse, hereditariamente; hijos y descendientes de militares profesionales, ingresan a su vez dentro de la carrera, predispuestos a una rápida adaptación por su organismo hereditariamente determinado, por su educación familiar sometida a la influencia de la profesión paternal.

Los individuos que eligen la vida militar pasan en su mayoría por escuelas especiales, donde reciben una educación particular que será tanto mejor cuanto más les apropie a la misión que les incumbe, es decir, a la guerra. Necesariamente resulta de ahí la glorificación de todos los grandes conquistadores, y, como consecuencia inevitable, la de los actos que inevitablemente acompañan las conquistas, los combates y las batallas. Estos aspirantes a la profesión militar viven dentro de una atmósfera particular en la que aparece como objetivo de sus esfuerzos la imitación de los grandes hombres de guerra. Hanníbal, César, Tamerlan, Gengiskhan, Carlomagno, Wallenstein, Tilly, Condé, Turena, Mauricio de Sajonia, Bonaparte y su pléyade de generales, Moltke, etc., les parecen envidiables por las ilustres acciones que ejecutaron.

En candidato al oficio de guerrero vive por entero sumergido en este mundo de destrozadores de pueblos y de ahí que surja en él la concepción de una infinita superioridad de estos hombres sobre el resto de los humanos. Del mismo modo que el pintor coloca a sus ilustres predecesores los Holbein, los Rafael, los Miguel Angel, los Rubens, los Murillo, etc., por encima, de la filosofía, del arte médico, oratorio, etc., del propio modo el militar no ve hombres que igualen a sus héroes.

Debido a esta educación apropiada, sufriendo como todos los seres la natural facultad de imitar, el militar profesional se ve empujado hacia la imitación de estos héroes durante el estado de guerra, al mismo tiempo que durante el estado de paz se ve empujado a mantener su modo de obrar. Claro que el ambiente social reacciona sobre esta tendencia para atenuar estos modos de obrar según la interna disposición de cada uno, y de ahí resulta que durante el estado de paz estos modos de obrar sean idénticos en naturaleza a los observados en tiempo de guerra, pero siempre en un grado de intensidad menor y en formas más o menos diversas, según el estado cerebral de cada individuo. No tenemos por qué ocuparnos de ellas en esta memoria en que estudiamos la criminología profesional, es decir, los caracteres comunes a estas formas, caracteres determinados por la profesión.

«Cada uno de nosotros, ha escrito Marandon de Montyel,⁸² lleva en su cerebro un criminal que dormita y cuyo despertar depende, en parte, del grado de su letargo, en parte del grado del excitante, de modo que el delincuente de mañana, según las circunstancias, tal vez sean ustedes, tal vez yo mismo». Citado este profundo pensamiento del alienista y criminalista, yo agregué:⁸³ «Hasta se puede decir que el criminal no dormita en el cerebro, sino que está bien despierto». Veamos bajo qué forma este despertar se manifiestan en los militares profesionales.

La violencia es la característica de la profesión militar durante el estado de guerra. Está conforme con la lógica que, en tiempo de paz, se observen formas atenuadas de esta violencia. Sería, en efecto, irracional, ver individuos, violentos en período de guerra, convertirse en ángeles de dulzura en tiempo de paz. Se podría objetar que habiendo cambiado las condiciones mesológicas, los efectos también deben resultar modificados. Lo son efectivamente, pero de grado, no de naturaleza. Esto es bien comprensible, pues en tiempo de paz las condiciones mesológicas del militar profesional no difieren tanto como se cree *a priori*, de las que existen en tiempo de guerra. Si bien no tiene un enemigo contra el cual poder ejercer la violencia, le queda el subordinado, que el profesional considera como inferior, como que vale menos que él; un ser a quien se puede molestar indistintamente; un individuo de otra clase diferente a la suya. Y le queda asimismo el paisano, que, más aún que el subordinado, es un extranjero para el militar

⁸² Archivos de antropología criminal, Mayo, 1892.

⁸³ Amanach de la Question sociale pour 1893, pág. 168.

de profesión. Si no lo considera de otra raza, lo considera, sin embargo, de otra casta, que no puede compararse con él que tiene el honor de llevar el uniforme. Un mundo les separa: el Oficial, y el «Paisano», calificado así, en tono despreciativo.

Existe mayor afinidad entre militares profesionales de diferentes pueblos que entre el paisano y el oficial de un mismo país. No hay que extrañarse de esto. Siendo el mismo el objetivo de los ejércitos en todos los países, la educación ha de ser análoga en todos ellos. De esta educación resulta un mismo estado de espíritu, una misma manera de ser, análogas concepciones, apenas modificadas por las diferencias de caracteres de los individuos y de las naciones. Por lo demás, esta analogía de profesión y de clase, que hace se considere inferiores o extranjeros a los individuos que no ejercen la misma profesión o que no pertenecen a la misma clase social, aunque sean de un mismo país, la observamos en un gran número de profesiones y de clases sociales.

A los ojos del observador de los fenómenos sociales, el obrero francés, por ejemplo, aparece más cercano del obrero alemán que del capitalista francés. El artista tiene mayor afinidad con el artista de otra nación que con el burgués de la suya. Un literato considera más al literato extranjero, que al militar y al banquero de su propio país. Este estado de espíritu, observable en las grandes divisiones profesionales y sociales, no es más que la transformación del espíritu de clase por que ha pasado la humanidad en una época anterior.

Es espíritu de clase ha evolucionado con el acrecentamiento de la colectividad que abarca. Primero quedaba restringido a la pequeña tribu y dentro de la tribu a la profesión; con el tiempo se ha ido haciendo extensivo a la nación y dentro de la nación a la profesión, después a las profesiones análogas, formando así grandes divisiones. Gracias a la rapidez de las comunicaciones y a la uniformidad que se produce en los pueblos de civilización aria, esta expansión se ha acrecentado, y ante el espíritu de clase y de profesión, las fronteras han caído. Hasta se puede prever que la evolución continuará, que este espíritu de clase abarcará cada vez más colectividades mayores. Ya ciertos filósofos comunistas, seguidos y escuchados por una minoría importante, preconizan y demuestran la equivalencia profesional. Como consecuencia, resultará la desaparición de este espíritu profesional. A consecuencia de la evolución social, debida a las transformaciones económicas, también las clases están llamadas a desaparecer, y como consecuencia también, este espíritu de clase desaparecerá a su vez. Este es un porvenir acaso próximo; pero hoy no ocurre, el espíritu profesional existe, y en el militar se halla en su grado máximo.

Esta comprobación no puede efectuarse si se estudia al profesional en el mundo o en un salón donde se codean militares e industriales, banqueros y literatos, etc. Este es un ambiente neutro, en que las características profesionales e individuales desaparecen, salvo a los ojos de un observador muy sagaz y atento. En este medio mundano tienen todos los individuos un barniz que vela, a los ojos del observador poco atento, la esencia individual y profesional, que crea momentáneamente otro modo de ser, debido a la educación refinada, a los roces mundanos y a la compañía de las mujeres. En un salón, el Yo del oficial, del sabio, del banquero, bajo la influencia del medio, queda superficial y momentáneamente modificado. Esta modificación desaparece desde el instante que el individuo se halla de nuevo en su medio natural y reaparece cuando vuelve al ambiente mundano. No es, por consiguiente, ahí donde hay que observar al militar profesional para conocer la forma criminal característica de la profesión. Hay que observarlo en el cuartel, en el ejercicio de su profesión en tiempo de paz, y en el medio civil, cuando los «paisanos» no pertenecen a la misma capa social suya.

CAPÍTULO V

DESPRECIO DE LA VIDA HUMANA Y DE LOS SUFRIMIENTOS FÍSICOS

Hemos visto y dicho que la violencia es la característica de la profesión militar y que ella revela una anestesia moral más o menos profunda. Lógico es, por lo tanto, que en tiempo de paz, los actos de estos profesionales demuestren un desprecio por la vida humana y por los sufrimientos físicos o morales, indicio seguro de una anestesia moral. Esto es lógico y los hechos lo apoyan. Me limitaré a citar algunos:

En Julio de 1890, durante una marcha por los Alpes, tres hombres del 6º de cazadores sucumbieron a la fatiga, uno de ellos completamente extenuado por el calor. Bajo la orden imperiosa de su jefe, este pobre infeliz se levantó, cayó de nuevo; por fin, haciendo un esfuerzo sobrehumano y abandonando su equipo, pudo acabar la etapa. Su jefe le intimó entonces la orden de ir a buscarlo; quiso obedecer el soldado, pero a los pocos pasos que dio, le faltaron las fuerzas y cayó muerto.⁸⁴

En Julio de 1891, durante unas marchas militares por los alrededores de Bassano y de Empoli (Italia), varios soldados murieron de fatiga. La madre de uno de ellos, manifestando su amor maternal, con la mayor energía, intentó matar al capitán.⁸⁵

En Argelia, durante una marcha, un hombre cayó enfermo. Dos soldados lo conducen ante el comandante, que les dijo: – «¿Pero no ven que está borracho como un puerco? Denle de puntapiés y si no quiere andar ya le arreglaremos con quince días de arresto». El hombre fue, efectivamente, arrestado; pero el médico que lo reconoció le envió al hospital, donde murió al cabo de pocas horas.⁸⁶

El 3 de Septiembre de 1891 (maniobras del Este), quinientos hombres flaquearon ante los rayos del sol y la fatiga de las marchas; cincuenta estuvieron gravemente enfermos, cinco murieron. A pesar del calor, el comandante no ordenó la marcha hasta después de las siete de la mañana.⁸⁷

En Agosto de 1892, a pesar de las observaciones del médico militar, el coronel francés Grenoble, hizo continuar una marcha con una temperatura de 31º a la sombra. Hubo algunos muertos y fueron numerosos los enfermos. El coronel fue arrestado durante ocho días.⁸⁸

Un hecho en Rueil. Un muerto. Contrariamente a lo que dispone el reglamento, no había médico en la marcha.⁸⁹

En el 89º de línea estacionado en Courbevoie, durante unas marchas militares, los soldados llevaban todo el peso máximo de su equipo, más dos kilos y medio de arena en una caja. Con esta sobrecarga los soldados regresaron extenuados (*Le Radical*, 9 de Abril de 1892).

⁸⁴ Hamon, ob. cit., 1890, II, pág. 207.

⁸⁵ *Journal des Débats*, 6 de Julio de 1891.

⁸⁶ *XIX Siécle*, 16 de Abril de 1891.

⁸⁷ Hamon, ob. cit., año 1891: pág. 465.

⁸⁸ *Dépêche*, de Brest, 20 de Agosto de 1892.

⁸⁹ *L'Intraseignant*, 20 de Agosto de 1892.

En Astrowo (Rusia), el mayor de la guarnición condenó sin forma de proceso a un guarda de polvorín, padre de familia, a recibir 200 golpes de Knout, por infracción de la disciplina. La víctima de este tratamiento sucumbió a las pocas horas.⁹⁰

El doctor Skariatine, médico militar ruso, declaró cuando le procesaron «que había visto en el ejército *un desprecio tan profundo por la vida y por la personalidad humana y un robo tan escandaloso que nunca hubiera creído pudiera ser posible*».⁹¹

En Odessa, en un embarque de soldados, el mar estaba alborotado y las barcasas eran de fondo plano. Skariatine se dirigió al comandante del puerto y le rogó no colocara a los soldados cerca de las bordas porque podían caer al agua. «*Vaya una desgracia si caen*, respondió el comandante. Es una mercancía que abunda; no como los caballos, de los cuales hay que dar cuenta».⁹²

Durante la revista de un regimiento efectuada por el general de brigada, el soldado Pietrenko estaba enfermo en la ambulancia. El comandante del escuadrón le insultó porque osaba guardar cama y le intimó la orden de levantarse y pasar al escuadrón para ser castigado. El médico se opuso. Tan enfermo estaba el infeliz, que tuvo que dársele la licencia por inválido.⁹³

El soldado Reboullon, del 96º regimiento de infantería alemana, enfermo, pidió al oficial que le eximiera de prestar servicio, y se negó éste. Por la noche, el soldado se suicidó, para escapar a los sufrimientos. A sus camaradas, que pidieron se abriera una investigación, respondió el coronel: «No es posible que se trate mal a los soldados de la 11ª compañía, no quiero creerlo».⁹⁴

En Neisse (Alemania), el mayor Heinrichs y el teniente Morgen, al parecer borrachos, ordenaron a sus soldados que pasaron el río Naisse a nado, vestidos y con todo su equipo de campaña. De doscientos hombres, siete se ahogaron, veintitrés fueron llevados luego al hospital enfermos.⁹⁵

En Dunkerque, Enero de 1891, durante unas maniobras, hubo soldados que quedaron con las orejas y manos heladas y fue necesario amputárselas a varios.

En un periódico de la misma época se leía: «He visto a cabos, sargentos y oficiales que hacían observar a sus soldados la inmovilidad más absoluta y rigurosa, mientras que el aire cortaba la cara, amorataba las manos y helaba la sangre dentro de las venas. Daba lástima ver a aquellos muchachos los esfuerzos sobrehumanos que hacían para no dejar caer el fusil, cuyo metal parecía soldarse a las manos doloridas. El sufrimiento se leía en todos los ojos, desmesuradamente abiertos, pero los jefes parecía que se complacían en este ajeno martirio, que agravaban con sus insultos y amenazas».⁹⁶

⁹⁰ *XIX Siècle*, 15 de Abril de 1892.

⁹¹ Habiendo recibido la orden de ir a un hospital, Skariatine se negó, diciendo «que renunciaba al servicio porque en las circunstancias actuales la situación de médico en el departamento del ministerio de la guerra era incompatible con las exigencias del honor y del juramento prestado». Su proceso reveló tantos horrores que se prohibió publicarlos. Tikhomirov tuvo entre sus manos el relato de estos horrores hecho ante el tribunal y cita algunos extractos en su libro «La Rusia política y social», París 1886. Savine, editor.

⁹² Tikhomirov. «La Rusia política y social», pág. 386.

⁹³ Tikhomirov, ob. cit., pág. 389.

⁹⁴ *L'Intransigeant*, 15 de Agosto de 1882.

⁹⁵ *Libre Parole*, 18 de Agosto de 1892.

⁹⁶ Hamon, ob. cit., pág. 15, año 1891.

«Los abrigos eran insuficientes para preservarnos de las insolaciones, mientras nuestro coronel X se instalaba cómodamente al amparo de una pagoda, con centinela a la puerta, y con orden de impedir que nadie entrara a molestar su siesta».⁹⁷

Del diario de un zuavo, redactado durante la travesía de Francia al Tonkin, extraigo estos pasajes. – «29 de Mayo: Nuestros oficiales inauguran el régimen del terror; a partir de hoy los castigos menudean como si estuviéramos en tierra. Con el calor que nos aplasta, esto es una verdadera tortura. – 1º Junio: las amarguras que sufrimos son indescriptibles. Entre las numerosas vejaciones que más nos exasperan he aquí una: A bordo del *Cachar*, los graduados, oficiales y suboficiales disponen de dos veces más espacio que los mil hombres de tropas embarcadas. Imposible respirar en una atmósfera pestilente como ésta. Tenemos muchos enfermos y esta falta de aire y de espacio no dejará de aumentar su número» (*L'Action*, 14 de Abril de 1892).

El día 10 de Mayo de 1892, en el cuartel de Bellechasse (París), murió un soldado abandonado en un cuarto infecto, solo, sin un médico, sin un compañero siquiera que lo asistiera. De la investigación efectuada por Gaston Mery y que fue *confirmada* por el *démenti* oficial, resulta: «En este cuartel existe una enfermería para los caballos, pero no para los hombres. Este desgraciado estuvo solo durante todo el día, los demás hombres estaban fuera del cuartel. A las cuatro agonizaba. Se fue en busca del médico y no compareció. A las seis el soldado murió». «Ocurre lo mismo en Bellechasse -nos dijo un soldado-. – Hace pocos días el sargento Labia cayó enfermo de fiebre y tardaron cuatro días en medicarlo» (*La Libre Parole*, 14 y 16 de Mayo de 1892).

En 1890, el ministro de la guerra francés invitaba a los generales a que hicieran cumplir las prescripciones del reglamento concernientes al servicio interior de la tropa. La circular ministerial fue motivada por el hecho de que cierto individuo, detenido en una prisión celular, sufrió tanto frío en ella que le ocasionó tales desórdenes orgánicos que le dejaron imposibilitado para todo servicio ulterior.⁹⁸

El 13 de Febrero de 1868, durante una ejecución militar en Italia, los soldados del pelotón no dispararon o apuntaron mal. Un oficial cogió por el brazo a un soldado y *le obligó* a descargar su fusil a quemarropa sobre el condenado. Dos días después el pobre muchacho murió de una conmoción cerebral.⁹⁹

El 15 de Agosto de 1863, en Licata (Sicilia), un jefe dio la siguiente orden: «Si mañana a las cinco no se han presentado aún los refractarios y los desertores, *cortaré el agua a la población* y daré orden de que nadie salga de su casa, so pena de ser *fusilado y de otras medidas más rigurosas*».¹⁰⁰

El 5 de Diciembre de 1863 el diputado por Ondes Reggio señaló a la Cámara italiana el siguiente hecho: «*a un sordomudo le han quemado las carnes para asegurarse de su enfermedad*».¹⁰¹

Relatando la comparecencia de un soldado ante el consejo de guerra de Grenoble, en Diciembre de 1885, el abogado Alberto Bataille, cronista del *Figaro*, escribió: «Hemos retrogradado hasta 1789. Creíamos que la Revolución había abolido la tortura y no es verdad.

⁹⁷ Hamon, ob. cit., pág. 62, año 1862.

⁹⁸ *Nouvelliste*, Burdeos, 4 de Marzo de 1890.

⁹⁹ Lucchini, *Soldati delinquente, giudici e carnefici*. Bolonia 1884. Citado por X. Merlino en *L'Italie telle qu'elle est*, página 218. París 1890. Savine, editor.

¹⁰⁰ Merlino, ob. cit., pág. 214.

¹⁰¹ Merlino, ob. cit., pág. 214.

He aquí lo que ocurre cien años después, en las prisiones militares. Para castigarlo por su vivacidad, la autoridad militar hizo sacar de su prisión al soldado Gheslin, condenado por desertión, detenido en la cárcel de Cherche-Midi, y le condenó a noventa días de celular. El desgraciado fue encerrado en un calabozo del fuerte Barrau, en el Isère. Entiéndase bien que estuvo noche y día encerrado de este modo. Se le dio por todo alimento 750 gramos de pan cada día y un poco de agua; el jueves y el domingo un poco de sopa. En vano este joven de veinte años, grande y fuerte, se quejó de hambre a sus carceleros; en vano estaba comprobado que Gheslin sufría de bulimia y que en el regimiento necesitaba seis libras de pan diarias. *Durante treinta y dos días se le dejó morir de inanición* en su celda con su libra y media de pan y su escasa sopa dos veces a la semana, hasta que pasado este tiempo fue atacado de locura furiosa. Bajo el imperio de las alucinaciones que atormentaban su cerebro, debilitado por tan largo ayuno, destrozó sus vestidos, y cuando el ayudante Boussy, uno de los guardianes del fuerte, entró en su cuarto, el soldado se arrojó sobre él y le dio un puñetazo en la cara. Aquel pobre muchacho iba a una muerte segura para escapar de sus sufrimientos, ya que el consejo de guerra le esperaba, y tal vez lo sabía». El consejo de guerra le condenó a diez años de trabajos forzados. Bataille agregaba: «En el curso del proceso de Grenoble el vigilante jefe de la prisión ha declarado que *todos los detenidos en el fuerte Barrau se quejan de hambre*. Es abominable y ya es hora, de que se ponga término a este régimen odioso».

En 1892 «este odioso régimen» subsistía aún, pues en el *Figaro* del 10 de Febrero se lee: «Un convoy de prisioneros militares acaba de salir de París con destino a Grenoble. Van a sufrir la condena de noventa días de prisión, impuesta por insubordinación, en el fuerte Barrau, en el Isère. El fuerte está situado en una altura y los calabozos son en extremo fríos en invierno. Los muros «lloran», según la expresión pintoresca de los que han sido encerrados entre ellos; es decir, que la humedad es atroz. En el fondo de cada celular está fijada una barra de hierro con argollas para sujetar a los encarcelados. Durante los primeros quince días el preso permanece atado de pies y manos. El resto del tiempo de la condena se hace según el régimen ordinario de aquel celular. *El detenido que ha sufrido un castigo semejante no lo olvida jamás. Tan riguroso es, que de allí se sale para ir sin falta al hospital...* en espera de ser expedido a las Compañías coloniales de disciplina de la Nueva Caledonia».

Se observará que esta «horrible vida» la inflige el reglamento militar y que los que la sufren son individuos condenados por desertión, insubordinación, etc., actos que no son infamantes, delitos para los juristas y a menudo actos no criminales para el criminólogo.

A pesar de mi deseo de no citar ningún hecho de tortura sufrido por disciplinarios, creo que para determinar exactamente la psicología de los militares profesionales es necesario citar algunos. No iré a buscarlos en esta magnífica autobiografía¹⁰² que Jorge Darien ha escrito con el título de *Biribi*, ni en los *Offs*, libro en que Marcial d'Estoc ha relatado un caso histórico, ni en el año 1890 de mi *Francia Social y Política*, donde figuran algunos. Me contentaré con reproducir estos párrafos de un artículo publicado por Bernard Lazare en el *Journal*, con el título «La Tortura».

«He aquí los hechos. El que los relata es digno de fe. En 1886 fue enviado, junto con noventa disciplinarios, al Senegal, en el Alto Río. De estos noventa hombres, trece pudieron volver a su país, y de estos trece dos murieron en el hospital de Rochefort. Estos jóvenes, culpables algunos de un arrebato de cólera, que puede apoderarse de cualquiera de nosotros, estaban ocupados en la construcción de una línea férrea. Bajo un sol devorador tenían que soportar sobre sus desnudas espaldas el peso de enormes cajones llenos de tierra de transporte.

¹⁰² Aunque en forma de novela, *Biribi*, es una autobiografía; uno de los personajes, designados con un nombre de ocasión, se dio a conocer después de la publicación de esta notable obra. Un conocido mío, el Sr. Degay, periodista, que estuvo en las compañías disciplinarias al mismo tiempo que Darien, me ha confirmado los hechos relatados en dicho libro, añadiendo que el autor había estado aún muy por debajo de su espantosa verdad. Un viejo oficial me dijo haber reconocido diversos personajes de la obra, cuyos nombres apenas si están desfigurados.

Después de una jornada de tan rudo trabajo, efectuado bajo la amenaza del látigo, se les daba por todo alimento *veinticinco gramos de arroz*. Para no morir de hambre, dice el sobreviviente narrador de esta odiosa historia, yo roía las cortezas de los árboles y comía hierba. Y se consideraba afortunado si podía escapar a los suplicios que aplastaban a sus camaradas por haber protestado o simplemente murmurado. Uno de ellos, Prevost, fue atado de pies y manos, expuesto al sol, y como los gritos horribles que daba para expresar su dolor y para que le dieran de beber, molestaban sin duda a sus verdugos, un cabo le hizo saltar la tapa de los sesos de un tiro de revólver. Laurent, puesto en cruz extendido en el suelo, en pleno medio día, por orden de un oficial, se quejaba. Fue encerrado, privado de comer y de beber, reducido al supremo recurso de los náufragos, a beberse sus propios orines. Astier fue tan rudamente encadenado a los cepos, que al cabo de ocho días tenía las extremidades roídas por los insectos. Quiso rebelarse y un sargento le alojó una bala en la cabeza. Racabombe intentó escaparse y recibió una bala en el muslo. Más tarde pudo *escapar* a sus verdugos abriéndose él mismo el cráneo contra un tronco de árbol. Todos estos hombres estaban desarmados, impunemente se podía hacer con ellos lo que no se podía hacer con una fiera. Si quiera contarles, me agregó el narrador, todos los horrores de que he sido testimonio, no acabarían en un solo día».

En la 5ª compañía de disciplina, residente en Capri (Italia), a pesar de estar hambrientos los soldados, no osan comer el rancho; tan pestilente y detestable se lo suministran. El pan, excesivamente negro, amargo y mal oliente, es imposible tragarlo. La carne está podrida. Los castigos menudean; por cualquier insignificación, por una simple mirada de rencor, se tiene que aguantar 60 o 70 días de celular a pan y agua.¹⁰³

Todos estos hechos son sobradamente elocuentes. Revelan en sus autores un profundo desprecio de la vida humana y de los sufrimientos físico-morales. Los dos casos referentes al Fort Barrau son muy típicos; demuestran la legalización o el asentimiento oficial, la organización sistemática de este desprecio por la vida y los humanos dolores.

De estos ejemplos se desprende netamente, sin posible discusión, la prueba de la anestesia moral de sus autores. *Todos* estos autores son militares profesionales, los actos «odiosos y abominables» del Fort Barrau están reglamentados; se acoplan al reglamento establecido por los profesionales y aprobado oficialmente. Estos actos son *ordenados* por la superioridad. La insensibilidad moral que hemos observado existe en tiempo de guerra, se halla de nuevo en tiempo de paz, lo cual confirma la característica «violencia» de la profesión militar.

Además, un antiguo oficial, Pouvourville, me ha asegurado que en la legión extranjera, el reglamento tolera el castigo de *privación de alimento*. *Todo hombre castigado de celular fuerte come una vez cada cuarenta y ocho horas*. La «crapaudine» está oficialmente prohibida, pero no es raro que los hombres la sufran, especialmente en la región extranjera. Estas crueldades provocan a menudo actos de rebeldía, pero a consecuencia de la costumbre y del hábito de obedecer estos actos se resuelven en simples injurias o bayonetazos individualmente repartidos. Las rebeliones de destacamentos enteros son muy raras; si se trama un complot contra los jefes, no falta nunca un delator. Estas rebeliones, que terminan siempre con la ejecución de los rebeldes, quedan ignoradas del público, porque los sucesos ocurren en territorios militares y no llegan al exterior. Las cartas que podrían hacer públicos estos horrores, no llegan nunca a su destino.

Estos actos son crímenes, puesto que lesionan la libertad individual, perjudican la salud o la vida de las víctimas. Estos crímenes son inútiles a la colectividad y deben reprobarse, anatematizarse. Algunos sostendrán que son necesarios para el mantenimiento de la disciplina «que es la fuerza principal de los ejércitos». Los que esto sostienen, pretenden que para disciplinar los hombres es necesario utilizar todos los medios, aunque resulten heridas, muertes

¹⁰³ *Sempre Avanti*, Liorna, 8 de Julio de 1893.

y sufrimientos horribles. Estos procedimientos crueles pueden hacer un ejército de esclavos, de pretorianos; un ejército profesional autómatas, obediente, propio para las más infamantes obras. Pero con las costumbres actuales es insensato proponerse y querer esto; la tendencia general en todos los pueblos es la constitución de un ejército nacional, utilizable únicamente como órgano defensivo en caso de ataque del extranjero. En este caso, una idea anima a la tropa en lucha contra el invasor y la obediencia momentánea puede establecerse libremente, por mutua inteligencia, porque el interés lo exige. No es necesario entonces una disciplina inculcada a los individuos en fuerza de los procedimientos que hemos relatado.

Estos modos de obrar son, por lo tanto, inútiles a la colectividad; peor aún, son nocivos a la sociedad porque son el origen de otros crímenes. Toda acción provoca una reacción; estos actos antialtruistas crean en los que de ellos son víctimas o en los seres afectivos, piadosos, que los presencian, una reacción que se manifiesta diversamente según el temperamento de cada individuo, modificado por su ambiente educativo, profesional, social. Esta reacción es tanto más sensible cuanto que nuestras costumbres se han suavizado y nos repugna sufrir violencias o verlas sufrir. El hombre ha acrecentado la noción de su dignidad y, por consiguiente, de su libertad de obrar, y tiene la convicción de que es igual a los demás hombres. Esta reacción se comprueba especialmente con el acrecentamiento de lo que A. Corre llama crimen-delito militar, es decir, la desertión, la insubordinación. Por eso el número de estos crímenes-delitos, castigados por el código militar, aumenta todos los años. En 1839 era de 1/317; en 1849 de 1/296; en 1865-66 de 1/222; en 1885-86 de 1/180.¹⁰⁴

La anestesia moral revelada por todos los ejemplos relatados en el curso de este ensayo, engendra crímenes en los afectados. Provoca una reacción que, a su vez, es el origen de crímenes cometidos por las víctimas de los primeros actos criminales o por los profesionales que quieren impedir la renovación de los actos de indisciplina. De todo esto resulta que desde cualquier punto de vista que se mire, partidario o no partidario de la disciplina, nos vemos obligados a hacer constar que estos actos, que estos crímenes son perjudiciales a la colectividad, son reprobables y deben vituperarse.

CAPÍTULO VI

BRUTALIDAD DENTRO DE LA PROFESIÓN

Los ejemplos citados en el capítulo precedente, son una relación de crímenes que los militares profesionales perpetraron de un modo indirecto. Los hombres que durante una marcha cayeron extenuados por el calor y la fatiga; los que se ahogaron en el Neisse; los que se helaron en las maniobras; los que murieron de inanición en el Fuerte Barrau; todos estos hombres, repito, fueron indirectamente heridos en su existencia por los profesionales, que no ejecutaron ellos mismos estos crímenes. Los ordenaron, los hicieron ejecutar por sus subordinados, por las mismas víctimas.

Pero hay otros actos en que los profesionales obran directamente, revelando bajo otra forma su anestesia moral. Para estos actos, afectados de brutalidad más o menos grande, la disciplina no puede presentar siquiera una apariencia de justificación a los espíritus más inclinados a admirarla. Estos actos son, muy a menudo, prohibidos por los reglamentos militares, y no

¹⁰⁴ A. Corre, *Aperçu général de la criminalité militaire en France*, pág. 12-13.

obstante, es tan considerable su número, que con razón pueden considerarse como la regla. Citaremos algunos casos típicos de este género:

En Francia, durante el Imperio, un coronel de Grammont acariciaba con el junto con mango de oro las espaldas de los granaderos de la guardia.¹⁰⁵

El teniente bávaro Emmar escribe en su carnet de notas, durante la guerra de 1870: «Mis hombres se desbandan. Para calmarles, arranco a uno un puñado de cabellos, doy dos sablazos a otro y de bofetadas al tercero. Después de esta distribución, se procede a la del vino, pero en menor cantidad que la ordinaria».¹⁰⁶

En 1885 el soldado Aubin fue incorporado en la artillería de Vannes. Fue tan grande su temor a los caballos, que se vio en la imposibilidad física de montar uno solo. Por orden del comandante Bazaine, Aubin fue atado, el 14 de Diciembre, por las piernas, sobre un caballo que lanzaron después al galope. La silla se desprendió y Aubin fue arrojado al suelo, hiriéndose *gravemente* en la cabeza. Un sargento lo abofeteó. Lo condujeron ante el comandante Bazaine, que ordenó lo *arrestaran*, lo cual se hizo acompañándolo de sendos puntapiés. En la prisión Aubin se desmayó y un sargento le arrojó a la cara un cubo de agua helada. Dos horas más tarde lo hallaron cadáver. Aubin pertenecía a una rica familia de agricultores, íntima amiga del general de división Duez. El asunto metió ruido, y en la primera investigación un jefe de escuadrón trató de suprimir la responsabilidad de Bazaine; la segunda dio por resultado que a Bazaine le suspendieran del servicio por algún tiempo.¹⁰⁷

En el Reichstag alemán, el 13 de Enero de 1890, el señor Eugenio Richter señaló los malos tratamientos infligidos sobre todo a los institutores que hacen el servicio militar. En Stralsund un oficial dijo a los sargentos, hablando de los soldados: «Es necesario que suden sangre».¹⁰⁸ En Silesia, el teniente Liebe dijo a un furriel: «Pega a estos perros hasta que revienten».

Trece carabineros españoles han desertado, para escapar de los malos tratamientos de un teniente.¹⁰⁹

En Alemania, un oficial, descontento de la torpeza de un quinto, le obligó a tener su mano metida dentro de una cacerola de agua hirviendo durante unos minutos. El hombre quedó estropeado. El hecho quedó probado en el Reichstag.¹¹⁰

En Evreux, el teniente B, del 28º de línea, durante las maniobras golpeaba con su espada desnuda las costillas de sus soldados. Uno de ellos quedó herido en la nuca y a tres les atravesó la mochila. Un teniente de la misma compañía dio de puntapiés a un soldado porque no se alineaba pronto.¹¹¹

En París, un teniente obligó a los reservistas a maniobrar durante 35 minutos a paso gimnástico, cargados con la mochila. Enfermaron algunos.¹¹²

¹⁰⁵ Luis Barron, *Sous le drapeau rouge*, pág. 100. Savine, editor.

¹⁰⁶ *Revue Bleue*, 1892.

¹⁰⁷ *Progés, Avenir du Morbihan*, 27 de Diciembre de 1885.

¹⁰⁸ Esta expresión no es particular de los oficiales alemanes; yo mismo la he oído en los labios de oficiales franceses. Si mi memoria no me engaña, se le puede hallar en el *Au port d'armes*, o en *Sous Offs*, o en *Biribi*, o en *Les Offs*.

¹⁰⁹ *Republique Française*, 22 de Abril de 1890.

¹¹⁰ *Republique Française*, 8 de Julio de 1890, según un folleto de Abel Kurt.

¹¹¹ Hamon, ob. cit., año 1900, II, págs. 208-209.

¹¹² *La Lanterne*, 15 de Septiembre de 1890.

En Cracovia, el oficial Pollatschek, del 57º regimiento de infantería, mató a un reservista en el campo de maniobras. Espantado de su hazaña se suicidó en seguida.¹¹³

En 25 de Febrero de 1891, el Consejo de guerra de Argel absolvió a un sargento que confesó haber golpeado a los detenidos militares después de dejarlos expuestos, completamente desnudos, a la intemperie de la estación. El coronel presidente intimó a los testigos *que confirmaron la confesión del acusado*, a que se retractaran de sus declaraciones, so pena de quedar arrebatados inmediatamente, pues sus alegatos eran *embusteros* y contradictorios.¹¹⁴

Otro Consejo de guerra efectuado en 30 de Diciembre en la anterior localidad, absolvió al sargento 2º, acusado de haber golpeado a algunos soldados.¹¹⁵

Pablo Brulat me ha contado que en Túnez, en 1891, un joven, literato conocido, teniente, que actuaba de fiscal en un Consejo de guerra, dijo a sus compañeros antes de abrirse la sesión: «Si logro hacerle condenar a muerte, les pago a todos una cena esta noche». El mismo Brulat, que actuaba de defensor, oyó esta salvajada.

Un general de brigada alemán dio de puñetazos a un soldado por una respuesta que éste se permitió hacerle. Luego lo arrestó.¹¹⁶

El teniente coronel Beck, del cuerpo de ingenieros, bajó un día de su caballo para abofetear el rostro de un centinela que no le presentó bien las armas.¹¹⁷

En Strasburgo, un teniente hizo poner un bocado a un soldado, ordenándole luego que aullara como un perro. No contento aún, le mandó ponerse a cuatro patas y fue tirándole de las riendas hasta destrozarle la mandíbula. El pobre soldado, llamado Klippert, se volvió loco de terror a causa de este tratamiento.

En el mismo regimiento, un jefe de escuadrón golpeó a los soldados con el sable, a puñetazos y los llenaba de insultos soeces y repugnantes.¹¹⁸

En Verona, el coronel Taruffi, hizo despertar a media noche, con el sólo objeto de divertirse, a dos compañías, les hizo lavar los escusados y maniobrar durante dos horas.¹¹⁹

Un sargento de guarnición en Dieuze (Alemania), desertó después de abofetear a un oficial que le había golpeado.¹²⁰

En Copenhague, el alumno Simonsen, de la escuela militar, se suicida para escapar a los malos tratos de sus compañeros más ricos y más nobles. No es un caso aislado.¹²¹

Conocidas son las novedades de las escuelas militares francesas de Saint Cyr y del Politécnico.

En una información del duque Jorge de Saxe, puede leerse lo que sigue:

¹¹³ *Egalité*, 27 de Agosto de 1890.

¹¹⁴ Hamon, ob. cit., año 1891, pág. 173.

¹¹⁵ Hamon, ob. cit., año 1891, pág. 650.

¹¹⁶ Edmundo Miller, capitán retirado. «A los príncipes confederados a todo el pueblo alemán, un grito de angustia de los soldados alemanes, hijos de Alemania».

¹¹⁷ Millar, ob. cit.

¹¹⁸ Miller, ob. cit. En el folleto del capitán Miller se citan muchos otros casos análogos designando los oficiales y el regimiento.

¹¹⁹ *XIX Siécle*, 15 de Julio de 1891.

¹²⁰ *L'Intransigeant*, 31 de Diciembre de 1891.

¹²¹ *Le Matin*, 3 de Enero de 1892.

«Los malos tratamientos que sufren nuestros soldados, son un *martirio refinado*, una prueba de una brutalidad y de un *salvajismo* que parece imposible se hallen en nuestros oficiales... Se ha comprobado que los malos tratamientos no constituyen un castigo, sino una costumbre, y que a los reclutas se les habitúa a recibir cincuenta bastonazos todas las semanas».¹²²

El 15 y el 16 de Febrero de 1892, el señor Hausmann señaló en el Reichstag hechos repugnantes, hablando de ellos durante dos horas. En Ulm, el capitán de dragones Lamenstein, hacía que los soldados viejos golpearan a los quintos en presencia suya. Caprivi, general y canciller de Alemania, declaró en su respuesta que actualmente la sensibilidad era exagerada, que antes se maltrataba mucho más a los soldados y de un modo que hoy no podríamos formarnos idea.¹²³

En un documento confidencial (13 de Diciembre de 1891) del general Safferling, ministro de la Guerra en Baviera, publicado por el *Vorwaerts*, se precisan un número considerable de violencias, de brutalidades cometidas por oficiales y sargentos, de las cuales resultaron estropeados algunos hombres.

Entre otros casos, el señor Metzger citó en el Reichstag los siguientes: A bordo del buque *Mars* (11 de Septiembre de 1891), anclado en el puerto de Wilhemshaven, los oficiales tuvieron a un hombre sumergido por espacio de dos horas en el agua. A bordo del *Oldenbourg*, en el mismo puerto, un maquinista y dos fogoneros fueron azotados con un cable, y con violencia tal, que la carne se desprendió a girones de su cuerpo, y uno de ellos suplicaba que lo mataran. Cada uno de los martirizados estaba obligado, mientras esperaba que le llegara su turno, a presenciar el martirio de sus camaradas.¹²⁴

En el Parlamento húngaro, Tahalí interpeló al gobierno a propósito de los malos tratamientos infligidos a un soldado por parte de un oficial del ejército activo. El secretario de Estado declaró que el oficial había sido castigado con *10 días* de arresto.¹²⁵

El consejo de guerra de Wurzburg condenó a *ocho días* de arresto al teniente Gotees, del cuerpo de caballería ligera de Sarrebruck, por haber administrado una paliza de latigazos a un soldado voluntario.¹²⁶

El mismo consejo condenó a cuatro meses de reclusión en una fortaleza al teniente Vogel, del 8º regimiento de Metz, convicto de más de treinta casos de malos tratamientos, lo cual hizo exclamar a la *Germania*: «la represión de los abusos de los graduados por los tribunales no es proporcionada a la gravedad de los abusos».¹²⁷

En Spira, el 25 de Mayo, un teniente detiene en la calle a un sargento que no le saludó de un modo absolutamente conforme el reglamento. El sargento se disculpa, pero el teniente le golpea en la cara y le arroja la gorra al suelo. El sargento, un reservista, es ingeniero.¹²⁸

En Colmar, un sargento del regimiento de infantería hiere gravemente a un soldado, que quedó sordo e idiota a consecuencia de los culatazos que recibió en el cráneo. Ocho días de arresto y destitución de su grado.¹²⁹

¹²² *L'Autorité*, 5 de Febrero de 1892.

¹²³ *Le Martin*, 17 de Febrero de 1892.

¹²⁴ *Tour*, 5 de Marzo de 1892.

¹²⁵ *XIX Siècle*, 6 de Mayo de 1892.

¹²⁶ *L'Intransigeant*, 28 de Mayo de 1892.

¹²⁷ *XIX Siècle*, 19 de Mayo, *L'Intransigeant*, 28 de Mayo de 1892.

¹²⁸ *L'Intransigeant*, 28 de Junio de 1892.

¹²⁹ *L'Intransigeant*, 7 de Junio de 1892.

En Berlín, el consejo de guerra condena a siete días de arresto al oficial Kulewatz, del tercer escuadrón del regimiento de guardias de corps, que, descontento de un soldado, le arrebató los cabellos, ensangrentándole la cabeza.¹³⁰

En Kottbus se suicida el soldado Schwengber, y en una carta a su madre le dice que se mata para escapar a los malos tratamientos de sus superiores.¹³¹

El sargento Wolff, del 2º húsares, en Alemania, deserta a consecuencia de los malos tratamientos de un oficial.¹³²

En San Petersburgo, el general en jefe Svistonoff insulta al general de división Riesenkampf en presencia de todos los generales a sus órdenes. Excitado éste lleva a mano a su revólver; el general Svistonoff le detiene bruscamente el brazo y Riesenkampf le aplicó dos soberbias bofetadas. El general en jefe llama en su ayuda; acuden sus asistentes y derriban a Riesenkampf. Entonces el general Svistonoff le destroza la cara a puntapiés y a puñetazos. Se procedió a un consejo de guerra que declaró inocente a Riesenkampf, pero para satisfacer las exigencias de la disciplina se le degradó, dejándole soldado raso. Svistonoff fue degradado, privado de sus condecoraciones y expulsado del ejército.¹³³

En Rusia los castigos corporales están abolidos por la ley, pero en la información del proceso Skariatine se comprueba que los casos de enfermedad producida por los golpes son frecuentes en el 9º regimiento de hulanos. He aquí algunos casos típicos:

El músico mayor golpea al corneta Temvrioukov porque no hace progresos. Las heridas son en la cara; el corneta se marcha al hospital a curárselas y el coronel le castiga con diez días de guardia.

El mismo oficial hirió tan violentamente a Jarro en la oreja, que la sangre brotó por la opuesta. Un mes de hospital.

El soldado Costinsky es golpeado violentamente en la cara. Escapa difícilmente de una inflamación cerebral. Poco tiempo después tuvo que dársele la licencia por inútil.

El soldado Lioubezko queda sordo de una oreja a consecuencia de los golpes recibidos.¹³⁴

El oficial Goriaysky golpeó al soldado Korneienko hasta que le salió sangre por la boca. Entonces el oficial le obligó a correr elevando su fusil, y el desgraciado, tragándose su sangre, corrió durante dos horas, hasta que cayó exánime. Pudo escapar a la muerte, pero quedó inútil para el servicio.

El soldado Krakh no sabe curar a su caballo, declara el oficial Jikharev; el coronel lo apalea durante cinco días consecutivos, con la agravante de que cuando estaba cansado se iba a descansar a su tienda para continuar más tarde su hazaña.

El coronel amenaza al cirujano Svertchersky con que le hará dar quinientos palos.

La multitud arrebatada un soldado de manos del corneta Arakine que lo apaleaba brutalmente.

¹³⁰ *XIX Siécle*, 18 de Junio de 1892.

¹³¹ *Le Figaro*, 3 de Agosto de 1893.

¹³² *Le Figaro*, 16 de Noviembre de 1892.

¹³³ *Le Martin*, 19 de Noviembre de 1892.

¹³⁴ Tikhomirov, ob. cit., pág. 390-392.

Filimonov daba de latigazos a los quintos durante el ejercicio.

El jefe del regimiento declara: «Es imposible dejar de pegar al soldado ruso; es necesario pegarle, matarle».

El general Trajelnikov declara que «las penas disciplinarias no son buenas más que para los tontos, que un buen soldado necesita le den de puñetazos».¹³⁵

En Ascheffenbourg, las autoridades militares reclaman en carta confidencial sables para duelos con destino a los regimientos. *El duelo está prohibido* en Alemania.¹³⁶

En Montpellier, el 14 de Diciembre de 1891, un consejo de guerra absuelve al sargento Gillot que obligó al soldado de caballería Armanet a montar un caballo en pelo con las manos atadas. Armanet cayó y se rompió un brazo.¹³⁷

En Lyon el soldado de caballería Worms fue herido de un sablazo por el brigadier Bastide, durante el ejercicio. La herida fue grave. *L'Action* divulgó el hecho. Un consejo de guerra gratificó con 30 días de prisión al brigadier.¹³⁸

Otro sargento que en Lyon imita la hazaña de Gillot, es denunciado por *L'Action*, y los generales Berge, Tissonniere y Dulac llevan ante los tribunales... al periódico. Al propio tiempo hacen saber a sus soldados que al que le cojan un ejemplar del periódico será arrestado.¹³⁹

En esta ocasión, doce o quince oficiales fueron a encontrar a diversos vendedores de periódicos intimándoles la orden de que no vendieran *L'Action* a los soldados.¹⁴⁰

En Miskolcz (Austria Hungría), el teniente Rott (29º de cazadores), atropella a un soldado, estudiante de medicina, atándole con las manos a la espalda durante todo un día. Este castigo es reglamentario.¹⁴¹

En los Estados Unidos el coronel Streeter, con la aprobación del general Snowden, colgó por los dedos, durante media hora, al soldado Jams, culpable de haber aprobado el atentado cometido por los obreros contra el director de los talleres Carneggie.¹⁴²

Un coronel italiano hizo arrancar los pelos del bigote a un soldado.¹⁴³

El Sr. Bezy, director del *Petit Fanal*, de Orán, y concejal, contó en 1890 los siguientes hechos:

El médico mayor Cazalas se negó a dar por enfermo a un joven soldado voluntario. Este desgraciado que comenzaba a estar atacado de ataxia locomotriz tuvo que abandonar las maniobras y su capitán lo llevó ante el médico. Cazalas lo retuvo en la enfermería, y sin examinarlo, sin ocuparse de los síntomas de la enfermedad, lo sometió a la acción de una corriente eléctrica violenta hasta que el pobre soldado no pudo más. Esta sesión de electricidad se repitió varias veces. Después de haberle puesto a dieta, originándole una debilidad

¹³⁵ Tikhomirov, ob. cit., pág. 392.

¹³⁶ *Gazette de Voss; Le Martin* 6 de Diciembre de 1902.

¹³⁷ Hamon, ob. cit., año 1891, pág. 649.

¹³⁸ *L'Action*, 31 de Enero, 1º de Febrero. *L'Intransigeant*, 17 de Febrero de 1892.

¹³⁹ *L'Action*, 13 de Febrero de 1892.

¹⁴⁰ *L'Action*, 17 de Febrero de 1892.

¹⁴¹ *XIX Siécle*, 3 de Julio de 1892.

¹⁴² *L'Intransigeant*, 30 de Julio de 1892.

¹⁴³ *Il Secolo* de Milán, 11 de Agosto de 1892.

considerable, Cazalas ordenó un día a dicho soldado que trasportara sacos llenos de tierra. Este no pudo, y el médico le dio un puntapiés. Gracias a su capitán pudo salir de la enfermería y se curó en la ciudad, quedando restablecido a los dos meses. El médico Cazalas emplea la corriente eléctrica a modo de castigo. A un zuavo que se orinó en la cama y a otro que «no quería curarse», los sometió a la corriente eléctrica durante un cuarto de hora. Un día, un soldado atacado de oftalmía se presentó a la visita y como el médico no le diera por enfermo el soldado le hizo observar: «¡Pero si casi tengo perdido un ojo!» El médico le replicó: «Cuando hayas perdido los dos te compraré un perro para que te acompañe». El soldado perdió, efectivamente, un ojo.

El día 8 de Marzo y el 13 de Abril de 1891, en Langres y en París respectivamente, dos soldados de infantería que enfermaron, murieron abandonados por falta de asistencia médica; pues los facultativos no quisieron reconocerlos ni darlos por enfermos.¹⁴⁴

Durante la maniobra del año 1891, un médico apaleó a dos soldados que cayeron al suelo atacados de insolación.¹⁴⁵

Con hechos de esta naturaleza podríamos llenar volúmenes y más volúmenes si interrogáramos a todos los que han pasado por el cuartel. No hay uno solo, puede afirmarse sin miedo a ser desmentido, que en el curso de su servicio no haya sido víctima de tratamientos semejantes o no haya visto cometer actos parecidos, sea cual sea el país donde vida.

Estos ejemplos son criminales porque atentan a la libertad individual. Son reprobables, pues además de perjudicar al individuo, son absolutamente inútiles a la colectividad. No puede alegarse la disciplina para justificarlos, pues el modo de obrar de todos estos profesionales, en lugar de robustecerla, engendran actos de rebelión más o menos aparentes contra una organización social que autoriza la perpetración de crímenes semejantes. Este antimilitarismo que se manifiesta creciente y permanente en todos los pueblos por un aumento constante de los delitos militares de insubordinación, desertión, etc., por las crónicas de los periódicos, por las novelas, pintura exacta de los ambientes soldadescos, etc., es una prueba irrefutable de la reacción general que se produce contra el medio generador de estos malos tratamientos.

Si para explicar estos actos falta el elemento utilidad, ¿por qué elementos psíquicos se puede determinar su génesis?

Es un hecho observado que todo el que detenta una autoridad, parcial o no parcial, se halla irresistiblemente impulsado hacia el abuso. En general, el hombre investido de un poder sobre los demás hombres desconoce el límite que separa el uso del abuso. Este desconocimiento que conduce a los detentadores de la autoridad hacia la arbitrariedad, y, por consiguiente, a una criminalidad considerable aunque sea invisible para la masa y negada por ella, no sorprende al pensador, porque éste sabe, en efecto, que es casi imposible trazar los límites que separan el uso del abuso. Depende de tantas circunstancias, que es imposible establecer reglas generales; no hay más que casos particulares que cada uno debe resolver según su inteligencia y su razón.

En la presente organización social, todo detentador de la autoridad está revestido de ella de modo permanente, si así puede decirse, enfrente de todas las cosas y de todos los hombres, sin más freno que el que encuentra en él mismo, puesto que el freno de las leyes que establecen la igualdad de los hombres y el respeto que se debe a su libertad, está anulado por la solidaridad que une entre sí a los detentadores de una autoridad cualquiera. De ahí resulta que el hombre investido de un poder, traspasa siempre el uso para caer en el abuso. Por esto

¹⁴⁴ Hamon, ob. cit., año 1891, pág. 173.

¹⁴⁵ Hamon, ob. cit., año 1891, pág. 539.

algunos filósofos, profundamente lógicos, han deducido de este hecho general la necesidad de suprimir todo poder, toda autoridad permanente detentada por algunos, no dejando subsistente más que la acordada por la colectividad en ciertas circunstancias dadas, y cesando cuando estas circunstancias desaparezcan.

Este abuso del poder, natural en el hombre, se exagera con el tiempo que lo ejerce. El freno que, gracias a su sentimiento de justicia y a su sensibilidad, podía hallar en él mismo, se embota con el hábito de verse colocado por encima de los demás hombres. Bajo la influencia de la costumbre se desarrolla en su encéfalo la concepción de su superioridad sobre el resto de los humanos sometidos a su autoridad, y al mismo tiempo obra su facultad de imitación, que lo empuja a seguir el ejemplo dado por los demás detentadores de la autoridad.

La carencia de rebeldía por parte de la generalidad de las víctimas de estos abusos, muy explicable por la huella de millares de siglos de esclavitud, hace creer en la justicia, en la bondad de estos abusos, y cuyos autores se encuentran obligados, por esto, a preservar en su manera de ser. La rebeldía de algunas víctimas es sugestiva tan sólo para unos pocos detentadores de la autoridad, y entonces, según sea el grado de atrofia a que su sentimiento de justicia y su sensibilidad les haya llevado por el ejercicio del poder, aplastan, *castigan* estos rebeldes a fin de impedir que nazcan nuevas rebeliones, o bien ellos mismos se vuelven rebeldes. Estos últimos son una ínfima minoría, los más elevados en intelectualidad y en moralidad.

Toda idea de autoridad va acompañada de la idea de posesión, aun cuando se trate de personas. Así el padre dice: «mis hijos», el patrono: «mis obreros», el funcionario: «mis admiradores», el burgués: «mis criados», el profesor: «mis alumnos», el oficial: «mis hombres».

La posesión de las cosas implica el uso ilimitado de ellas; el poseedor puede romperlas, destruirlas; le pertenecen, es el dueño. Tal es la concepción actual, tal es el derecho contemporáneo, apenas modificado, del derecho quirritario romano. La idea de posesión de los seres animados debía conducir lógicamente al mismo resultado, y así sucedía, pues el esclavo era *la cosa* del dueño. Así sucede aún en nuestros días, pues el observador comprueba que para muchos padres el niño es su cosa. Se extrañan si uno quiere impedirles que le peguen; creen que les pertenece, son sus dueños, el niño es su cosa.

La gran mayoría de las naciones de civilización aria está aún imbuida de la misma idea en lo que concierne a los animales, y difícilmente conciben sus miembros que la colectividad pueda reprobos los malos tratos ejercidos sobre los animales. Son la cosa del poseedor, éste puede hacer de ellos lo que le plazca.

Esta misma concepción existe en las relaciones de marido y mujer, y subsiste porque la mayoría de las mujeres la admiten y no se rebelan. Por lo que toca a los obreros, esta identificación de la autoridad y de la posesión se ha ido atenuando mucho, porque los obreros, penetrados de su dignidad de hombres, se han rebelado y han obligado a la colectividad a intervenir, reglamentando por medio de leyes el ejercicio de la autoridad patronal, leyes que, digámoslo de una vez, se violan con mucha frecuencia.

Esta supervivencia de una época en que la autoridad implicaba posesión y posesión implicaba uso sin límites, explica los abusos tan numerosos que el sociólogo observa en el ejercicio de todo poder: familiar, patronal, gubernamental, militar.

En los militares profesionales subsiste por entero la identificación de las concepciones «poder y posesión». El soldado, el hombre, es para ellos una cosa que hacen mover, que la manejan a su antojo. Las leyes, siempre insuficientes, instituidas para limitar su poder con objeto de hacer respetar la libertad y la dignidad humana, son letra muerta. Han quedado destruidas, anuladas

de hecho, por la solidaridad que une a los profesionales. En los citados ejemplos se halla la prueba. Según el código militar francés, el comandante Bazaine, el teniente B, etc., tenían que haber pasado por un consejo de guerra, y nada de esto ocurrió. Y aunque así hubiera acaecido, el Código habría quedado sin aplicación, pues los jueces profesionales hubieran absuelto, como absolvieron a los sargentos y oficiales culpables de igual delito; como en Alemania, si no absolvieron, condenaron a penas irrisorias.

Tenemos, pues, que sacar en conclusión de lo que procede, que los hechos criminales citados y sus análogos tienen origen la tendencia general de los hombres a abusar del poder de que están investidos. La forma de estos abusos está afectada de brutalidad porque la violencia es la característica de la profesión de las armas. Todos los ejemplos demuestran esta brutalidad, y en este orden de ideas, los últimos ejemplos relativos a médicos son muy elocuentes. Precisamente por su misma función, los médicos están impulsados a ser sensibles y altruistas. Su objetivo es curar, cuidar los enfermos que se les confía. En la mayoría de los médicos militares, la profesión de las armas ha influido de tal modo sobre su mentalidad, que resulta la menor cantidad posible de médico y la mayor posible de militar. Los ejemplos citados, y mil más que podríamos aportar en apoyo de esta afirmación, son una prueba de lo que cedimos.

En resumen, la génesis de estos crímenes, cometidos sobre hombres de la misma profesión, pero subordinados, es debida a estas causas: Sobrevivencia de la idea de poder identificado con la idea de posesión, comprendiendo el uso sin límites, sin freno; exasperación del concepto autoridad a consecuencia de la costumbre de mandar y de la obediencia servil de los mandados; solidaridad profesional; imitación y su consiguiente emulación; carácter de violencia inherente al ejercicio de la profesión militar.

La enumeración de las causas determinativas de estos actos criminales, prueba la imposibilidad lógica de considerar a los autores como responsables moralmente. Los actos deben vituperarse, y los autores deben ser presentados como individuos de escasa moralidad; pero razonablemente no se les puede estimar responsables, porque sus actos criminales son la resultante de estos componentes: 1º. Mentalidad de los ejecutores (esta misma mentalidad es resultante de la disposición orgánica del encéfalo determinada por la herencia, por el ambiente climatérico, telúrico, intelectual, moral, durante todo el período educativo); 2º. Ambiente climatérico, telúrico en el momento del acto; 3º. Ambiente profesional y social.

CAPÍTULO VII

BRUTALIDAD FUERA DE LA PROFESIÓN

Mientras estos actos se producen en el interior de la profesión, tienen por víctimas a los subordinados, y como hemos visto, intervienen en su génesis factores que hemos enumerado. Si estos actos se exteriorizan fuera de la profesión, interviene un nuevo factor que se agrega a los demás: el desprecio, más o menos intenso, de que son objeto por parte de los profesionales, los extraños a esta «noble profesión de las armas».

Hemos notado ya la existencia de este sentimiento, en un grado más o menos pronunciado, en todos los miembros de las grandes clases sociales o profesionales. En el militar existe en su grado máximo. El militar representa, en nuestras actuales sociedades, el guerrero de antaño, siempre de casta noble, es decir, superior por su posición social al común de los mortales.

Entre los salvajes actuales, como entre nuestros antepasados, el guerrero ocupa el primer rango; durante el período histórico greco-romano sucedía lo mismo, a pesar del refinamiento de la civilización griega, en la que el arte, la política y la filosofía ocuparon un importante lugar, bien pronto disminuido por la preeminencia de Roma sobre el mundo asiático europeo. Durante el período medioeval y de los tiempos modernos, la profesión de las armas pertenecía únicamente a la nobleza, con mercenarios por inferiores y esta profesión fue durante mucho tiempo la única causa de ennoblecimiento.

Esta superioridad social del guerrero sobre los demás hombres añadía necesariamente a la misma profesión una superioridad sobre las demás profesiones. La consecuencia fue que el hecho mismo de ser aceptado en el oficio de las armas, creaba una especie de dominio sobre los miembros de las demás profesiones. El oficio, por así decirlo, ennoblecía, y este sentimiento se ha ido transmitiendo hasta nuestra época. Hasta se ha mantenido en su integridad primitiva, gracias a este hecho insignificante *a priori*, y no obstante, grave: el porte de un uniforme.

Este vestido especial, que permite distinguir, separar los que forman parte de la profesión de todos los demás hombres, ha tenido por resultado acrecentar el espíritu de cuerpo, mantener este concepto: los que llevan el mismo uniforme están por encima de los que no tienen el derecho de llevarlo y de los que tienen cerrada esta profesión porque son inferiores. Este sentimiento de superioridad profesional, mantenido en alto grado por un signo distintivo que revisten los miembros de la profesión, se descubre en todas las profesiones donde pasa lo mismo; por ejemplo, la magistratura. Su máximo se halla en la profesión militar, porque en ésta el signo distintivo acompaña constantemente al profesional durante toda su existencia.

Mientras que el magistrado está revestido de este signo distintivo durante el ejercicio de su función, el militar lo está siempre. Sin cesar tiene la sensación de ser diferente del resto de los hombres vestidos de otro modo, mientras que él lleva un uniforme que no pueden llevar sino hombres superiores a los demás. Al porte del uniforme se agrega el de la espada, que sólo él puede llevar, como el noble en los tiempos modernos y medioevales.

Estas distinciones exteriores que separan el militar del resto de los hombres, en los que se ha uniformado el vestido y otros signos exteriores de las profesiones, son, repito, una de las causas de que subsista y se mantenga íntegramente el espíritu del cuerpo, es decir, la concepción de la superioridad de todos estos profesionales sobre los demás humanos.

Entre nuestros antepasados de la edad antigua, igual que durante el período romano medioeval, esta superioridad del guerrero sobre el que no lo era podía justificarse en parte. Del propio modo que entre los salvajes actuales, le incumbía un papel muy importante en la vida social: la protección del pastor, del agricultor y del artesano. Ciertamente les explotaba, pero, en fin, saldaba su explotación, su parasitismo de no productor, con una protección relativa del productor. En apariencia esta protección parecía más inútil que la producción; de ahí que se considerara mayormente a los protectores provocando en éstos un orgullo profesional, de casta.

En el período moderno, como actualmente, esta infatuación del militar subiste, aunque sin razón de ser, ni siquiera sin una sombra de apariencia de razón, sobre todo en nuestra época. En efecto, en nuestras sociedades el papel que desempeña el militar, desde el punto de vista de su profesión, se ha restringido sin cesar mientras se ha ido acrecentando el del productor físico e intelectual. Esta tendencia general va aumentando con la mayor instrucción que recibimos, con el mayor refinamiento cerebral que de la instrucción se deriva, y que conduce cada día más a desechar el empleo de la fuerza brutal. Además, actualmente, con el sistema de los ejércitos nacionales, el militarismo profesional no protege nada, es la nación masculina la que se protege a sí misma. Es, pues, absolutamente irrefutable que hoy la superioridad del militar sobre el paisano resulta injustificable y es del todo irracional.

La concepción de esta superioridad no deja, sin embargo, de existir por atavismo y tan intensa, que el mismo cuerpo de la profesión se le observa en los informes de los combatientes con los no combatientes, en los informes de las diferentes armas entre sí. El siguiente extracto de una carta de un médico militar probará lo bien fundado de nuestro modo de ver:

«La poca experiencia que poseo no me hace desear de ningún modo vivir en común con oficiales. Cuántas veces he pensado en lo que me dijiste un día: «que el militarismo era una llaga social». Ahora veo que esta es una gran verdad, sobre todo, desde que puedo examinar de cerca las cosas. El militar no es más, en suma, que un accesorio dentro de la sociedad, y sin embargo, pretende o piensa que la sociedad se hizo para el militar. Cada vez que he tenido que comer con oficiales, desde la sopa a los postres, me he visto obligado a escuchar cómo mascullan el nombre paisano a cada palabra que sueltan sus bocas. Y aquí... el militar no hace más devorar detestados paisanos... y a falta de éstos, los militares se destrozan mutuamente, infantería contra artillería, marinos contra soldados de tierra... ¡Qué penoso espectáculo!»¹⁴⁶

La concepción de esta superioridad profesional tiene que manifestarse forzosamente. Antes, aun revistiendo formas criminales, agresivas contra los que no eran militares, era, sin embargo, generadora de nobles acciones, de sacrificios hechos para afirmar esta superioridad sobre los demás hombres. Actualmente, en tiempo de guerra, todos los hombres son combatientes; el concepto de la superioridad profesional no puede ya engendrar aquellas nobles acciones, aquellos sacrificios que ejecutaban los profesionales de antaño. Por consiguiente, en nuestra época este concepto de la superioridad se manifestará únicamente por actos criminales, agresivos, contra los paisanos, visibles sobre todo en tiempo de paz. Dado que la violencia es la característica de la profesión militar, estos actos criminales revestirán formas brutales de atentados contra paisanos. Los siguientes hechos, sacados de entre centenares que podríamos citar, demuestran la exactitud de este nuestro modo de ver:

En Salzwedel, un teniente de hulanos se divierte una noche disparando su revólver en plena calle, con el único objeto de despertar a los pacíficos ciudadanos que dormían tranquilamente. No teniendo bastante con esta farsa de mal gusto, se entretuvo luego en quitar y esconder las ruedas del carro de un campesino. Este lo advierte y, para quitar al teniente las ganas de una nueva broma, le tira a la cabeza el vaso de noche dejándole hecho una sopa, y no bien oliente. Furioso el militar, que iba en traje de paisano, corre a buscar su sable y su uniforme, vuelve al lugar de lo ocurrido acompañado de unos cuantos soldados, y sin más explicaciones, de un sablazo tumba a un infeliz comerciante. Gracias a la intervención de un capitán que por allí pasó en aquel momento pudo evitarse que el teniente cargara a la cabeza de sus hombres contra los paisanos.¹⁴⁷

En Septiembre de 1890, en Tolón. El teniente Ginalhac causó un escándalo arrestando a un soldado que se olvidó de hacerle el saludo reglamentario. Polémica en los periódicos y visita del teniente a la redacción de uno, acompañado de otros tres oficiales. Amenazas y golpes al redactor David.¹⁴⁸ Arrestado durante 30 días por estos hechos, fue luego trasladado a Rochefort donde, apenas llegó, propina una paliza al ciudadano P... que luego resultó ser un farmacéutico de la marina de guerra y superior en grado al susodicho teniente. Se echó tierra al asunto.¹⁴⁹

En Bolonia, Monteleone y Aquila, los oficiales atacan a sablazos a los pacíficos ciudadanos sin motivo alguno, o por el pretexto más fútil.¹⁵⁰

¹⁴⁶ Hamon, ob. cit., 1891, pág. 425.

¹⁴⁷ *Berliner Tagblatt*, 9 de Junio de 1888.

¹⁴⁸ Hamon, ob. cit., 1890, pág. 205.

¹⁴⁹ Hamon, ob. cit., 1891, pág. 425.

¹⁵⁰ *Il Sécolo*, Milán, 11 de Agosto de 1893.

En Verona cuatro oficiales del cuerpo de caballería quisieron abrazar a la fuerza y en plena calle a una institutriz, la señorita Azenti.¹⁵¹

En Cambray, los oficiales recorren las calles gritando a coro: «Estamos en un país de puercos», y apalean a un negociante que no halló de su gusto estos gritos.¹⁵²

En Cherburgo, el teniente Husson se emborrachó de noche para agredir a Chanoin, redactor en jefe del *Progrés*. Saltó sobre él de improviso, y a mordiscos le destrozó una oreja.¹⁵³

En la misma ciudad, el día 11 de Abril, varios oficiales de marina promueven un escándalo en la calle, rompen los cristales de las tiendas, destrozán los relojes públicos y penetran violentamente en una casa donde sabían que se iba a celebrar un matrimonio. Invitando a retirarse, agredieron a varias personas, quedando una de ellas gravemente herida. Las autoridades no les castigaron lo más mínimo.¹⁵⁴

En Hamburgo, el teniente Blume atacó en plena calle con su compañía, porque sí, a los ciudadanos que paseaban, e hirió a muchos.¹⁵⁵

El consejo de guerra condenó en Diciembre a *dos meses* de prisión a un artillero que en Luneville *mató* a un obrero en una disputa motivada por una prostituta.¹⁵⁶

El 23 de Marzo los oficiales de Tolón se liaron a bofetadas con los paisanos, durante la noche.¹⁵⁷

En Lyon, los capitanes Ritleng y Van Marlen, asaltaron la redacción de *L'Action* y apalearon a un redactor.¹⁵⁸

En Erfurd, el 2 de Junio, tres oficiales sablearon de lo lindo a dos paisanos. Llega una patrulla y ordenan a los soldados hacer fuego; afortunadamente éstos no llevaban cartuchos y se limitaron a pegar con las culatas de sus fusiles.¹⁵⁹

En Spire, el teniente Hopfner golpea al señor Wolf, redactor de la *Gaceta de Spire*. Fue arrestado durante 43 días.¹⁶⁰

Tres oficiales que se paseaban por Zwickau ven a un obrero minero sentado a la puerta de una casa y le ordenan marcharse. Se niega el obrero y uno de los oficiales le hiere gravemente con su sable.¹⁶¹

En Hanoi, el capitán Le Blois apaleó al periodista Levasseur y, según parece, por orden del general Reste.

En Grenoble, durante un incendio, para desalojar un patio, el teniente M... arrolla e injuria al fiscal y periodista Couturier de Royes.¹⁶²

¹⁵¹ *Parti socialiste*, 26 de Agosto de 1893.

¹⁵² Hamon, ob. cit., 1891, pág. 425.

¹⁵³ Hamon, ob. cit., 1891, pág. 425.

¹⁵⁴ Hamon, ob. cit., 1891, pág. 176.

¹⁵⁵ *Le Petit Journal*, 25 de Marzo de 1891.

¹⁵⁶ Hamon, ob. cit., 1891, pág. 650.

¹⁵⁷ *L'Intransigeant*, 25 de Marzo de 1892.

¹⁵⁸ *L'Action*, 19 de Marzo de 1892.

¹⁵⁹ *Le Figaro*, 3 de Junio de 1892.

¹⁶⁰ *Le Figaro*, 4 de Junio de 1892.

¹⁶¹ *L'Intransigeant*, 1 de Julio de 1892.

En Reims, en Abril, durante la noche, tres oficiales, uno de uniforme, se distraían golpeando la capota de un coche de alquiler. El cochero les observa que aquello no está bien hecho y los oficiales le insultan. Disputan; el cochero suelta un latigazo y se larga. Los oficiales se lanzan tras él y el teniente S hiere al cochero tan brutalmente en la cabeza, que la sangre manó en abundancia. Se interponen algunas personas y un agente detiene a los oficiales, que intentaban escaparse.¹⁶³

En Strasburgo, un carnicero que iba con su carro, atravesó por entre dos compañías que volvían de hacer ejercicio. Esto no fue del agrado del teniente, que derribó de un sablazo al carnicero.¹⁶⁴

En Colmar, en una calle desierta, varios oficiales, que sin duda iban borrachos, hostigan a un viejecito perteneciente a las notabilidades de la ciudad. Indignado éste, les trata de mal educados; echan aquéllos mano a lo sables y después de golpearlo con fiereza lo abandonan, dejándolo gravemente herido.¹⁶⁵

En Magencia, el teniente Lucius, hijo de un antiguo ministro, se divierte en un café llamando «puercos» a los concurrentes y arrojándoles al mismo tiempo monedas de cobre a la cara. La emprende luego con dos comerciantes, injuriándoles, y les obliga a saltar por encima de su pierna extendida, amenazándoles con su sable. El mismo teniente intenta otro día golpear con su sable al guarda de un jardín público, que quiso impedir que el caballo del oficial devastara el parterre.¹⁶⁶

En Berlín, el 20 de Mayo, un oficial de infantería da en plena calle varios sablazos a un señor anciano, por el enorme delito de ir acompañado de un falderillo, que no fue del agrado del dogo que acompañaba al oficial.¹⁶⁷

En Spire, un periódico criticó a un oficial. Acompañado éste de dos compañeros van a las oficinas del periódico, con el propósito de agredir a su director, que les arrojó una silla en la cabeza. Desenvainan los sables, les amenaza con el revólver un periodista y aquéllos huyen.¹⁶⁸

En Durbach, un joven empleado, novio de una muchacha, injuria a un teniente que había sido su amante. Este le arma una emboscada y le dispara su revólver. El teniente no fue perseguido, el empleado tuvo que sufrir un mes de cárcel por insultos a un oficial.¹⁶⁹

En 20 de Marzo, en Coblenz, el teniente Von Salisch mata de un sablazo a un empleado del comercio, llamado Weimann, que pasaba por la calle. El Consejo de guerra lo condenó a un año de prisión, pero el emperador Guillermo lo indultó en seguida. La madre de la víctima, indignada de este indulto, dirige una carta insultante al teniente. Este le arma un proceso y la madre fue condenada a 30 marcos de multa.¹⁷⁰

En Berlín, el soldado de centinela Luecke hace fuego sobre dos obreros, mata a uno y hiere gravemente al otro. Sus superiores le felicitan calurosamente y le llenan de gratificaciones. El emperador Guillermo II, en una revista, le dice que «su acto es un honor para el regimiento a

¹⁶² *Le Matin*, 14 de Agosto de 1892.

¹⁶³ *Eclairneur de l'Est*, Abril 1892.

¹⁶⁴ *XIX Siécle*, 23 de Mayo de 1892.

¹⁶⁵ *XIX Siécle*, 23 de Mayo de 1892.

¹⁶⁶ *Le Matin*, 20 y 23 de Mayo de 1892.

¹⁶⁷ *Le Matin*, 21 de Mayo, *Le Figaro*, 24 de Mayo de 1892.

¹⁶⁸ *Le Peuple*, 31 de Mayo de 1892.

¹⁶⁹ *Le Peuple*, 18 de Agosto de 1892.

¹⁷⁰ *XIX Siécle*, 6 de Diciembre de 1892.

que pertenece». Le dio un apretón de manos, le tuteó, le nombró soldado de primera clase y luego, le mandó su retrato con una dedicatoria.¹⁷¹

Todos estos hechos son típicos y buen número de ellos nos recuerdan precisamente las diversiones de los nobles señores de antaño, que redundaban en detrimento de los villanos. Péquenle a un villano y los adorará, adoren a un villano y les pegará, dice un viejo refrán, que sin duda no ignoran los profesionales, por lo visto; pero viendo las respuestas de los paisanos, nos parece que éstos no están ya en disposición de adorar a quien les golpea.

En todo caso, el militar no pierde gran cosa apaleando a los simples ciudadanos. En efecto, en todos los casos análogos raras veces se procesa a los militares; todo queda limitado a meros arrestos de poca monta. Cuando la justicia interviene es para mostrarse paternal con los militares, pues, como dijo el señor Arssaud, fiscal de la República, existen costumbres seculares de alta cortesía y de deferencia entre el Ejército y la Magistratura.¹⁷² Si se tratara de paisanos la cosa cambiaría de aspecto, la justicia no se mostraría tan benigna. No insistamos; hagamos observar simplemente este fenómeno para hacer notar que ella también contribuye al mantenimiento de estos hechos brutales.

Obsérvese, además, que estos hechos brutales desarrollados dentro y fuera de la profesión, son más frecuentes en Alemania que en Francia. En Alemania, todo individuo revestido de uniforme ocupa una situación mucho más preponderante que en Francia. Es un país más militarizado que el nuestro. Esta preponderancia conduce inevitablemente a la convicción de una extrema superioridad sobre los demás hombres. De esta convicción al concepto de que todo les ha de ser permitido no media más que un paso, y fácilmente se franquea. Los efectos no tardan en dejarse sentir. Los hechos están para demostrarlo.

En estos actos de violencia es donde mejor puede notarse la influencia del medio profesional sobre el individuo. En efecto, los mismos motivos que impulsan a los militares a obrar brutalmente, como en estas agresiones salvajes a los periodistas, no provocan en los paisanos más que actos pacíficos. Raras veces se observan actos brutales en los hombres salidos de una misma cepa social: médicos, magistrados, hombres de ciencia, artistas, ingenieros, etc. Las causas de la forma «violencia» de la criminalidad militar no pueden buscarse en la educación familiar y social, puesto que estos elementos los hallamos idénticos en la etiología de la criminalidad, de forma diferente en los profesionales que acabamos de nombrar. Lógicamente nos vemos conducidos a ver en esta forma criminal la influencia de la profesión militar que, como hemos dicho, obra sobre encéfalos predispuestos.

La irresponsabilidad se impone para los autores de estos actos de brutalidad cometidos dentro y fuera de la profesión. Estos actos no son más que la resultante de componentes que, dadas las circunstancias y el medio, no podían dejar de producirse. «El individuo, ha escrito Herzen,¹⁷³ es libre de *hacer* lo que quiere cuando la ejecución de la volición no ha sido dificultada; pero no es libre de *querer* lo que quiere, pues estas voliciones son el producto de su organización física y psíquica, en parte heredada, en parte elaborada por las circunstancias en medio de las cuales se ha desarrollado y se halla actualmente». Los autores de estos actos *no eran libres de no querer* cometerlos, y como eran libres de ejecutar su volición, necesariamente cometieron estos actos criminales. Donde hay necesidad no puede haber responsabilidad.

¹⁷¹ *Le Figaro y Le Matin*, 11 de Mayo de 1892.

¹⁷² Mat-Gioi, *Un point d'Histoire coloniale*, página 15. París 1892.

¹⁷³ *El cerebro y la actividad cerebral*, pág. 258. París 1887.

CAPÍTULO VIII

GROSERÍA DENTRO Y FUERA DE LA PROFESIÓN

En todos los ejemplos que he citado se observa, al lado de la brutalidad *actuada*, otra brutalidad *verbal* o grosería, forma atenuada de la primera. La hiper-excitación debida al ejercicio de un poder ilimitado y la exacerbación del sentimiento de superioridad profesional, agregadas a la característica violencia, hemos visto que conducen a las manifestaciones de brutalidad, lo mismo con los subordinados que con los paisanos; estas mismas causas, obrando sobre individuos de temperamento menos violento, conducen únicamente a la grosería.

La mayoría de los profesionales está afectada de brutalidad, pero la unanimidad de estos es grosera. No hay exageración al decir esto, lo prueban los hechos. No hay ningún individuo que haya pasado por el cuartel que no testimonie esta grosería. Parece inherente a la naturaleza misma de la profesión y desde las más bajas injurias llega hasta las simples insolencias. Digo que es inherente a la profesión, porque es un espectáculo interesante para el observador ver de qué modo difiere el profesional según esté en el cuartel o en los salones de la sociedad. En estos, dado el ambiente mundano, será educado, galante, atento, hombre de mundo. En el cuartel, el mismo individuo blasfemarás como un carretero, vociferará -expresión que ya pinta lo que es- como un golfo. Las palabras más sucias salen sin dificultad de los labios, que, en otro lugar, vertían madrigales. Estas injuriosas soeces las dirige a hombres, a sus subordinados, los cuales, ante la amenaza de los reglamentos militares, no pueden responder y están obligados a sufrir estas groserías, profundamente heridos en su dignidad de hombres.

Y estas heridas son tan intensas, aun para hombres de poca cultura, que las reacciones se producen y en algunos son inmediatas y manifestadas por rebeliones que conducen a sus autores ante los consejos de guerra que a veces les condenan a la cárcel o a la última pena. En otros individuos, la mayoría, la reacción es menos perceptible, aunque existe, y crea en el ser un rencor latente hacia el oficial, rencor que se exterioriza, cuando el individuo se ha alcoholizado, por injurias o actos brutales hacia los superiores. En los individuos de carácter más dulce se manifiesta en múltiples recriminaciones. En los intelectuales que pueden manejar una pluma, este rencor provocará las novelas antimilitares, simples fotografías de la vida militar. Así se han producido, el *Cevalier Miserey*, de Abel Hermant; el *Nommé Perreux*, de Pablo Bonnetain; *Au port d'armes*, de Enrique Fèvre; las *Misères du Sabre* y *Sous Offs*, de Luciano Descaves; *Elève Martyr*, de Marcelo Lugué; *Biribi*, de G. Darien; la *Gamelle*, de Juan Reibrach; *Sous Offs cassé*, de E. Gachot; los *Offs*, de Marcial d'Estoc.

Siguiendo el método empleado en el curso de este ensayo, pasemos a citar algunos casos de grosería:

En Brescia, el general austriaco de Lusignan insultó «de un modo atroz» a los franceses enfermos en los hospitales de la ciudad.¹⁷⁴

En Saint Dié, los oficiales del 10º cazadores no dejan escapar ninguna ocasión para insultar a los paisanos. El comandante Didiot ha provocado un escándalo: cuando llegó el ministro Develte, el capitán Gangloff se encontraba, de uniforme, ante el municipio, esperando su introducción. El comandante le ordenó marcharse en términos poco parlamentarios, delante de un millar de personas. Los oficiales se portan de modo muy incorrecto (correrías por las

¹⁷⁴ Trolard, ob. cit., pág. 177.

cervecerías acompañados de prostitutas a las que endosan el kepis y hacen llevar el sable, e insultos a los paisanos).

En Lyon, en el arsenal de Mouche, el teniente Steeg es el terror de los obreros, tanto militares como civiles; no hace más que blasfemar y amenazarles y llamarles puercos.

En Belford, 42 de línea, el capitán Grosset respondió a sus soldados que reclamaban más comida: «ya haré meter un cubo más de agua en la marmita».

El capitán Gachet del 8º regimiento de infantería de marina, trata a sus soldados altiva y groseramente y les llama «banda de puercos».¹⁷⁵

En 1889, en la cámara de diputados de Baviera se dijo de un oficial de Ingolstadt, que no dirigía palabra a sus hombres que no les llamara «cabezas de puerco», y otras amenidades parecidas. Muchos oficiales escupían a la cara de dos soldados durante las maniobras.

En el *Journal des Instituteurs*, y con el título «Six semaines gaies», hallamos la relación de las groserías hechas por los oficiales alemanes a los instructores durante el período de la instrucción militar, que duró seis semanas de otoño, en Osterode. He aquí algunos casos:

«Apresúrense, instructores, porque, de lo contrario, prensaré sus piernas de carnero hasta que salga toda la grasa», «Y tú, gran bestia, ¿has venido aquí para ser aún más bestia de lo que eres?» «Hoy encontré un instructor y me ha mirado igual que un buey mira la puerta del establo». «Sus bocas funcionan demasiado, hablan sin cesar, y sin embargo, son los más bestias de la compañía». «Maldita carroña». «Puerco rinoceronte». «Cola de mono».¹⁷⁶

Durante las maniobras de 1891, el médico mayor, Doursot, trataba de gandules a sus hombres cuando la fatiga les hacía caer extenuados en la carretera, después de unas marchas de 30 a 35 kilómetros, en pleno sol y con la mochila al hombro.¹⁷⁷

En Tours, el 20 de Septiembre, un oficial de dragones, el marqués de X, estando en el Alcázar, insultó groseramente al ayudante de servicio que había hecho algunas observaciones a unos oficiales demasiado alborotadores. «Me cisco en usted y en su consigna» -le dijo el marqués oficial.¹⁷⁸

Un teniente del 3º húsares, Des Marands, insultó groseramente a los reservistas: «Cochinos padres de familia, llenos de sopa y miseria; esperen, que voy a reventarlos».¹⁷⁹

El coronel Lenormand, del 11º húsares, trataba de este modo a sus hombres: «Brutos, estúpidos, puercos. Enciérrenme este puerco en la prisión». El comandante Hombres era más grosero aún que el coronel.¹⁸⁰

El día 6 de Abril de 1892 el señor P. Lordón daba cuenta en el *Echo de París* del concurso hípico, y escribía: «El señor G. Clolus vio su éxito comprometido al saltar un obstáculo, y, demostrando, se arrojó cuan largo era sobre la pista. Que me permita esta ligera crítica».

El periodista recibió al día siguiente la siguiente carta:

¹⁷⁵ Hamon, ob. cit., págs. 417-539, 189.

¹⁷⁶ *Le Rappel*, 20 de Noviembre de 1892.

¹⁷⁷ Hamon, ob. cit., 1891, pág. 539.

¹⁷⁸ *La Lanterne*, 23 de Septiembre de 1890.

¹⁷⁹ *L'Action*, 16 de Febrero de 1892, Lyon.

¹⁸⁰ Capitán Nercy, *Le Peuple*, Lyon 7 de Agosto de 1892.

«Señor:

Comprendo que critique usted a jockeys o a los palafreneros, pero no a caballeros y a oficiales. Le prohíbo terminantemente ocuparse de mi persona. Para esto, mi único derecho es el del más fuerte y espero probárselo si tiene la desgracia de criticarme de nuevo. Dese usted por advertido.

G. Clolus

Teniente del 28º Dragones
22, avenue Rapp»¹⁸¹

En 1881 se suicidó en el Tonkin el cabo Philibeaux, a consecuencia de un acceso de fiebre. En el parte dijo el coronel Laurent: «Después de todas estas consideraciones, declaro que el cabo Philibeaux ha muerto cobardemente, faltando a sus deberes, y no merece más que el sepulcro de los cobardes; no le acompañará al cementerio ninguno de sus camaradas, dos annamitas bastarán para meterlo en un agujero cualquiera. El sargento encargado del pelotón de torpes cuidará de que sea enterrada su carroña».¹⁸²

En Cahors se suicidó el capitán Deschamps. Se le hicieron solemnes exequias, con música; la compañía, delegación de oficiales, en general y el coronel asistieron a sus funerales.¹⁸³

El sargento Aubriot, del 143º de línea, en Carmaux se suicidó para escapar a un castigo -había salido del cuartel sin permiso-. El comandante Debar dijo a los soldados: «Muchachos, la oración fúnebre de su sargento pronto estará dicha; no es más que una carroña, un trozo de carne bueno para que se pudra en un hoyo».¹⁸⁴

En Strasburgo se suicidó un soldado y fue enterrado por la tarde. Cuatro hombres llevaron el ataúd, sin ninguna corona, sin que nadie le acompañara. Fue arrojado a la fosa sin más ceremonia. «El entierro de un perro, se lee en el *XIX Siècle* (2 de Octubre de 1892), habría sido rodeado, seguramente, de más atenciones».

Estos pocos ejemplos son característicos del estado de alma del profesional. La diferencia de conducta de los superiores, según se trate del suicidio de un soldado o de un oficial, es bastante instructivo. Demuestra, sin posibilidad de objeción, que el ejercicio del poder ha atrofiado de tal modo la mentalidad de los que lo ejercen, que han llegado a considerarse como de una clase superior a la de sus subordinados. El caso de Clolus demuestra que esta hiperexcitación autoritaria es tal, que aun enfrente de los hombres de la misma clase social, se entregan a manifestaciones de grosería completamente ridículas.

El crimen -es decir, todo acto que lesiona la libertad individual- comprende, por su misma definición, la serie de actos de idéntica naturaleza que tienen un carácter común: la lesión; pero todos estos actos criminales no son del mismo grado. La grosería, tal como se le observa en el ambiente militar, con la imposibilidad, para el injuriado, de hacerse respetar, constituye asimismo un crimen de igual naturaleza, pero de grado diferente, que las manifestaciones criminales que hemos señalado. Como hemos dicho, esta grosería es inherente a la profesión. Consideren, en efecto, a los individuos de la misma capa social de los militares profesionales, es decir, a los hombres de ciencia, magistrados, escritores, ingenieros, artistas, profesores, y no

¹⁸¹ Periódicos de 12 y 14 de Abril de 1892.

¹⁸² *Le Radical du Sud-Ouest*, Agen, 12 de Febrero de 1892.

¹⁸³ *La Libre Parole*, 19 de Julio de 1892.

¹⁸⁴ *L'Intransigeant*, 3 de Septiembre de 1892.

verán en ellos esta grosería. Y sin embargo, tienen una análoga educación familiar y escolar y viven en idéntico medio ambiente. Esta grosería, es, pues, una manifestación de los efectos de la profesión sobre los que la eligen.

CAPÍTULO IX

OTRAS MANIFESTACIONES DEL ESPÍRITU MILITAR

En el curso de esta investigación sobre la psicología del militar, hemos observado que todo individuo detentador de un poder tiene una marcada tendencia a abusar de él. Hemos presentado numerosos casos de prepotencia que todos presentaban indicios de violencia, esta característica de la profesión. Las manifestaciones psíquicas de los profesionales no se limitan a los abusos de poder con brutalidad ejercida directa o indirectamente. Existen otras manifestaciones que no presentan la característica especial de la profesión y que, por consiguiente, se parecen a las formas de abuso de poder cometido por otros detentadores de la autoridad, como la Policía, la Magistratura, etc. He aquí algunos casos sacados de entre mil.

En Argelia, un Consejo de guerra condenó a muerte a un ciudadano llamado Craman, perseguido por haber maltratado en plena calle a un zuavo, Rapin, cabo de la compañía en que Craman hizo sus 28 días de servicio en el año 1890. El cabo afirmaba que fue agredido en esta época. Craman negaba los hechos. *Los testigos declararon haber presenciado una riña entre zuavos e indígenas y no entre un cabo y un europeo.*¹⁸⁵

En Saint Avertin (Indre-et-Loire), el día 22 de Julio trabajaban en su campo los señores Fremondeau, padre e hijo. El teniente Méquillé se paseaba a caballo y penetró en terreno de los Fremondeau, en plena propiedad privada. Los campesinos le rogaron que se retirara, a cuyos ruegos no hizo caso el teniente. En vista de que se hacía el sordo, los campesinos corrieron hacia él y le conminaron para que saliera de sus propiedades. Se niega Méquillé, y con su látigo azota el rostro del hijo, el cual responde a la agresión golpeándole con una herramienta, y los dos campesinos arrojan de su propiedad al teniente que en ella había entrado a viva fuerza. Apaleado y descontento, Méquillé elevó su queja correspondiente a la superioridad, y el asunto se llevó al tribunal, que absolvió a los dos procesados, en vista de que habían obrado en defensa propia y tenían el derecho de negar la entrada en su casa a quien tuvieran por conveniente. Despechado dicho Méquillé, buscó el desquite para hacer condenar a los Fremondeau. Husmeando encontró que el hijo era soldado en uso de licencia temporal y que pertenecía al 3º de dragones. En seguida que descubrió esto el teniente Méquillé del 32º de infantería, dio parte a la autoridad militar. Fremondeau, hijo, fue arrestado, condenado ante un Consejo de guerra, que se efectuó en Tours, y condenado a tres años de prisión.¹⁸⁶

En 1884, en Saïgon, fue perseguido un paisano y procesado por un Consejo de guerra. Telesco, que así se llamaba, fue condenado y confirmada la sentencia por un consejo de revisión. No conformándose con esta sentencia, pidió apelación al Supremo, y el almirante Grandière se negó a transmitir su petición.¹⁸⁷

¹⁸⁵ Hamon, ob. cit., año 1891, pág. 15.

¹⁸⁶ Hamon, ob. cit., año 1891, pág. 424.

¹⁸⁷ Ch. Duval, *Souvenirs militaires et financiers*, págs. 150-151. París 1891. Savine, editor.

El 10 de Octubre de 1892, a media noche, un alférez de artillería de la escuela de Fontainebleau, llamado Nollet, increpa violentamente en la calle a un soldado que, por no haberle visto, no le había saludado. El señor B, agregado de la Universidad, testigo de esta escena, no pudo contener su indignación al ver de qué modo el alférez trataba al soldado, y le dijo: «este no es modo de proceder, eres un idiota. Merecerías que te enviaran a Dahomey». Furioso el alférez, hizo detener al señor B, el cual, después de ser interrogado, fue puesto en libertad.¹⁸⁸

El comandante de La Panouse, del 1º spahis, dictó oficialmente en Enero de 1891 la siguiente orden, que figura en los registros: «El soldado X (un indígena), del destacamento de... sufrirá ocho días de arresto *por haberse permitido mandar su tarjeta de visita* al jefe de escuadrón que manda interinamente el regimiento. Así aprenderá que *no puede haber cambio de cortesía sino entre oficiales*, y que éstos han de recibir por parte de los soldados únicamente un sacrificio mudo y respeto absoluto».

«Es difícil evaluar en la Delta la mortalidad de los soldados, escribe Mat-Gioi.¹⁸⁹ En tiempo de epidemia se abren todas las cartas y las más comprometedoras no se envían a su destino».

En Bucarest, el soldado Stefan Coccojar tiene una querida, lo cual allí es equivalente a una mujer legítima. Una noche que fue a visitarla encontró en el cuarto de ella a un hombre completamente desnudo, el oficial Zodic. Se queja el soldado y recibe una soberbia bofetada. Responde a ella con una racha, y Zodic dio al día siguiente arte de a escena. El soldado fue condenado a *seis años* de trabajos forzados. La superioridad halló que la pena era insignificante y elevó los trabajos forzados a *perpetuidad*.¹⁹⁰

Según carta de un oficial, insertada en *L'Eclair*, los soldados que iban o volvían del Tonkin eran tratados horriblemente en los transportes de guerra. Se les dejaba sin agua, en la mayor de las suciedades, durmiendo al aire libre sobre el puente, sin mantas y sin hamacas. La nutrición era mala e insuficiente. Las reclamaciones estaban prohibidas y además hubieran resultado estériles. El comandante del buque tenía su mesa bien provista de todo y se preocupaba muy poco de las miserias de sus soldados pasajeros.¹⁹¹

El marinero Quénéa compareció ante el consejo de guerra de Brest, acusado de haber maltratado a su superior el sargento Pouchin. Como el acusado insistiera en negar los hechos, el presidente, capitán Constantin, le dijo furioso: «Tu actitud te costará cara». El abogado Dubois protestó indignado de estas palabras contrarias a la ley porque, indudablemente, podían influir en el ánimo de los jueces. «No sé lo que la defensa ha podido aconsejar al inculpado», respondió el presidente. Nueva protesta del abogado, que amenazó con retirarse. Ante su actitud el presidente retiró su frase, pero el marino fue condenado a un año de prisión.¹⁹²

¹⁸⁸ Prensa del 11 y 12 de Octubre de 1892. Este típico incidente me recuerda otro de que fui testigo hace cerca de ocho años. Fue en los Campos Elíseos. Un alférez de artillería llamado X, se paseaba con nosotros, después de comer. Pasó un sargento de la Administración, un hombre de treinta a cuarenta años, acompañando a una señora, y no saludó a X, que conversaba con nosotros. Ante tamaño olvido de la jerarquía, X se detiene, interrumpe su conversación, y volviéndose llama al sargento, el cual se detiene. «¿Por qué no ha saludado usted? – Mi oficial, perdone, no le vi a usted». El diálogo continuó unos momentos. X se aceptó las disculpas del sargento y éste pudo al fin marcharse con su dama. Durante este tiempo contemplamos la escena tan estupefactos, que nos olvidamos de recordar al oficial amigo nuestro que no era de hombres bien educados interrumpir una conversación bruscamente sin pedir antes permiso.

¹⁸⁹ *Le Tonkin actuel*, pág. 140. París 1891. Savine, editor.

¹⁹⁰ *Le Matin, La Justice*, 20 de Octubre de 1891.

¹⁹¹ Hamon, ob. cit., año 1891, págs. 651-652.

¹⁹² *Le Petit Parisien*, 17 de Junio de 1892.

En 1891 el consejo de guerra de Brest, condenó a muerte al soldado Bordelais, por haber disparado su fusil contra su capitán, sin tocarle. De la investigación se demostró que el soldado ni siquiera había apuntado. El examen de las piezas, que yo debo a la atención de A. Corre, condujo a la conclusión que dio este criminalista: Bordelais es un desequilibrado que ha querido *suicidarse indirectamente* por su aparente atentado. Este hombre no gozaba de sus plenas facultades mentales. Su abogado, Dubois, reclamó un examen mental. El fiscal Launay se opuso, *afirmando* que Bordelais era cuerdo.¹⁹³

El reservista Uny, a consecuencia de una disputa, mató a un soldado; el consejo de guerra le condenó a 20 años de trabajos forzados, a pesar de que el médico militar Rouget le declaró irresponsable.¹⁹⁴

El 17 de Noviembre el consejo de guerra de Brest condeno a un año de prisión al soldado de marina O, por haberse negado a obedecer, *pretextando una indisposición*, un movimiento que se le ordenó ejecutar. Este soldado estaba realmente enfermo y el médico le había eximido de llevar la mochila. Los asistentes al consejo, se lee en *Le Brestagne*, un periódico conservador, quedaron extrañados de la severidad del veredicto.¹⁹⁵

En Nates el consejo de guerra, día 6 de Abril, condenó al reservista Chevalier a cinco años de prisión. Su crimen consistió en que al ingresar en su regimiento para hacer los 28 días de servicio reglamentario y gritó: «¡Viva la ANARQUÍA! ¡Abajo Francia! ¡Viva Alemania!»¹⁹⁶

En Presbourg (Austria), consejo a penas de arresto ligerísimas a dos oficiales que habían maltratado de obra a sus inferiores.¹⁹⁷

Referente al asunto Korneienko, el doctor Skariatine pidió una investigación médica. La delegación no quiso reconocer el hecho evidente de la mutilación, por lo cual, Skariatine, en una memoria oficial, *calificó a uno de los médicos indigno de ejercer su profesión*. Este calificativo le valió un proceso. Los oficiales Savenkov, Jikharef, Danilevsky, atestiguaron las infamias y los abusos cometidos. El jefe de la división reunió entonces a los oficiales del regimiento para decirles que algunos tenían la audacia de defender a Skariatine. «*Según mi modo de ver, terminó diciéndoles el general, hay que excluir del regimiento a estos oficiales, de igual modo que se aparta del rebaño a una oveja enferma*». Resultado: Savenkov, Jikharef, Danilevsky y Sytchevsky fueron expulsados del ejército.¹⁹⁸

En 1884 el soldado italiano Misdea, en un acceso de locura causado por la desesperación mató a diversas personas. Aunque el crimen pertenecía de derecho a la jurisdicción ordinaria, el tribunal ordinario le condenó a muerte. El fiscal se vanaglorió de esta arbitrariedad, pues, según dijo, «en este caso, burlar la ley es una obra santa, mientras se dé un ejemplo».¹⁹⁹

En estos hechos típicos, como en todos los citados en el curso de este ensayo, el análisis de su etiología descubre los mismos caracteres: exacerbación del concepto autoridad, solidaridad profesional, anestesia moral. Únicamente el factor violencia desaparece o se presenta considerablemente atenuado.

¹⁹³ Hamon, ob. cit., año 1891, págs. 174-175. – E. Laurent, *l'Anne criminelle*, 1891, Stock, editor.

¹⁹⁴ *Republique française*, 24 de Abril de 1890.

¹⁹⁵ Hamon, ob. cit., año 1891, pág. 650.

¹⁹⁶ *Le Matin*, 7 de Abril de 1892.

¹⁹⁷ *Le Intransigeant*, 18 de Marzo de 1892.

¹⁹⁸ Tikhomirov, ob. cit., págs. 395-396.

¹⁹⁹ Merlino, ob. cit., pág. 217.

No es necesario examinar detalladamente cada uno de los casos típicos, porque el lector hallará fácilmente en los casos Telesco, Mollet, La Panouse, X, etc., los elementos constitutivos de la exacerbación del concepto autoridad; en los de Fremondeau, Coccojar, Skariatine, etc., los constitutivos de la solidaridad profesional; en los Craman, Bourdelais, Chevalier, etc., los constitutivos de la anestesia moral.

Algunos observadores superficiales podrían objetar que son casos excepcionales y de ningún modo típicos. La objeción sería nula. En efecto, el estado de espíritu que revelan está conforme con el revelado por toda la serie de hechos analizados precedentemente y sacados de entre millares de casos análogos.

Además, he podido observar en los periódicos de provincias, sin escogerlas,²⁰⁰ las sentencias de 112 causas durante el primer trimestre de 1892 incoadas por los consejos de guerra de quince ciudades francesas (Argelia, Auch, Besancon, Blidah, Bordeaux, Grenoble, Le Mans, Lille, Lyon, Nancy, Nantes, Orán, Ruan, Tolosa, Tours). De estas 112 causas, 65, o sea un 58.03, eran concernientes a crímenes militares (insubordinación, ultrajes, deserciones, golpes). Estos 65 crímenes militares no dieron más que siete absoluciones, es decir, un 10.77, mientras que los crímenes militarizados (robos), en número de 47, dieron una proporción de absoluciones de un 25.53. De estos 65 procesos militares, catorce comprendían ultrajes a *superiores* por medio de gestos o amenazas y ninguno de estos acusados fue absuelto. Hubo tres causas por ultrajes a los *inferiores* y de estos tres acusados, dos fueron absueltos y el tercero condenado al mínimun de la pena.

Si examinamos ahora en qué consisten estos ultrajes de inferiores a los superiores se ve, por ejemplo, que dos soldados fueron condenados a un año de prisión por haber dicho a un cabo, «vendido» el uno, y «si fueras un paisano te rompería los huesos», el otro; otros dos fueron condenados a muerte por haber arrojado los botones del capote a la cabeza del presidente del consejo de guerra, y el último por haber arrojado una hebilla a la espalda de un oficial.

Es necesario confesar que estas despiadadas condenas cuando se trata de *inferiores* y estos fallos absolutorios cuando se trata de *superiores*, demuestran sin réplica una extraña exasperación del concepto autoridad y una no menos extraña solidaridad profesional. La desproporción inaudita entre el acto que motiva la condena y la penalidad infligida, descubre claramente la anestesia moral de los profesionales. Esta desproporción entre el acto motivo (ultrajes) y el acto motivado (penalidad), la hallamos en numerosos crímenes según la ley, sobre todo en los cometidos por individuos, que los criminalistas partidarios de una responsabilidad parcial tienen tendencia a considerarlos como irresponsables. Esta analogía entre el militar profesional y el criminal teratológico es parecida a la analogía que hemos observado relativa a la analgesia física.

No se puede argüir que estos hechos sean excepcionales; el modo como los hemos recogido no presupone ningún resultado determinado; la frecuencia de estos fenómenos y su internacionalismo prueban el ningún valor de este argumento. Son, pura y simplemente, hechos sintomáticos de un estado esencial de la profesión. Las influencias educativa y profesional,

²⁰⁰ La agencia de recortes de periódicos el *Courrier de la Presse* me enviaba los concernientes al militarismo y entre ellos las sentencias de los consejos de guerra publicadas en los periódicos locales. No hubo elección por parte mía, ninguna idea preconcebida que me hiciera elegir unos con preferencia a otros. A la disposición de quien quiera comprobar los hechos, puedo citar los nombres y fechas de los periódicos. Existen, por consiguiente, grandes probabilidades de que estos consejos de guerra representen la medida del modo que tienen de juzgar. En la mentalidad que estas sentencias revelan, no intervienen como factores los medios climatéricos y sociales, puesto que las ciudades asientan de dichos consejos están bajo climas diferentes y el medio social presenta diferencias. Únicamente la influencia profesional obra sobre la mentalidad de los jueces para determinar los fallos.

obrando sobre inteligencias predispuestas, forman necesariamente una mentalidad especial que concibe como buenos y justos unos actos que el filósofo reprueba y condena.

Algunos se parapetarán en el último baluarte de las necesidades de la disciplina, y, aceptando la definición que hemos propuesto para el crimen, dirán que son crímenes necesarios, por consecuencia inevitables, hasta dignos de alabanza. Si se consideran estos hechos sin apasionamiento, admitiendo la necesidad de la disciplina, hay que negar a estos fenómenos la probabilidad de que puedan mantenerla; al contrario, son destructores de la disciplina. Y en efecto, la desproporción entre el acto motivo y la penalidad motivada, llama la atención de todo el mundo, hasta la de los individuos menos pensadores, y provoca en ellos una reacción que se manifiesta de diverso modo según su personal temperamento. Esta reacción se acrecienta al hacer la comparación entre el tratamiento infligido a los soldados y el infligido a los superiores por actos que son idénticos en todo.

En nuestra época de publicidad estos hechos son conocidos de todo el mundo, gracias a los miles y miles de periódicos en circulación. Todo aquel que los lee, reflexiona, y de esta reflexión consciente o inconsciente nace el espíritu de indisciplina. De este modo los individuos llegan al cuartel sin poseer ya el espíritu militar; serán en lo sucesivo simples sujetos militarizados que harán su servicio reaccionando, según su temperamento, de modo pasivo o activo, contra esta disciplina tan cara a los profesionales. El espíritu de indisciplina en los individuos militarizados ha acarreado un debilitamiento de la disciplina, y es de lo que se quejan sin cesar sus admiradores, los cuales proponen una severidad mayor, y, sobre todo, que no se hagan públicos estos hechos. Son proposiciones sin meditación, puesto que en nuestra época de libre examen -quiero decir socialmente libre- la publicidad no puede evitarse ni encadenarse, y una mayor severidad no haría más que activar la reacción, cuyos síntomas son múltiples, reacción susodicha que creemos nosotros moralizadora, buena y justa.

En los casos de Bordelais, Uny, O, la exacerbación del concepto «superioridad profesional» conduce a los profesionales a una curiosa manifestación: la convicción de que son omniscientes, o más sabios que cualquiera otro individuo que no sea militar de profesión. No se crea que esta concepción es únicamente propia de los jueces profesionales en este asunto; es una concepción general que en mayor o menor grado se halla en todos los individuos que llevan un uniforme o que estén simplemente revestidos de algún poder. Así vemos en estos casos que los oficiales se creen más sabios, en materia de enfermedades mentales, que los mismos médicos, del propio modo que en los asuntos Eyraud, Anastay, etc.,²⁰¹ los magistrados se creyeron más sabios que los alienistas. En los militares profesionales esta convicción de la omnisciencia o de un conocimiento superior, un observador sagaz puede observarla aun dentro de los ambientes mundanos. Parece que el hecho de vestir un uniforme da al que lo viste el don milagroso de múltiples conocimientos. La profesión militar es tan superior a todas las demás, que sus miembros poseen los conocimientos más diversos; dogmatizan *de ovni re scivili et quibusdam aliis*.

Se pueden hacer la comprobación de este espíritu en el célebre asunto Turpin, en el que los militares profesionales pusieron toda clase de obstáculos a la adopción de un explosivo porque no fueron sus inventores, y cuando fue adoptado se lo apropiaron, se declararon autores para adquirir gloria; tan convencidos estaban de que únicamente ellos eran capaces de invención. No es esta una afirmación sin pruebas; el lector que lo dude puede consultar el libro *Ministère et Mélinite*, en el que hallará todos los hechos detallados, con una correspondencia oficial muy sugestiva. En otros casos citados en varios libros se halla asimismo la misma tendencia mental a afirmar esta omnisciencia. En nuestro libro *Agonía de una Sociedad* hemos relatado dos casos por el estilo, referentes a los globos dirigibles y a los obuses.

²⁰¹ A este propósito puede leerse con fruto el breve estudio crítico de A. Corre, publicado en el *Art Social* con el título: «Notas y reflexiones sobre la Justicia criminal en Francia», a propósito del asunto Anastay, 1893.

No tan sólo el profesional tiende a afirmar su omnisciencia ante el paisano; también en el mismo seno de la profesión la tendencia existe cuando se trata de militares de otra rama. Los siguientes ejemplos lo demuestran:

En 1866 el comandante de infantería Chassepot presentó un fusil que la comisión de artillería no examinó. Para obtener este examen, el comandante tuvo que salir, en plena revista, de las filas, y presentar una memoria al emperador. Napoleón III nombró una comisión especial de examen, compuesta de generales. Por unanimidad, menos un voto, la comisión adoptó el Chassepot, y este voto fue el del representante de la comisión de artillería. El general Bourbaki, presidente, le dijo: «General, es bochornoso, ha votado contra lo que le dictaba su conciencia».²⁰²

En 1872, el señor Odobez, manufacturero de Morez, presentó un fusil a una comisión presidida por el general Donai, que dijo al inventor: «Estando encargada nuestra comisión de buscar el perfeccionamiento de las armas de guerra, no podemos adoptar el fusil de un paisano».²⁰³

En 1886, A. Picard, presentó un fusil, y el general de artillería Nismes, dijo al general de infantería Picard, tío del inventor: «Todo lo que se invente, tiene que llevar, ante todo, el nombre de Gras, y después otro si hubiera lugar». El general Picard hizo observar entonces: «¿Y si mi sobrino consintiera en reclamar únicamente del Estado, gastos hechos, qué sucedería? – ¡Ah, entonces -le respondió el general Nismes- cambia o cambiaría de aspecto la cuestión!». En otra conversación, el mismo Nismes, dijo: «Mientras se reserve sus derechos de inventor, me opondré a toda transformación». El general Rolland, dijo a A. Picard: «No logará nada, porque no pertenece al cuerpo de artillería». El teniente coronel Lebel, relator de la comisión, dio un informe desfavorable del fusil Picard. El mismo Lebel presentó un fusil que fue aceptado.²⁰⁴

El comandante de ingenieros, Ch. Renard, autor de un globo dirigible, que construyó con fondos del Estado, continúa siendo el informador en todos los proyectos del globo que se presentan al ministerio de la guerra. El comandante Penel dijo un día a este propósito: «Renard rechaza *de plano* todos los proyectos sometidos a la sección técnica».²⁰⁵

Estos casos nos ilustran suficientemente sobre la mentalidad de los profesionales que en el mismo seno de su profesión han creado una especie de clases en oposición unos de otros. La observación del general Bourbaki, lo dicho por los generales Nismes y Rolland, la aseveración del comandante Penel, demuestra este antagonismo del arma, al mismo tiempo que revelan en el general Nismes y en el comandante Rolland esta tendencia a afirmar la superioridad de un saber sobre los demás profesionales de un arma diferente o sobre un paisano cualquiera, como lo prueba la respuesta del general Donai. Al propio tiempo, el acto del comandante Renard y el del teniente coronel Lebel, aceptando el encargo de informar respecto de instrumentos de guerra del mismo género, del que ellos mismos son inventores, acto que les hace presentarse a la vez como juez y parte, revela en estos individuos poquísima delicadeza, indicio de una moralidad escasa igual a la de los que escogen a estos oficiales para que informen en estas cuestiones.

Esta pretensión a la omnisciencia, o todo lo más a la superioridad de sus conocimientos, aumenta en los profesionales a medida que aumentan de graduación. Un galón más en la bocamanga de su uniforme les parece como si reforzara su ciencia, y tan natural les parece que no conciben que se halle extraño semejante pretensión. En este orden de ideas, llegan a una infatuación ridículísima. Expresan un pensamiento y se creen que es expresión de la verdad, no

²⁰² A. Picard, *El fusil de repetición y el patriotismo de la comisión de artillería*, pág. 7, París 1886.

²⁰³ A. Picard, ob. cit., pág. 7.

²⁰⁴ A. Picard, ob. cit., págs. 11-33-34. – *Ministère et Mélinite*, págs. 64-70.

²⁰⁵ A. Hamon y G. Bachot, *Agonie d'une Société*, pág. 298. París 1889. Savine, editor.

creen equivocarse, y los mismos subordinados, convencidos de la falsedad de estas ideas, las aprueban; tan monstruoso les parece ir en contra de los asertos de un individuo superior en grado. Para los profesionales, la profundidad y la multiplicidad de conocimientos son correlativas al grado.

Este estado de espíritu no es unánime, pero es general: lo prueban los ejemplos citados en diversidad de individuos. Si se reflexiona sobre la frase de un médico militar, anteriormente citado: «Todo aquel que lleva espada al cinto pretende o piensa que la sociedad se hizo para el militar», se verá mejor la generalización de este estado de espíritu. Los lectores de la *Débaclé* se acordarán, sin duda, de que Emilio Zola ha observado este sentimiento.

Estas pretensiones, generadoras de actos criminales, tienen su origen en la concepción que los profesionales se forjan de la disciplina y de su superioridad profesional. A su paso por las escuelas especiales, de donde salen aprobados, gracias a «un trabajo maquinal y monstruoso», como escribió Taine, estos profesionales han sufrido una homogeneización de su mentalidad. «Están en ellos suprimidas la originalidad, la concepción diferencial de los hechos y de las ideas abstractas, de donde se deduce que estos espíritus no tienen ninguna idea original y hasta se oponen a la expansión de las ideas nuevas. Son rutinarios por principio y no pueden dejar de serlo, porque toda invención contradice necesariamente lo que está admitido, es decir, lo que han aprendido».²⁰⁶

«Al salir de estas escuelas, dice Taine,²⁰⁷ la fatiga profunda, la languidez, la ociosidad en el hogar o en el café y la debilidad cerebral», son fenómenos que sufren todos los que han pasado por dichas aulas.

Estos individuos, además de esta homogenización y de esta debilitación cerebral, sufren las influencias de la disciplina y de la infatuación profesional. Su consecuencia lógica es una hiperexcitación del concepto superioridad, de donde nace una reacción negativa contra toda idea que no emane de ellos, y una atrofia absoluta de la individualidad, elementos todos que hallamos en sus modos de obrar, en los ejemplos que acabamos de mencionar. En estos profesionales se desarrolla una verdadera megalomanía especial, una especie de cesarita. Los actos resultantes son, a menudo, criminales, puesto que lesionan a numerosas individualidades. Esta forma de la criminalidad militar es análoga a la criminalidad de otros detentadores de la autoridad: magistrados, funcionarios de ciertas administraciones, etc.

CAPÍTULO X

SEXUALIDAD

Nadie puede sustraerse a las necesidades genésicas. Su satisfacción no es, por lo tanto, característica de la psicología de una profesión. Sin embargo, en la militar se encuentran ciertos modos de satisfacción de estas necesidades, que, si no son especiales de la profesión, por lo menos son más frecuentes que en otras profesiones. Ya resulta banal decir que no hay guerra sin violaciones, por más que en los relatos de las guerras se hallen pocas veces narradas, pues los autores han experimentado el mismo escrúpulo que H. Gauthier-Villars experimentó al

²⁰⁶ A. Hamon y G. Bachot, *Ministère et Melinite*, pág. 180.

²⁰⁷ H. Taine, *Vida y opiniones de Tomás Graindorge*.

publicar el carnet del teniente Emmar. De todos modos, en los ejemplos que hemos citado se han podido observar algunos casos.

Estas violaciones no deben sorprendernos, pues la guerra tiene la propiedad de despertar la bestia que dormita en el hombre; la guerra anula los sentimientos de piedad, al mismo tiempo que suprime todo obstáculo a los instintos bestiales -supervivencia de la animalidad ancestral-, que anidan en todo humano encéfalo. Siendo la necesidad genésica una de las más imperiosas, su satisfacción se impone por todos los medios y de ahí nace la violación, porque la conquista femenina por medio de una corte *ad hoc*, exigirá demasiado tiempo. Por otra parte, parece que la amenaza induce al coito y a la orgía; en las guerras extranjeras o civiles, los coitos sangrientos siguen a las grandes batallas. ¡Cuántos asesinatos han terminado en orgías! Las impulsiones de algunos individuos no hallan entonces freno y el miedo al ridículo hace que los demás les imiten. Es como una especie de borrachera de sangre, que empuja los hombres a satisfacer sus necesidades genésicas por todos los medios, sin preocuparse de si perjudican o no a los demás.

Este estado es una consecuencia inevitable de la guerra, pero en tiempo de paz esta borrachera no existe, la satisfacción genésica raras veces se satisface por medio de violación. La violencia está, además, adecuada por el miedo a la penalidad consiguiente, por el temor a lo que pueda decir la opinión pública que obra sobre los individuos. Al propio tiempo la ociosidad de la vida guarnición permite conquistar las mujeres más fácilmente o queda el recurso de la prostitución, numerosa en todas las ciudades militares.

No es necesario ser un profundo observador para fijarse en que las mujeres son siempre el tema obligado de las conversaciones -reflejos de los pensamientos- de los militares ociosos. Basta haber concurrido a los cafés que suelen frecuentar los oficiales para ver que el juego y las mujeres son sus temas favoritos. Conocida es la grosería pornográfica de las canciones de marcha y la letra que adaptan a los sonos de las cornetas. A título de documento psíquico de la profesión, citaré el estribillo siguiente:

¡Ah! ¡le bon curé que nous avons lá!
Quel v... de chien qu'il a,
long comme le bras.

Los apetitos sexuales parece que se excitan grandemente en el ambiente militar. Probablemente se debe a la acción mutua de unos individuos sobre otros. Si se observa una tropa en marcha, cuando encuentra una mujer por el camino se verá cómo se encienden las miradas y brotan de los labios los chicoleos groseros y repugnantes. Los mismos oficiales, a pesar de poseer mayor cultura que sus soldados, participan de esta excitación general, y muchas veces hacen coro a los soldados en sus groseras palabras. La ociosidad y la ininteligencia deben ejercer asimismo una influencia excitante sobre las necesidades genésicas, causas de un gran número de atentados a la moral común, por parte de los militares que no tienen o tienen pocos recursos pecuniarios.

«Está experimentado, escribe J. Chevalier,²⁰⁸ que todas las veces que por uno u otro motivo se reúne o se hace que vivan en común un gran número de individuos de un mismo sexo con exclusión del sexo contrario, nace y se desarrolla casi fatalmente, como una especie de miasma, la depravación que empuja a estos individuos a los contactos contra naturaleza; la perversión endemo-epidémica de las masas. Bajo este punto de vista son corruptoras todas las grandes colectividades, tanto si son penitenciarias, militares, religiosas, etc.»

²⁰⁸ *La inversión actual*, págs. 199, 202, 203, 208. Lyon 1893. Storck, editor.

«Aglomerar en un espacio más o menos reducido cierto número de individuos de mismo sexo y apetitos, es querer empujarlos fatalmente a la desmoralización; esta aglomeración engendra el vicio contra naturaleza con tanta seguridad como la fiebre tifoidea. Varios factores concurren a este florecimiento: el contacto inmediato, incesante, exclusivo; la habitación en común con sus promiscuidades del día y de la noche o las operaciones del tocador y las bajas funciones de la naturaleza que se efectúan a la vista de todos; la desigualdad de las edades; la imitación; el miedo a parecer ridículo y a veces las amenazas y las violencias... Los ejércitos de mar y tierra no están a cubierto de esta depravación en tiempo de paz, y mucho menos en campaña...»

Corre ha descrito que: «La aglomeración demasiado densa es mala para el hombre en la edad de ciertas necesidades, y cuando no tiene modo de satisfacerlas... Los más viciosos se convierten en pederastas, los tímidos resisten a las tentaciones perversas y se entregan a los vicios solitarios del onanismo».²⁰⁹

La pederastia es el vicio de las aglomeraciones masculinas y, por consiguiente, es un vicio esencialmente militar. No ataca únicamente a los soldados por obligación, individuos que se hallan sin recursos para pagar el lujo de una prostituta, sino hasta los militares por elección, a los oficiales.

No son tan raros como se cree los actos de pederastia, pero es muy difícil establecer un cuadro sobre el particular. La mayor frecuencia de esta inversión se observa en los ejércitos coloniales, en las guarniciones de los países de Oriente, donde la pederastia no es objeto de pública reprobación. Lacassagne la señala en Argelia hablando sobre todo de los soldados que no pueden pagar el amor femenino. En las compañías de disciplinarios, donde falta en absoluto el elemento femenino, la inversión sexual reviste las formas más diversas (pederastia, onanismo, bestialidad, etc.), dando lugar a escenas tan extrañas, que es imposible relatarlas en francés.²¹⁰

Por más que la profesión sea un ambiente de incubación de donde se extiende a la sociedad esta inversión sexual, se produce el hecho que la mayor parte de los hombres entregados a las prácticas pederásticas durante el tiempo que permanecen en el cuartel, las abandonan cuando vuelven al seno de la sociedad civil, donde les es posible el amor femenino. Su vicio no tuvo tiempo de arraigarse y tomar carta de naturaleza.

Muy al contrario ocurre con los militares profesionales. A pesar de que sus medios económicos les permiten adquirir mujeres para satisfacer sus actos genésicos, se entregan, no obstante, a los actos de pederastia, sobre todo en el ejército colonial. Lo demuestran los ejemplos que pasamos a citar:

El general Lamoriciere en carta dirigida al mariscal Changarnier escribió: «En África todos éramos pederastas, pero él continúa siéndolo aquí».²¹¹

El médico mayor del 1º spahis, en Medeah, Abril de 1891, observó afecciones anales (relajamiento del esfínter) en varios soldados. Les interrogó y supo que el autor de estos desórdenes orgánicos fue el capitán Bouis, caballero de la legión de honor. Ayudado del teniente Rocas hizo una discreta investigación, dirigiendo a consecuencia de ella un informe al coronel Vergennes, acusando formalmente de pederastia al capitán Bouis. El 21 de Abril, víspera de la inspección general, se retiró el mando del escuadrón al capitán Bouis, invitándole a que pidiera el pase a la reserva. El teniente Rocas fue enviado a Laghouat y borrado del cuadro para opción a la cruz y avance del grado. El médico Boyer contó los hechos al general

²⁰⁹ *Aperçu général de la criminalité militaire en France*, página 13.

²¹⁰ Sabemos de buena tinta que a este propósito el libro *Biribi* sufrió tachaduras necesarias, a pesar de lo útil que hubiera sido al psicólogo conocer estas escenas.

²¹¹ Hamon, ob. cit., año 1891, pág. 653.

inspector, el cual, junto con el comandante de La Panouse, le invitó a callarse. En el mes de Mayo Bouis se quejó oficialmente del médico Boyer, motivándole un proceso. El coronel deja de tramitar el asunto y pretende que el médico se bata con el pederasta. Se reúne el consejo de regimiento, y sin audición de testigos declara inocente al capitán Bouis y a Boyer culpable de ultrajes al honor de un militar. No queriendo apechugar con el peso de esta acusación, escribe éste último a la superioridad declarando que está dispuesto a batirse con todos los que salgan garantes del honor del capitán Bouis. Nadie se presentó. En Julio, en presencia de toda la oficialidad, el comandante de La Panouse insulta al médico y lo arroja de su presencia. Algunos días más tarde, durante la recepción de un regimiento que iba de paso, Boyer reprochó públicamente este hecho a su jefe, el cual castigó su osadía con arrestos simples, cambiados en forzosos por el coronel y transformados en arrestos dentro de un fuerte por el general. Durante la noche del 1º al 2 de Agosto, Bouis fue sorprendido en una habitación con un joven árabe desnudo, de quince años. Bouis fue conducido al cuerpo de guardia donde permaneció once horas. Se procedió a dar parte del suceso, pero el comandante, en ausencia del coronel, reivindicó el asunto y da una orden de no ha lugar. El 4 de Septiembre Boyer fue retirado a la reserva y embarcado hacia Francia. Bouis pidió el pase a la reserva. Es evidente que el coronel y el comandante tenían interés en proteger a Bouis. ¿Eran partidarios del amor socrático? El fiscal de Blidah escribe al alcalde de Medeah, Sr. Daudet, invitándole a destituir a los cuatro agentes que detuvieron a Bouis; se niega el alcalde, declarando que sus subordinados habían cumplido con su deber. Todos los paisanos eran partidarios del médico Boyer, pues conocidos eran los desórdenes de Bouis. Entonces se culpó a los cuatro agentes de que habían violado el domicilio y secuestrado arbitrariamente; el asunto se llevó ante el tribunal correccional de Blidah el día 10 de Octubre. El capitán Bouis pedía 100.000 francos de indemnización. El tribunal de casación; apeló al fiscal y la causa pasó ante los tribunales de Argel que emitió su fallo en 23 de Enero de 1892 en la siguiente forma: Bouis era conocido como hombre que habitualmente hacía proposiciones deshonestas a los jóvenes; el jefe de policía no podía equivocarse sobre los motivos que condujeron a Bouis y al árabe al hotel de Oriente, casa poco recomendable; los agentes llamaron a la puerta y él mismo fue a abrirlas; no hubo, por lo tanto, violación de domicilio; los agentes obraron de orden superior; tenían certeza de que en aquella casa se cometía un delito y que su deber era evitarlo. En consecuencia, el tribunal absolvió a los agentes, rechazó la demanda de indemnización de Bouis y le condenó a las costas.²¹²

En Cho-Bo, la guardia muong (con oficiales europeos) fue pasada por las baquetas. Las faltas más ligeras se castigaban con los más espantosos castigos. Retenciones de sueldos cuyo dinero no se sabía dónde iba a parar luego. Los soldados muong servían de coolies, de boys; *eran utilizados como mujeres*, de grado o por fuerza, por los indígenas que les habían dado por jefes.²¹³

En 11 de Noviembre de 1891 se descubrió un asunto escandaloso en Chalons. Un capitán de cazadores, Lefèvre, muy rico, un teniente, Plut, hijo de un general, un mariscal, Maillet -que tenía la costumbre de llevar unos calzoncillos de blonda, color rosa- y un soldado, Barre, fueron comprendidos en una causa sobre pederastia. El mariscal fue enviado a las compañías disciplinarias, el soldado también, los demás oficiales abandonaron el servicio.²¹⁴

En Enero de 1893, en Tlemcem, fue objeto de violación un niño de seis años, por parte de dos militares (oficiales del cuerpo de cazadores). Su cuerpo estaba ensangrentado a golpes de espuela y tenía pegadas a la piel de su cuerpo piezas de moneda. El niño estuvo dos meses en

²¹² Hamon, ob. cit., año 1891, págs. 654-655. – Estos hechos fueron objeto de una interpelación en el Senado por parte del señor Dide (*Le Journal Officiel*, 15 de Junio de 1892). – Véase asimismo *El escándalo de Medeah*, folleto de 42 páginas, París 1891.

²¹³ Mat-Gioi. *Dos años de lucha*, págs. 75-76. París 1892. Savine, editor.

²¹⁴ Hamon, ob. cit., año 1891, pág. 653.

el hospital. La justicia ordinaria tuvo que adelantarse a la ociosidad y silencio de la jurisdicción militar.²¹⁵

Me atengo a estas citas. Se observará que en estos ejemplos se unen a los actos de pederastia diversos actos criminales, y entre éstos los que son característicos de la profesión. La violencia se halla en la manera de obrar de la guardia muong y en el asunto de Tlemcem; los abusos del poder se revelan en los de Medeah y de Chalons; el robo en el asunto Bouis y en la guardia muong.

En el asunto de Medeah, la solidaridad provoca el hecho escandaloso de declarar inocente a Bouis, culpable al médico Boyer de un delito imaginario, por haber osado revelar las ignominias de un pederasta y castigado a Rocas por iguales revelaciones. Públicos son los hechos, notorios, probados, y a pesar del informe voluminoso de todo un senador, el señor Dide, el doctor Boyer continúa aún sin empleo. Los oficiales se unieron a un pederasta por espíritu de cuerpo, que en este caso produjo actos criminales que perjudicaron a Boyer y a Rocas.

Igual fenómeno se observa en el escándalo de Chalons. Para todo aquel que no lleve *parti pris* es evidente que los simples soldados son pederastas con sus superiores por temor a los castigos de que podrían ser objeto. No se atreven, ni pueden negarse a satisfacer los lúbricos deseos de los oficiales, saben demasiado el sinnúmero de medios que poseen los superiores para fastidiar al simple soldado que se niegue a obedecer. De todos modos, es muy dudoso que un soldado se atreva a hacer ciertas proposiciones deshonestas a un oficial. Si se acepta la idea de culpabilidad, y de penalidad se deduce que el superior es más culpable que el inferior, puesto que es quien incita al acto, y lógicamente, la penalidad debe ser mayor. Pero en la práctica sucede todo lo contrario, porque interviene el espíritu de cuerpo. Así, en el asunto de Chalons quedaron castigados disciplinariamente el soldado y el suboficial, mientras que los oficiales salieron indemnes, pues no puede ser considerado como una pena el hecho de quedar fuera del cuerpo.

En los casos de Medeah, Chalons, Cho-Bo y Tlemcem, los manejos de la autoridad militar, y por consiguiente, de la esencia de los profesionales en esta profesión jerarquizada, ilustran claramente la psicología de los que ejercen el oficio de las armas. Una vez más confirman su naturaleza establecida por todos los ejemplos precedentes.

CAPÍTULO XI

CRIMINALIDAD LEGAL O INMORALIDAD

Empleo el término de «criminalidad legal», para designar los actos que las leyes califican de «crímenes» y como a tales los reprimen.

A. Corre deduce de las estadísticas francesas que: «Existe una mejora positiva en la moralidad que podríamos llamar banal, mejora demostrada por el rápido decrecimiento de los crímenes-delitos comunes y sus análogos en el medio especial; fenómenos que, comparado con el aumento de la criminalidad general, es bastante para establecer una afortunada influencia de la

²¹⁵ *L’Echo d’Oran, Le Radical Algerien*, 18 de Marzo de 1893.

disciplina autoritaria sobre la impulsión que dirige hacia el atentado de causa vulgar». ²¹⁶ En una nota hace observar este criminalista que la proporción de los crímenes-delitos comunes aumenta mucho en los militares que no están de servicio o están en uso de licencia con relación a los que están en activo.

«Parece, dice Corre, que vuelto a la vida banal el soldado se desquita de la sujeción a que se hallaba sometido en el cuartel y se abandona más fácilmente a la falta». Las estadísticas no distinguen de militares profesionales o de soldados obligatorios y, por consiguiente, tampoco Corre hace distinción alguna.

Las clases sociales de donde salen todos estos militares son diferentes y representan todas las de la Nación; parece, pues, justa la comparación con la criminalidad general francesa. Decimos «parece», porque la estadística de la criminalidad militar está llena de errores. En efecto, un gran número de faltas (robos, etc.) no dan lugar a ninguna acción de la justicia militar si las faltas las cometen los graduados (oficiales). Estos criminales quedan castigados disciplinadamente, o simplemente se les invita a presentar la dimisión si son oficiales, o peor, no se les dice absolutamente nada. Así sucedió con los casos del capitán Bouis, del general Reste, de Chalons, de Cho-Bo, de la melinita, etc. Muchos oficiales que han desfalcado cantidades, salen del paso con entregar sus galones, y sus familias restituyen lo desfalcado.

Por este lado, pues, la comparación con la criminalidad general francesa parece falsa y conduce a un resultado erróneo. Además, Corre se equivoca creyendo en una afortunada influencia de la disciplina. La razón nos indica, en efecto, que una disciplina que tolera los actos que hemos citado como ejemplos, no puede, a decir verdad, moralizar ni a los que son espectadores de ellos ni a las víctimas. Es posible, no obstante, que la disciplina tenga una influencia inhibitoria sobre ciertos temperamentos arrastrados al acto banalmente criminal y accesibles al temor. De todos modos, no moraliza a los individuos, no hace más que desviar las impulsiones hacia nuevas formas criminales determinadas por la tendencia general del medio, es decir, que la disciplina transforma, bajo la influencia de la imitación, las tendencias criminales banales hacia una forma especial del medio: la violencia.

A menudo, esta violencia no produce más que una mera pena disciplinaria que no figura en las estadísticas, mientras que en el ciudadano provoca una acción correccional que figura en las estadísticas. Conviene observar, asimismo, que en el ambiente militar, la criminalidad que tiene por origen la miseria, queda en gran parte suprimida. En efecto, el individuo soldado posee un techo, un vestido, un alimento generalmente suficiente. Los soldados que no reciben dinero de sus familias se lo procuran a cambio de pequeños servicios que prestan a sus compañeros, hijos de familias acomodadas.

La disciplina no tiene la influencia que le atribuye Corre; la proporción de crímenes-delitos comunes, menor en el ejército que en la sociedad, es debida a la supresión parcial de la delincuencia que tiene por causa la miseria, a la derivación de las impulsiones -por acción del medio- hacia la violencia, que da lugar a un castigo disciplinario y no a una penalidad judicial y a una represión por espíritu de cuerpo.

Para estudiar la criminalidad banal de los militares profesionales, es decir, de los oficiales, sería preciso una estadística que separara los delitos comunes según la graduación de sus autores, y luego comparar esta estadística con otras análogas de otras profesiones ejercidas por individuos procedentes de una misma clase social.

²¹⁶ *Aperçu de la criminalité militaire en France*, pág. 12.

Que sepamos, este trabajo no se ha hecho; sería de desear que se hiciera, pues seguramente será sugestivo. ¿Pero es posible efectuarlo lealmente, dadas las causas que sustraen a la acción de la justicia los oficiales culpables de faltas banales?

Durante el transcurso de los años 1891 y 1892 hemos sacado de la prensa casos relativamente numerosos de faltas a la ley. He aquí algunos:

El Consejo de guerra de Grenoble condenó el día 2 de Abril de 1891, a tres años de prisión, a un teniente, por delito de robo.

El capitán Humricht (29º regimiento de infantería, en Treve), fue arrestado por ciertos robos cometidos en detrimento de los joyeros de Hamburgo, Berlín y Breslau. Hizo revelaciones que comprometieron a varios compañeros suyos.²¹⁷

En Rennes, un capitán tesorero se saltó la tapa de los sesos, después de dejar un déficit en la caja.²¹⁸

En Besançon, fue arrestado el 9 de Noviembre un capitán del 4º regimiento de artillería montada de Hericourt, por distracción de fondos. Este capitán frecuentaba el trato de las mujeres galantes de Belfort y de Hericourt. Los periódicos locales dijeron, sin embargo, que si robó fue para satisfacer los gastos exagerados, impuestos para el lujo que ostentaba su esposa.²¹⁹

El teniente Gillet se suicida por escapar al pago de las deudas contraídas en su trato con una cantante.²²⁰

Babolat, teniente tesorero, fue arrestado y condenado por malversación de fondos; 2.000 francos según unos, 15.000 según el decir de otros.²²¹

El teniente coronel F. de Levetzow, del ejército austriaco, fue condenado por estafa.²²²

El teniente alemán O. E. Krapf, es perseguido por estafa y por falsificador.²²³

En Oberwiler, un teniente muy propenso a la borrachera, tenía por querida a su criada. Como su mujer quisiera divorciarse, un día que volvió a su casa borracho la mató.²²⁴

En los hospitales militares se robaba a los soldados rusos. Ni siquiera se cubrían las apariencias.²²⁵

A juzgar por estos hechos, parece que la criminalidad banal (robos, etc.), es igual, sino superior, a la de los individuos de igual clase social: hombres de ciencia, escritores, artistas, médicos, magistrados, profesores, ingenieros. Esta observación es lógica, pues del mismo modo que la guerra anula en los militares la noción del valor de la vida humana y la sensibilidad física y moral, del propio modo atrofia la noción del derecho de propiedad ajena, cuya negación es el

²¹⁷ *L'Eclair*, 27 de Julio de 1891.

²¹⁸ Hamon, ob. cit., año 1891, pág. 471.

²¹⁹ Hamon, ob. cit., año 1891, pág. 651.

²²⁰ *Le Petit Journal*, 8 de Febrero de 1892.

²²¹ *L'Action*, de Lyon, 12 de Febrero de 1892.

²²² *XIX Siècle*, 17 de Febrero de 1892.

²²³ *L'Intransigeant*, 22 de Marzo de 1892.

²²⁴ *XIX Siècle*, 15 de Junio de 1892.

²²⁵ Tikhomirov, ob. cit., pág. 386.

saqueo. Desaparecida o debilitada esta noción, conduce naturalmente a los hombres a violar este derecho de propiedad. No sucede lo mismo en los hombres de ciencia, escritores, médicos, etc., en los cuales la profesión no provoca la eliminación más o menos completa de la noción del derecho de propiedad.

El ejército es un organismo social que necesariamente, como todos los organismos sociales, tiene sus descritos legales. Su moralidad general no puede diferir sensiblemente de la moralidad general de la sociedad, pues no hay ninguna razón que motive poder establecer esta diferenciación en los soldados por obligación. En efecto, el ejército está formado por hombres que antes de ingresar en filas eran paisanos, que lo serán cuando salgan; la mentalidad de estos individuos no puede ser tan profundamente modificada por la vida militar que su moralidad pre militar difiera sensiblemente de su moralidad post militar. Si esta diferenciación existe será en sentido negativo, pues como puede juzgarse por los ejemplos citados, la educación recibida en el cuartel en tiempo de paz y en el campo de batalla no es para moralizarlos. Por esto la moralidad en el profesional, hombre sobre el cual el medio ha influido notablemente, es menor que en los paisanos de igual clase social.

Ya sé que comúnmente suele decirse que el ejército es la escuela del honor, pero esto es una leyenda aceptada solamente por los espíritus superficiales, por los que pretenden que el hecho de vestir el uniforme moraliza los individuos, por los que ponen al ejército sobre un pedestal y lo consideran intangible. Es tan general esta creencia, se vive tanto en medio de ella, se empapa uno tanto de ella durante el período escolar y la ve tantas veces expresada en los periódicos, que, inconscientemente, el individuo se impregna por completo y llega a tener fe en el ejército, símbolo de honor.

Pero al hombre de ciencia le importa desprenderse de toda clase de fe, tiene que buscar la verdad desnuda, aunque esta verdad vaya a chocar con la opinión pública, lo cual sucede generalmente con todas las verdades. Y de hecho, no tan sólo el militar profesional no es más moral que los demás hombres de idéntica clase social, sino que aún lo es menos. Apoyemos esta afirmación con algunos hechos:

Bonaparte organizó en el ejército de Italia una policía secreta bajo la dirección del ayudante general Landrieux: dos oficinas... la otra para la política, comprendiendo principalmente la vigilancia de los países venecianos... en una palabra, todo lo que tendía a impedir los movimientos populares o a prepararlos.²²⁶

Landrieux demuestra que fue Bonaparte, general en jefe del ejército de Italia, quien provocó las *Vísperas veronesas*, en las que fueron muertos, asesinados, dos o tres mil franceses. Giovanelli, promovedor y organizador de dichas *Vísperas*, recibió 124.000 francos de Berthier, y está comprobado que más tarde Bonaparte dio a Giovanelli una de las más elevadas dignidades del reino italiano.²²⁷

Botta, médico italiano, testimonio de la guerra de Italia, confiesa que los piamonteses no se batieron seriamente en ninguna parte, mientras que en los boletines militares suyos se ensalza la intrepidez y el valor de estas tropas.²²⁸

Hemos visto en uno de los ejemplos anteriormente citados cómo un consejo de guerra absolvió, en Agosto de 1797, al comisario Bouquet, convicto de robo.

²²⁶ Trolard, *De Montenotte au Pont d'Arcole*, pág. 221.

²²⁷ L. Grasilier, ob. cit., págs. 244-245.

²²⁸ Trolard, ob. cit., pág. 50.

Fleury, comandante del 3º spahis, más tarde general, senador, embajador, etc., era un hombre muy valiente y abnegado. *Cuando ofreció sus servicios al príncipe Luis no tenía gran cosa que perder, e iba a ganarlo todo sirviendo al príncipe...*²²⁹

Saint-Arnaud declara públicamente en Constantine, en un fresco que le ofreció la guarnición, que *jamás sería otra cosa que un soldado y que nunca pondría su espada al servicio de ningún partido*. Algún tiempo después el mismo Saint-Arnaud estaba al servicio del príncipe Luis y daba el golpe de Estado.²³⁰

Saint-Arnaud encargó al coronel Espinasse que tomara el palacio legislativo y detuviera a los diputados. Du Casse cuenta el medio de que se valió para lograrlo en la siguiente forma:

«Espinasse era muy amigo del general Le Fló y fue a encontrarle en el Palais Bourbon; haciéndose explicar la topografía de los lugares le preguntó si en caso de peligro había pensado en el modo de ponerse a salvo. Le Fló le respondió que en tal caso creía poder contar con la amistad del amigo Espinasse y llevó su confianza hasta enseñarle un corredor subterráneo que desembocaba en la explanada de los Inválidos. Espinasse le prometió que en caso de peligro podía contar con que le esperaba a la salida de dicho subterráneo para ayudarle a libertarse, lo cual sucedió, en efecto, pero no en el sentido que esperaba Le Fló, pues Espinasse le esperó para arrestarle».²³¹

«Pedí al viejo rey de Westphalia la autorización para ir al Elíseo y ver *lo que allí pasaba*. Cuando llegué dije a de Meneval, capitán de servicio: «Vengo de parte del gobernador de los Inválidos a recibir órdenes del presidente». De retorno a los Inválidos, dio cuenta de su misión, y el rey le dijo: «Me has comprometido». «Este era mi propósito», le respondió el capitán de Estado mayor, barón A. Du Casse».²³²

«El rey Jerónimo, escribe este mismo oficial, me dio la orden de ir al Elíseo y procurarme noticias *exactas* de la lucha... De acuerdo con mis camaradas (otros oficiales), fue decidido que *de cualquier modo las nuevas aportadas serían excelentes para el partido de la Presidencia...* retorné a los Inválidos y di cuenta de mi misión *amplificando* las buenas noticias que me proporcionaron. *Aunque hubieran sido detestables las habría modificado*».²³³

En 1856, el capitán Doineau, jefe de una oficina árabe, hizo atacar una diligencia para poder asesinar a un agha y desembarazarse de este modo de un testigo de sus rapiñas. La instrucción descubrió una serie de confiscaciones arbitrarias, de multas inmotivadas, de impuestos arrancados por el terror, de ejecuciones sumarias sin tribunal ni procedimiento legal, todo ordenado por el susodicho jefe de la oficina árabe. La historia de las rapiñas que cometen las oficinas árabes y el poderío de sus jefes, llenaría volúmenes. Todos los asesinos de los árabes dijeron en el proceso: «El sultán lo había ordenado, forzoso era ejecutar la orden...». Un soldado árabe llamado Mamar agregó: «Si me hubiera negado a marchar, Doineau me hubiera hecho desaparecer como a un perro». El proceso duró desde el 6 al 23 de Agosto de 1857, ante el tribunal de Orán. Oficiales de toda graduación declararon a favor del capitán Doineau. El general Cousin Montauban, más tarde donde de Palikao, y el general Beaufort d'Hautpoul, declararon que la administración de Doineau había sido *regular, que no era posible el fraude en las oficinas árabes y que las ejecuciones sumarísimas eran habituales en caso de evasión*, «al final del proceso el capitán Doineau se volvió contra el general Montauban y le preguntó si era verdad que había ordenado ciertas confiscaciones y recibido el importe de multas que tenían

²²⁹ Du Casse. *Les Dessous du Coup d'Etat*, págs. 30-31. Savine, editor.

²³⁰ Du Casse, ob. cit., pág. 40.

²³¹ Du Casse, ob. cit., págs. 65-66.

²³² Du Casse, ob. cit., págs. 83-85.

²³³ Du Casse, ob. cit., págs. 220-221.

que haber ingresado en la caja de las contribuciones. El general respondió que era muy posible, pero que no se acordaba, y reveló que después de las *razzias* se vendía lo recogido casi por nada a los jefes indígenas. El general Beaufort sostuvo que no podía haber fraudes y declaró «que las ejecuciones sumarias las había ordenado él». Otros oficiales, como Chanzy, Davoust y Pean, más tarde generales, hicieron esfuerzos sobrehumanos para engañar al tribunal y poder salvar a Doineau. Este asesino fue, a pesar de todos, condenado a muerte, y Napoleón III, después de conmutar la pena por la de prisión perpetua, lo puso en libertad al cabo de cuatro años».²³⁴

El jefe de escuadrón Matvienko *robaba* la comida a sus soldados y la enviaba a sus numerosos parientes. El suelo de la tropa quedaba sin pagar y el dinero llevaba el mismo destino que la comida. En vano se quejaron los dragones, en vano el oficial Sytchevsky lo confirmó al general. Dicho oficial fue arrestado mientras Matvienko era nombrado general y el oficial Kopatch, objeto principal de las quejas, fue propuesto para una gratificación.²³⁵

El doctor Skariatine protestó y se quejó al general de las brutalidades y robos cometidos en el regimiento de Dragones de Bougre. Esta queja valió al doctor *un mes de arresto*, cumplido el cual se quejó de nuevo al doctor de la división, quien le respondió: «¿Pero por qué se preocupa tanto, querido? *Todos vemos esto, pero preferimos callarlo.* ¿Cree que somos más tontos que usted?»²³⁶

En el relato de los hechos relativos a la presentación de un globo dirigible al ministerio de la guerra, ha hecho observar que el comandante de ingenieros Ch. Renard, dio un informe sin haber visto ni un modelo, ni un solo dibujo siquiera, sin pedir ninguna explicación. Lo propio hizo el comandante Halphen. Estos informes fueron redactados de modo que dieron a entender que dichos oficiales habían visto los planos.²³⁷

En un proceso por adulterio, intentado por el capitán C al capitán D, se leyó una carta de la señora de C a su amante el capitán D en que le decía: «Iré a comer contigo, no te preocupes de la nota, yo pagaré el gasto». Según la señora de C su marido le daba puntapiés en el vientre.²³⁸

A petición de una señora la policía detuvo a un hombre miserablemente vestido que la perseguía. Una vez en el cuartelillo, se reconoció que este individuo era el teniente coronel X, agregado al ministerio de la guerra, servicio de informaciones extranjeras, o sea, dicho de otro modo, un espía. Perseguida a dicha señora en cumplimiento de una misión que se le había encargado.²³⁹

Conocida es la controversia de los generales marqués de Galliffet y príncipe de Bauffremont, de la cual resulta: o que el primero usó indebidamente las estrellas de general el 1º de Septiembre de 1870 y ha conservado su grado gracias a una falsificación, o que el segundo mintió con audacia inconcebible.²⁴⁰

Cuando los incidentes referentes a las maniobras del año 1891, se publicaron cartas del general de Galliffet escritas en 1879-80. Estas cartas demuestran que dicho general se consagraba a la

²³⁴ *Diccionario de la conversación y de la lectura*, III del suplemento, París 1872. – *Le Petit Colon*, de Argel, 29 de Febrero de 1892.

²³⁵ Tikhomirov, ob. cit., pág. 393.

²³⁶ Tikhomirov, ob. cit., pág. 394.

²³⁷ Hamon-Bachot, *Agonía de una sociedad*, páginas 298 y 304.

²³⁸ Hamon, ob. cit., pág. 428, año 1891.

²³⁹ Hamon, ob. cit., pág. 470, año 1891.

²⁴⁰ Hamon, ob. cit., págs. 14-15, año 1891.

delación de su superior, el ministro de la guerra, y de sus mismos compañeros; de este modo infringía los reglamentos militares impulsado por una ambición desenfrenada.²⁴¹

En el asunto de Medeah se vio a los generales Lavigne, du Bessol, Laveuve, al teniente Vergennes, al comandante La Panouse, al capitán Lapostolle, etc., en una palabra, a toda la autoridad militar, cubrir al capitán Bouis, haciéndose solidarios de los actos de este ladrón pederasta, y castigando a Rocas y a Boyer que habían revelado las hazañas de dicho individuo.

En el asunto de la melinita se vio al general Ladvocat convicto de complicidad con un espía, protegido por el ministro y no perseguido, igual que otros oficiales, cómplices suyos.

En 1892, el capitán Devrez fue condenado por el tribunal de Hanoi a una multa por *robo* de papeles perpetrado en las oficinas de la *Indépendance Tonkinoise*. Este capitán, caballero de la Legión de honor, pagó a un annamita para efectuar *este robo, ejecutado por orden* del general Reste.²⁴²

De una queja contra el general Reste, dirigida al ministerio de la guerra por el coronel retirado Pouvourville, resulta que el general Reste, con objeto de vengarse del coronel, falsificó los hechos, retuvo documentos sin comunicarlos al consejo de guerra, y mintió, etc.²⁴³

En Noviembre de 1892, el segundo consejo de guerra condenaba a *un* año de prisión a un brigadier del 27º dragones que, hospedado en casa de un comerciante de vinos durante unas maniobras, violó a una niña de 7 años que dormía en el mismo cuarto.²⁴⁴

Estos hechos precedentes no son precisamente característicos de la profesión; los hallamos análogos en todas las clases sociales y en todos los países. Los hacemos observar, simplemente, para demostrar que la inmoralidad se encuentra asimismo frecuentemente en el ambiente militar. Los hacemos observar para contribuir a demoler este error tan extendido de que el ejército es la escuela del honor. Hay que confesar, en efecto, que los actos citados son muy poco honrosos, por más que se trate de oficiales superiores y generales.

El ayudante, general Landrieux, dirigiendo una policía secreta militar y teniendo agentes provocadores; el estado mayor piemontés mintiendo en sus partes militares; Bonaparte, suscitando las vísperas veronesas; el consejo de guerra absolviendo por orden superior a Bouquet; el mariscal Saint-Arnaud, declarando, en Julio de 1851, que jamás pondría su espada al servicio de un partido y dando el golpe de Estado en Diciembre del mismo año; el coronel Espinasse engañando a su amigo el general Le Fló; el capitán Du Casse, queriendo comprometer al rey Jerónimo, del cual era ayudante de campo, y mintiendo de acuerdo con otros oficiales; los generales Cousin Montauban, Beauford d'Hautpoul, Chanzy, Davoust, Pean y otros oficiales mintiendo en sus declaraciones ante el tribunal; los comandantes Renard y Halphen, mintiendo en sus informes; el capitán D mantenido por la señora del capitán C, y ésta golpeada por su marido; el general Galliffet, desacreditando a sus colegas: el coronel X transformado en espía; el consejo de guerra condenando a un solo año de prisión al autor de la violación de una niña; los generales y oficiales mancomunados con el ladrón Bouis; el capitán Devrez, haciendo ejecutar un robo de papeles ordenado por el general Reste y luego desfigurando los hechos; el coronel Matveienko y el oficial Kopatch, robando a sus soldados; el general ruso, castigando a los que denunciaron este robo, etc., etc., son, realmente, pruebas incontrovertibles de que estos generales, comandantes, coroneles, etc., tienen del honor formada una idea bien extraña.

²⁴¹ Hamon, ob. cit., págs. 657-661, año 1891.

²⁴² Mat-Gioi (Alberto de Pouvourville). *Un point d'histoire coloniale*.

²⁴³ Mat-Gioi, ob. cit.

²⁴⁴ *L'Intransigeant*, 17 de Noviembre de 1892.

Todos estos hechos, tomados de entre mil más que podríamos aportar, no revelan que sus autores posean una moralidad refinada. Bajo nuevas formas vienen a confirmar la nula moralidad que se desprende de los ejemplos precedentes; demuestran nuevamente que la profesión de las armas no es moralizadora, y por lo tanto no es una escuela del honor, puesto que sus miembros -y no de los más inferiores- obran del modo tan inmoral como acabamos de ver. Analizando estos actos inmorales se descubre la causa generadora: exacerbación del poder, verdadera cesarita unida a un gran servilismo.

CAPÍTULO XII

CONCLUSIONES

La guerra es el objetivo de la profesión militar. Toda guerra implica necesariamente la violencia y ésta se manifiesta por los asesinatos, violaciones, saqueos e incendios.

Los individuos que escogen esta profesión, lo hacen impulsados por el interés personal; en esta elección no entra para nada el amor a la patria y a la colectividad. El deseo de una existencia libre de los cuidados de la lucha por la vida, con el sueldo regularmente pagado, existencia análoga a la del funcionario estatista, pero con la ventaja de que da consideraciones a los profesionales; el deseo de vestir un uniforme que establece una distinción entre el común de los mortales y facilita la entrada en el gran mundo; la vanidad de mandar a otros individuos que tendrán que obedecer sin murmurar o sufrir penas enormes; una afinidad natural por este oficio, cuyo fin es sanguinario; una energía insuficiente y una incapacidad, consciente o no, para conquistar un puesto en el mundo de tanta importancia, como ambicionado en el campo de las letras, del arte o de la ciencia; un desdén hacia los negocios, el comercio, o una imposibilidad de entrar en ellos por falta de capitales; todo esto son los motivos, confesados o no, que conducen al individuo a entrar voluntariamente en la profesión militar.

Estos individuos están predispuestos a la violencia por su organización psíquica resultante de su organismo fisiológico, de su ambiente físico, educativo y social. Por su educación profesional, por el hábito de su profesión y la facultad de imitar natural al animal, se ven gradualmente empujados hacia la anestesia moral, que a menudo se complica con una analgesia física. De ahí resulta un desprecio por la vida humana y el dolor, tanto físico como moral. Este estado mental del militar de profesión, revela su moralidad y caracteriza su criminalidad oculta por la violencia. El carácter «Violencia» se descubre siempre, bajo una forma más o menos atenuada, más o menos exasperada.

La educación profesional provoca en los individuos el desarrollo del espíritu profesional, sobrevivencia del espíritu de clase, que se exagera por el hecho de llevar el uniforme y la espada, signos distintivos que acompañan al individuo en todas las fases de su vida, verdadera túnica de Nessus. De este espíritu profesional que se exaspera por el atavismo mental de la preeminencia que antes tenía la profesión en la sociedad, resultan una infatuación profunda y una convicción infantil de una superioridad sobre todos los demás hombres.

Esta infatuación desentona en la sociedad actual, pues la profesión militar subsiste en ella como un testimonio de una forma de utilidad ya pasada, y cada vez, a medida que el tiempo transcurre, va siendo más inútil. Es un puro órgano parasitario en camino de desaparecer. Del propio modo que los órganos vestigiaros del hombre son la prueba anatómica de su

descendencia animal, de igual modo el órgano vestigiario «profesión militar» es la prueba de que nuestra actual sociedad desciende de una época salvaje y marcha hacia una civilización más elevada.

Esta infatuación, agregada al ejercicio de un poder casi sin freno, gracias a la solidaridad, desarrolla en todos los profesionales esta verdadera enfermedad mental que Lacassagne ha llamado Cesarita, la cual, combinada con la característica «violencia», engendra las formas de criminalidad oculta que se manifiesta en los atentados, salvajes muy a menudo, contra el inferior y contra el paisano.

En todos los individuos miembros de una profesión y que se distinguen del vulgo por insignias temporales (magistrados) o permanentes (militares), el sentimiento general de la solidaridad, que existe hasta en el animal,²⁴⁵ queda restringido a los colegas o a una sección de la profesión si hay diferencias en su seno. No se hace extensiva, como en los demás hombres, a una fracción más numerosa de la colectividad o a su conjunto, o mejor a la humanidad entera.

En el militar profesional la solidaridad queda absolutamente localizada en su clase. A este sentimiento mezquino de hecho, aunque derivado de un sentimiento grande, se agregan los demás fenómenos de la mentalidad militar: anestesia moral, idea de superioridad, idea de posesión de los seres sobre los cuales se ejerce poder. Por último se agrega asimismo la influencia deletérea de la obediencia pasiva que destruye en el militar de profesión la poca individualidad que podría poseer; lo automatiza, la quebranta, pues solamente ve, siente, piensa y obra con autorización de su superior. No es dueño de su yo, no es más que el reflejo de su superior. «Quien ha obedecido, dijo Renán, es un *capitis minor* manchado en el mismo germen de la vida noble». Esta obediencia pasiva vuelve servil al individuo en presencia de sus superiores y arrogante ante sus inferiores. Todas estas causas provocan actos análogos a los ejemplos que hemos citado.

La finalidad completamente sanguinaria de la profesión, los medios que emplea, la predisposición de los individuos a adaptarse perfectamente a esta profesión, la manera de obrar de estos mismos individuos, todo esto demuestra una moralidad bárbara, análoga bajo muchos aspectos a la de los salvajes. Esta moralidad bárbara ofrece muy atenuado el sentimiento de justicia tan inherente a la naturaleza humana; esta moralidad, ni siquiera refinada como la de los individuos civiles salidos de una misma capa social, tiene el mérito de ser neta, no está velada por una hipocresía que hace difícil para el sociólogo el estudio psicológico de las profesiones.

Según la moralidad militar, el desacato a la moralidad común es de una intensidad vituperable o penal menor que el desacato a la disciplina militar; el renombre del cuerpo es superior a toda otra consideración y motiva todas las infamias; el militar profesional tiene todos los derechos sobre los inferiores y *a fortiori* sobre los paisanos.

Una moralidad semejante justifica lo que escribía A. Corre: «Basta ya de estas paparruchas que nos presentan el militarismo como el *nec plus ultra* de las bellezas terrestres, la semilla de los grandes corazones, la escuela donde se adquiere el desprecio a la muerte y el espíritu de sacrificio. El militarismo es una escuela de desmoralización y de miseria. No veo qué ventaja halla el hombre en preferir la muerte a la existencia libre, no reducida por las privaciones, útil; tocante al espíritu de sacrificio no faltan ocasiones en la vida común en que el paisano sabe dar pruebas de sacrificios con un heroísmo menos bullanguero y sobre todo más desinteresado que el militar por vocación».²⁴⁶

²⁴⁵ Véase los bellos estudios de P. Kropotkin sobre la solidaridad en los animales y en los hombres, publicados por la *Société Nouvelle* y la *Humanité Nouvelle*.

²⁴⁶ *Almanach de la Question Sociale*, 1892, pág. 96.

Con muchísima razón terminaba N. Colajanni, en su *Sociología criminale*, el capítulo consagrado a la guerra y al militarismo con estas líneas.

«En resumen, la guerra y el militarismo engendran el horror al trabajo útil; favorecen la tendencia a la pereza; crean nuevas necesidades a los soldados, sin dejarles los medios adecuados para satisfacerlas; despiertan todos los primitivos instintos feroces y egoístas; cambian el respeto al derecho en un respeto exaltado a la fuerza brutal; conducen por caminos directos e indirectos a la miseria, al suicidio, al desequilibrio mental, al delito. Tales son los tristes resultados de estas siniestras instituciones según las pruebas históricas y estadísticas».

En suma, como con mucha razón dijo este criminólogo, como lo prueban los ejemplos relatados en esta obra, **el militarismo constituye una verdadera escuela del crimen.**

Todo concepto es el producto de la actividad cerebral, función de la organización fisiológica del cerebro, de las condiciones mesológicas preexistentes y existentes en el momento en que el encéfalo está en actividad. La organización fisiológica del cerebro está determinada por la herencia, pero durante todo el período de la formación del encéfalo está modificada por las condiciones de la vida física (clima, alimentación, educación, etc.). Las condiciones mesológicas preexistentes son el medio social, profesional, mundano; las existentes en el momento del concepto son las mismas que las preexistentes, a las que hay que añadir el medio climatérico.

En resumen, todo concepto reconoce por causas eficientes: herencia, clima, alimentación, instrucción, educación, ambientes familiar, profesional, mundano y social. De esto resulta que todo concepto está determinado, que no puede dejar de ser como es. El *Querer* es un concepto, y por consiguiente el hombre no es libre de determinar su *Querer*; el Acto es libre en el sentido que, si ningún obstáculo halla la volición, el individuo no ejecutará el acto si no quiere ejecutarlo, pero no es libre de quererlo o dejar de quererlo.

«De la no existencia de la facultad volitiva o libre albedrío, se deduce lógicamente la irresponsabilidad de los delincuentes; se desprende también la justicia de los castigos, de la penalidad y, por consiguiente, la necesidad de suprimirlos».

Para suprimir, o, por lo menos, atenuar los perjuicios antialtruistas y antisociales cometidos por los militares profesionales, el castigo, que es irracional, es asimismo casi completamente inútil. Es necesario no reprimir estos males, sino evitar, hacer abortar su producción; por consiguiente, no hay que obrar sobre los individuos, sino sobre el medio profesional.

Este procedimiento conduce a la supresión de esta forma de criminalidad por medio de la desaparición de esta misma profesión. Este es el objetivo que persigue el socialismo, sea cual sea la escuela de que proceda; lo mismo la ANARQUÍA que el colectivismo.

Mientras llega, la guerra continuará subsistiendo y, como consecuencia inevitable, subsistirán los militares profesionales con los innumerables males que causan. El objetivo inmediato debe ser, pues, su atenuación, y para lograrlo diremos con Corre que es necesario que los ejércitos sean más ciudadanos; desprofesionalizarlos. Como medios colectivos, es decir, gubernamentales, para lograr este resultado, se tiene:

La reforma completa, sobre bases menos crueles y más conformes a nuestras costumbres más dulces, del Código militar, tan impregnado de salvajismo.

Siendo aún necesaria la represión -la organización social actual no permite un tratamiento abortivo- deberá hacerse extensiva a todas las faltas, sean quienes sean sus autores; esta represión puede a veces obrar como tratamiento abortivo de los males próximos, pues el temor influye en ciertos organismos psíquicos.

La reforma de los consejos de guerra, que, como ha escrito Corre, deberían ser mixtos, compuestos de militares y de paisanos, de modo que se obtenga una justicia más benigna y, por tanto, más justa.

Estos medios que las autoridades legislativas y gubernamentales podrían poner en práctica en seguida, no tendrían, según nuestro modo de ver, sino una influencia mínima sobre la criminalidad oculta del militar, puesto que obrarían muy poco sobre la mentalidad de los miembros de esta profesión. Se debe hacer observar que tendrían gran influencia, haciendo menos sensible la diferencia existente entre el ejército y el cuerpo social.

De esta menor diferenciación resultaría, al cabo de un tiempo muy largo, a consecuencia de la evolución fatal, la absorción completa del ejército por la nación civil, es decir, la fusión de la profesión militar y de sus caracteres especiales en la nación entera. Estas reformas serían, por lo tanto, útiles, pero de hecho bien insuficientes para una mejora relativamente rápida.

Para obrar fuertemente sobre la mentalidad de los militares profesionales, es necesario otros procedimientos que la autoridad legislativa o gubernamental podría emplear, pero que probablemente no empleará.

Estos procedimientos son:

Prohibir el uso de la espada, sable y uniforme fuera de todo ejercicio profesional.

Limitar la obediencia, que los subordinados deben a sus superiores, al momento que ejerce la profesión y los actos de la misma.

Determinar minuciosamente la obediencia, para que todo profesional que tienda a aumentar sus límites, sea arrojado sin demora de la profesión.

Si estos procedimientos se emplearan, desaparecerían con bastante rapidez la infatuación militar, el espíritu de clase, el desprecio al paisano y al inferior, etc. A título de indicación cito estos procedimientos, que no serán empleados ni pueden serlo dentro de la actual organización de la sociedad, de la cual el militarismo es uno de sus puntales.

Para mejorar la moralidad bárbara de los militares profesionales precisa obrar sobre su cerebro, y para seguirlo, proceder inmediatamente a obrar sobre la mentalidad de la masa. Este procedimiento inmediato debe consistir en la educación visual y auditiva de los hombres por medio de la palabra, del escrito y del acto.

Precisa -y la dificultad no es muy grande- conducir la colectividad a considerar el ejército como una superfetación social.

Es necesario que dentro de la jerarquía social se coloque al militar profesional en el lugar que le corresponde, es decir, en el peldaño más bajo, puesto que es un parásito, explotador y no productor, pues el arado del campesino, el instrumento del artesano y la pluma del pensador son más nobles que la espada.

Es necesario provocar en el clan social llamado «mundo» una reacción bienhechora contra el renombre de honor y de sacrificio que sirve de aureola a estos profesionales, pues queda visto que solamente encubre inmoralidades y males.

Es necesario vituperar, zaherir a estos profesionales, que todos piensan lo que el general Skobeleff decía con franqueza: «Soy soldado en cuerpo y alma... nada más que soldado, y de una ambición tan ardiente como no pueden imaginársela. Quiero ser el capitán más famoso de

toda la Rusia. La escasa gloria que ya he adquirido no es nada. A mi objetivo únicamente puedo llegar por medio de la guerra. La paz me haría perecer, lo siento, lo sé. *Una guerra tal como la que necesito no podemos hacerla sino contra Alemania. Por esto yo fomento el odio contra los alemanes y no cesaré de fomentarlo*».²⁴⁷

Es necesario protestar tantas veces como se pueda contra la guerra, esta razón de ser del militar, «contra este último y abominable vestigio de las barbaries pasadas, que deshonra nuestra civilización y de la cual destruye todos los progresos y toda la riqueza».²⁴⁸

Esta educación antimilitar, antiguerrera, debe hacerse lenta y progresivamente, a fin de no provocar, primero, en la masa una oposición confusa, después, una reacción neta que tendría por resultado revivificar el amor ancestral a la violencia, simbolizado en la guerra y en el militarismo. En la obra de suavización y refinamiento de las costumbres, es preciso que haya tacto, so pena de exponerse a un fracaso o por lo menos a un retraso.

Esta educación visual y auditiva, lenta pero incesante, conducirá inevitablemente a la desaparición del militarismo.

Por lo demás, todo concurre a que se efectúe esta labor educativa; los propagandistas del socialismo y los del libre pensamiento tanto como los del movimiento pacífico, los de las asociaciones para el arbitraje y el feminismo. Pero mejor que cualquier fenómeno obran las condiciones económicas que poco a poco van evolucionando diversas, gracias a los medios de transporte constantemente perfeccionados, hace que se conozcan mejor, y que las causas de la guerra vayan desapareciendo. Los armamentos, cada vez más perfeccionados, y los ejércitos, cada día más numerosos, disminuyen asimismo las probabilidades de la guerra, atenuando, por consiguiente, los males del militarismo, que no halla su pleno florecimiento sino en la guerra.

El militarismo lleva en su seno el germen de su muerte. Insensiblemente el tiempo ayuda a su desarrollo y necesariamente llegará el momento en que el militarismo y la guerra desaparecerán, en que otras modalidades de luchas sustituirán a estas modalidades, menos brutales, menos violentas, pero tal vez tan homicidas.

FIN

DEFENSA DE LA PSICOLOGÍA DEL MILITAR PROFESIONAL

«El mundo no puede aborrecerlos, pero me odia porque doy este testimonio contra aquel cuyas obras son malas». *Evangelio según San Juan, VII, 7.*

²⁴⁷ Berta de Suttner. El movimiento pacífico en Europa, inserto en *La Vie contemporaine*, pág. 562. Septiembre 1893. – Cuando se reprochó al general Skobelev el famoso discurso que pronunció en un banquete dado en París, respondió: «¿Qué quieren? Por de pronto, yo quiero la guerra y la tendré, y luego, que yo tenía órdenes de Muravieff; además, los franceses eran tan buenos para mí, y en fin, que yo estaba borracho como un puerco».

²⁴⁸ Esta apreciación de la guerra figura en el voto en pro del desarme emitido en Julio de 1893 por el Congreso de la Repoblación de la Francia, presidido por el doctor Lagneau.

En Noviembre de 1893 publicamos el primer volumen de una serie de estudios de psicología social. Esta *Psicología del Militar profesional*²⁴⁹ era un libro puramente científico que antes de publicarse sufrió algunas peregrinaciones que el doctor Corre contó en la *Société Nouvelle*, Diciembre de 1893. Dejémosle la palabra.

«Para poder acentuar bien su intención de presentar una obra científica, el autor hubiera querido publicar su trabajo en una revista especial de criminología,²⁵⁰ donde había completado perfectamente mi examen sobre la «Criminalidad militar en Francia». El director de dicha revista, excelente sujeto, y el cual más que nadie sabe a qué atenerse sobre la psicología del medio retratado, no se atrevió, sin embargo, a habérselas contra el funcionario. «Lo que usted escribe, dijo al autor, es verdad, pero yo no puedo publicarlo en mi revista y bajo mi dirección. El curso que doy ante un auditorio de jóvenes en su mayoría destinados al ejército, me obliga a ser circunspecto. ¡Siquiera se hubiera usted limitado a hacer un cuadro del militarismo antes del año 1789!». Este fue el debut de la peregrinación hacia diversos editores, todos a cual más patriotas... Los editores que sucesivamente rechazaron el libro declararon todos haberlo leído, ¡ingenua confesión!, y que lo hallaron excelente, muy verídico en diversos puntos. Pero el eterno «no se puede tocar al ejército» fue su conclusión y motivó siempre su negativa...»

No hallando editor en Francia me fui a Bélgica, y la casa C. Rozez tuvo a bien aceptarlo, mientras que el señor A. L. Charles, librero de París, se encargaba de ser el depositario general en Francia.

La *Psicología del Militar profesional* apareció, pues, en 26 de Noviembre de 1893 y metió mucho ruido en el reino de la tontería política hasta más allá de la frontera. No nos faltaron crudos ataques e injurias. Fue tal la sensación que causó, si hemos de creer a la prensa, que en poco estuvo que los tribunales no intervinieran.²⁵¹

Ante estas violencias conservamos la calma propia del hombre de ciencia que somos y que queremos ser. Dejamos que la gente dijera, y continuamos nuestros estudios no respondiendo sino raras veces.²⁵² Publicamos hoy una nueva edición y ella nos invita a presentar al público una defensa de este ensayo de psicología social, de psicología de una multitud homogénea: del militar profesional.

Ha transcurrido más de un año; las pasiones se han calmado; creo que mis contradictores no se enfadarán con la lectura de mis corteses refutaciones a sus raras, muy raras objeciones.

Pudimos coleccionar los artículos que se nos consagraron. Tanto como nos ha sido posible, hemos reunido estas críticas por su género y las contestaciones. Lo que escribió Montesquieu, lo repetimos nosotros: El público va a conocer el estado de las cosas y juzgará.

²⁴⁹ Algunas revistas publicaron fragmentos de este libro: *Société Nouvelle*, Julio de 1893 (cap. IV y V); *Mercure de France* (cap. XII); *Revue Socialiste* (cap. II y III); *Art Social* (cap. VI), Septiembre de 1893; *Sempre Avanti*, de Liorna, 23 y 30 de Septiembre, 7 de Octubre de 1893 (cap. VI); *Critica Sociale* de Milán, 1 de Noviembre de 1893 (cap. VII); *Révolte*, 25 de Noviembre, 17 de Diciembre de 1893 (cap. IV y VI); *Giornale di medicina Publica* de Nápoles, Abril 1894 (cap. IV).

²⁵⁰ «Archives d'Anthropologie criminelle».

²⁵¹ La noticia partió del *Gaulois*, 15 de Diciembre de 1893, y por medio de la *Libre Parole* del 16 de Diciembre dio la vuelta por toda la prensa francesa y parte de la extranjera. Tuve que desmentir existieran tales persecuciones y demostrar su imposibilidad; por medio de la *Agence Nationale* fue así comunicado a la prensa, que en sus números del 22 y siguientes insertó la rectificación. La noticia de las persecuciones y tal vez alguna intimidación que se le hizo, influyó sobre el depositario, que olvidándose de poner nuestro libro a la venta nos rogó quitáramos su nombre de la cubierta. Modificamos ésta, y la *Revue Socialiste*, su administrador Rodolfo Simón, nos aceptó la responsabilidad del depósito.

²⁵² *Revue des Revues*, Octubre; *Mercure de France*, Noviembre; *Petite République*, 25 de Diciembre; *Peuple* (Lyon) 26; *Petite République*, 1 de Enero de 1894; *Peuple*, 1 de Enero; *Figaro*, 29 de Noviembre; *Peuple* (Lyon) 31 de Enero; *Gil Blas*, 4 de Febrero de 1894.

Por de pronto, algunas palabras sobre las injurias y las groserías que se nos dirigieron. Se disputaron la palma los periódicos políticos²⁵³ y la prensa militar.²⁵⁴ No sé si en esta lucha memorable los militares profesionales se llevaron la victoria, lo que no tendría nada de particular, habituados como están a vencer siempre. Pero lo cierto es que en este concierto se distinguió sobremanera el general lung, sin duda por sus hábitos de cuartel.²⁵⁵ El barniz mundano se le quitó y dejó ver al hombre mal educado; verdad es que lo natural sale siempre a la superficie y que para el militar de profesión lo natural es la grosería, cuando no la brutalidad.

En esta pseudo-respuesta del general lung pudimos recoger algunas perlas -notas determinadotas del estado psíquico de los militares profesionales- que nos tomamos la libertad de hacer resaltar ante el público:

«El señor Hamon nos habla de los efectos de la profesión militar sobre la mentalidad de sus miembros, y «se olvida de hablar de los efectos de otras profesiones sobre la mentalidad de sus miembros y de la suya en particular» (¿?)... Un hombre que no hiciera más que dormir no se despertaría nunca...»

El general lung se aprovechó de la ocasión para hacer en su escrito la apología de la guerra, apología en la cual hablaba de la «lucha *despiadada* entre los mundos del Espacio...»

Algunos²⁵⁶ creyeron más simple injuriar a la obra y al autor sin mentar a ninguno de los dos. Son procedimientos de polémica desprovistos de toda amplitud de espíritu, cosa muy de lamentar en estas críticas.

Varios de nuestros severos críticos adujeron curiosos argumentos:

«Libro de un profesor que se cree filósofo, que probablemente no ha sido nunca soldado...» (*Courrier du soir*, 21 de Diciembre, Flic).

«Escrito con una ignorancia del tema que traspasa todos los límites imaginables. Es uno de los libros más perversos y más peligrosos que se han escrito sobre materia: es falso y de los más aburridos». (*Polybiblion*, Marzo, A. de Ganniers).

«El Dr. Corre, a quien fue dedicado, seguramente hubiera declinado este honor a haber sido prevenido». (A. B. de la S. J. – *Etudes Religienses*, 31 de Mayo).

²⁵³ No podemos resistir al deseo de dar alguna muestra de estas ofensas. Nuestra obra era «una vergüenza para la sociedad», una «basura, una aberración», digna del «desprecio y del asco de las gentes honradas», «odiosa», «absurda», «merecedora del desprecio que se debe a las calumnias». El autor fue calificado de «criminal», «pedante, reclamista, vanidoso», presentado como «impropio para ser militar por deformidad física», «falta de buena fe». Estas groserías aparecieron en el *Bien public*, 23 de Diciembre de 1893, Dijon; *Courrier de Bayonne*, 23, *Courrier du Centre*, 25 de Diciembre de 1893, Limoges; *Gil Blas*, 1 de Febrero de 1894, firmado C. des Perrieres; *l'Autorité*, 9 de Febrero y *Le Courrier de la Champagne*, 11, Reims, firmado A. De Batz; *Independant d'Epemay*, 3, firmado H. Monfillent; *Pilori*, 18 de Marzo 1894; *Voltaire*, 2 de Febrero, firmado G-Hére; etc.

²⁵⁴ Son: «Inmundos ataques, elucubración malsana, digna del desprecio público»; «carretilla, oscuras blasfemias», proferidas por el coronel Artus en *L'Armée de Reserve*, 12 de Febrero de 1894; *Progrés Militaire*, 17 de Enero de 1894; etc.

²⁵⁵ «El señor Hamon, escribió este general, es, indudablemente sin quererlo, un impulsivo, un sugestionado herido también por una enfermedad bastante extendida... la militarofobia... ¿Está seguro de no ser un inconsciente?... Un escritor que solamente viera el lado malo de las cosas sería un enfermo, un maniático, o un inconsciente. Hamon se halla algo dentro de este caso...». El artículo del señor lung lo publicó la *Revue des Revues*, 15 de Febrero, y lo reprodujeron todo o parte: *France Militaire*, 15 de Enero; *Avenir Militaire*, 16; *Phare de la Loire*, 30 Nantes; *Progres du Nord*, 24 de Febrero de 1894, Lille.

²⁵⁶ En *Le Temps*, 31 de Enero, el señor A. Dumazet vio en nuestro libro un «libelo», una «elucubración», una «especulación sobre una curiosidad nociva». En la *Revue des Deux Mondes*, 15 de Marzo de 1894, el señor Etienne Lamy fue más cortés, sin dejar de emplear, sin embargo, el mismo procedimiento de polémica.

Fuimos soldado, no hemos sido nunca profesor. Si nuestro libro es peligroso no puede ser aburrido, si aburrido no puede ser peligroso; una cosa excluye la otra.

Es de notar que el jesuita A. B. dio cuenta al mismo tiempo del folleto *Militarisme*, del Dr. Corre, y que en este folleto nuestro sabio amigo escribe lo que sigue:

«El autor tuvo a bien ofrecerme la dedicatoria de su libro, «cuyo manuscrito me envió con anterioridad», pidiéndome mi parecer, y sinceramente hallé su libro interesante y justo, hasta útil...»

Suponemos que se nos hará el favor de creer que todas estas injurias no nos molestaron, pues somos de aquellos que dicen:

Pega, pero escucha. Una injuria no es un argumento.

Adelante.²⁵⁷

A guisa de refutación algunos nos titularon socialistas, hasta socialistas de marca.²⁵⁸ Los más nos llamaron anarquistas.²⁵⁹

Este epíteto en son de injuria nos fue arrojado para desacreditar nuestro libro. Según estos críticos, el hecho de que fuera escrito por un anarquista lo dejaba sin valor, completamente falso. Este procedimiento crítico no deja de ser interesante. Poco me importa que me califiquen de anarquista. Me clasifican entre demasiado buena compañía intelectual para que vaya a ofenderme de ello. ¿Pero lo probaron al menos? ¿A qué citar nombres del pasado o del presente? Todos los conocen. Además, me honra yendo con semejantes inteligencias; pero en vano buscaba la analogía de esto con mi estudio científico.

Que yo sea socialista autoritario o socialista libertario, es decir, anarquista o que no lo sea, es asunto que sólo a mí concierne. Son cosas sin interés para el público, pues son puramente personales y valen únicamente para los curiosos que quieren conocer mi mentalidad.

Pero admitamos que yo sea socialista, anarquista, budhista, o no importa el acabado en esta, ¿qué tiene que ver esto con la *Psicología del Militar profesional*? Los críticos nos hubieran hecho un favor con decirlo. Una tesis se deduce lógicamente de los hechos. ¿Se cree seriamente que se puede refutarla con epítetos? La broma, por buena que sea, tiene sus límites y ésta traspasó entonces todos los límites permitidos. Un hombre de ciencia reúne observaciones, las clasifica, deduce ideas generales, y para refutar la obra, ¿basta los calificativos? Esto será muy fácil, pero es fácil; un soplo basta para derribar este procedimiento de discusión tan bizantino.

Y sin embargo, lo emplearon los que en mi libro vieron una obra de odio y de venganza.²⁶⁰ Olvidaron decir qué se basaba para sostener tamaña afirmación. Yo no odio a nadie ni quiero vengarme de nadie. Soy determinista convencido y tengo mis puntas y ribetes de lógico, lo cual me obliga a no odiar ni a los individuos ni a las instituciones. No odio las que considero malas, lamento tan sólo su existencia, y trabajo para que desaparezcan. Lejos de mí el pensamiento de

²⁵⁷ En *L’Echo de l’armée*, del 4 de Febrero, el señor L. Galichet dijo que nosotros quisimos «demostrar -cosa que todo el mundo sabe- que un ejército numeroso en tiempo de paz es dispendioso», de lo cual no dijimos ni una palabra en todo el libro.

²⁵⁸ *La Estafette*, 23 de Diciembre de 1893, A. P. – *Manchester Courier*, 26 de Septiembre de 1894.

²⁵⁹ *La Dépêche*, de Brest, 13, 20 de Diciembre de 1893. – *La Patrie*, 15. – *La Sur*, 18, A. David. – *Le Journal d’Alsace*, 17, Strasburgo. – *La Petit Dauphinois*, de Grenoble, 24, P. Salomé. – *Le Progrés Militaire*, 17 de Enero. – *Le Journal de la Marne*, de Chalons, 2 de Febrero de 1894.

²⁶⁰ *Mercure de France*, Octubre 1893, un Profesional. – *Revue des Revues*, Septiembre 1893, L. Véron. – *XIX Siècle*, 18 de Diciembre, P. Ginisty. – *Le Temps*, 31 de Enero de 1894.

imponer la concepción de la verdad, me limito a exponerla con la esperanza confesada de que mis lectores acabarán por concebir la verdad, como yo la concibo. Con Renán, creo que una verdad no adquiere su valor sino cuando se llega a ella por sí mismo. Por esto digo al público: lee, mira, reflexiona, concluye; pero jamás le digo: cree.

No siento odio, tampoco tengo ganas de vengarme, pero aunque así fuera esto, el asunto de que se trata importa tanto como mi anarquismo, es decir, nada. He citado hechos, he enseñado sus relaciones, he sacado luego conclusiones. ¿Lo hice por odio, para vengarme? ¿Y qué importa esto? La cuestión es saber si los hechos son verdaderos, si las relaciones son justas, si las conclusiones son lógicas. Los motivos que impulsan al autor, el objetivo que persigue, únicamente él los conoce. Puede uno suponerlos, imaginárselos, construir una novela sin certeza, y si esta novela fuera verdad, de ningún modo destruirá la tesis científica que pretendía destruir.

De hecho, ¿por qué oponerse esta pseudo-argumentación, cuando no se le opone ni a Rusell Wallace por su *Darwinismo*, ni a Gumpłowics por la *Lucha de las razas*, ni a Geddes ni a Thompson por su *Evolución del sexo*, ni a Corre por su *Etnografía criminal*, ni a Letourneau, ni a Ferri, ni a Manouvrier, ni a Colajanni, ni a Romanes, ni...? ¿Se ha de tener la pretensión de que yo solo he obrado por odio, por deseo de venganza, por anarquismo, y que a los demás hombres de ciencia no les ha influido su socialismo, su anarquismo, su liberalismo o su realismo? La pretensión es extraña y para ser válida debería probarse; la afirmación no basta.

Yo sólo conozco o creo conocer los motivos secretos que me hacen obrar; hágaseme, pues, el honor de creer que no siento odio ni deseo de vengarme.

Contemplo cómo los hombres se mueven con la misma mirada indiferente que veo moverse a las hormigas.

Estudio los hombres y los actos con tanta impasibilidad como si escrutara con mi escalpelo organismos inferiores, seres de mundos diferentes al nuestro. En este análisis psicológico me abstraigo y dejo a un lado simpatías y antipatías. Y esto me es muy fácil, porque, para mí, los hombres son efectos, fatalmente tales como son, dadas las condiciones: no tienen mérito ni demérito. Pero aunque la *Psicología del Militar profesional* hubiera sido escrita por odio, por venganza, por un anarquista, no implicaría esto su falsedad. Queda de pie, intacta en su valor ante estos calificativos apasionados, sin ninguna significación crítica. Las obras de Lamarck y de Laplace no fueron refutadas valiéndose de la afirmación de que sus autores eran ateos.

Algunos críticos protestaron contra mi antipatía, lanzándome a la cara, como si fuera una injuria, el título de «antipatriota».²⁶¹ El señor Francisco Coppée escribió esta memorable carta (?):

«¿Es necesario, querido Formentín, dar a conocer aún más mi opinión sobre los antipatriotas, sobre los insensatos que osan atacar la bandera? Mi opinión la he pregonado en todos los sitios, todo lo que he podido, con todas mis fuerzas, a riesgo de que me trataran de «chauvin» y de «cocardier», lo cual, a decir verdad, no me disgusta. Estos desgraciados son unos locos, puros locos, pero en Francia no los creo peligrosos. El sentimiento nacional, el instinto militar, permanecen intactos entre nosotros. Que estalle una guerra y todas estas estupideces griterías las ahogará el primer redoble del tambor».²⁶²

²⁶¹ *Archives d'Anthropologie criminelle*, 15 de Septiembre de 1893, Storck. – *L'Echo de París*, 25 de Diciembre de 1893, Mirman. – *Nouvelle Revue*, 15. – *Le Matin*, 27. – *La Estafette*, 29, Peyrouton. – *Revue des Revues*, 15 de Enero de 1894, general Iung. – *Journal des Débats*, 29, H. Malo. – *Gil Blas*, 1 de Febrero, C. Des Perrures. – *Voltaire*, 2, G. Hére. – *Journal de la Marne*, 2. – *L'Echo de l'Armée*, 4, L. Galichet. – *Independant* (Epernay), 3, H. Monfilleul. – *Armée de Réserve*, 12 de Febrero de 1894, coronel Ortus.

²⁶² *L'Echo de París*, 25 de Diciembre de 1893. – El señor Formentín había abierto una información sobre la tesis que nosotros defendimos y sobre el *Catecismo del soldado*, de Mauricio Charnay.

El poeta había olvidado que en 1891, en *L’Eclair*, escribió: «En el fondo, nuestro amor a la patria y nuestro deseo de un desquite, son absurdos».²⁶³

Entre los críticos patriotas algunos dijeron que yo publiqué mi volumen especialmente para desacreditar al ejército francés. ¿La prueba de esto? «Va a publicarse una edición alemana de «esta odiosa publicación»».²⁶⁴ El argumento alegra, la lógica brilla... por su ausencia. Otros lamentaron que el libro no hubiera nacido al otro lado de los Alpes o de los Vosgos, como el señor Saint-Genest». Oigámosle:

«Aun cuando la profesión de las armas les pareciera absolutamente repugnante, ¿por qué escriben semejantes cosas? ¿Es que se dejan llevar por el horror que les inspira tanta barbarie? Entonces en Prusia es por donde debieran comenzar su obra; en alemán debieran escribir sus artículos con firmas alemanas; en los cuarteles de Berlín debieran distribuir estos folletos; a los ciudadanos de Guillermo sería necesario demostrar que el soldado está colocado en el último peldaño de la escala social y que el oficial es un ser infame. Además, una vez desorganizado el ejército prusiano -si fuera posible- continuar la obra en Italia, seguirla en Austria, y, por último, cuando nuestros enemigos no fueran ya de temer, dirigirse a Francia...» (*L’Ecole du crime*, 26 de Enero de 1894, *Le Figaro*).

Sin duda el señor de Batz se entristecerá y el señor Sanint-Genest se alegrará de saber que nuestro libro emigró, que los súbditos de S. M. Guillermo II, de S. M. Francisco José, de S. M. Humberto I, van a conocer «semejantes cosas».

Poco me importa la tristeza o la alegría de estos ardientes defensores del militar profesional; lo que me gustaría saber es en qué el patriotismo o el antipatriotismo de una obra puede motivar su error o su verdad.

¿Pero es que realmente mi libro es antipatriótico? Algunos críticos afirmaron todo lo contrario, por ejemplo, el Dr. A. Corre, el señor Fournières²⁶⁵ y el Dr. Boyer²⁶⁶.

«Añadiré que el libro del señor Hamon me parece patriótico en el buen sentido de la palabra; la disciplina mal comprendida es el fermento por excelencia de la desagregación oculta en los ejércitos y prepara la dislocación final para el día en que más se cuente con su acción.

»Añadiré que en mí se alegran igualmente el patriota y el internacionalista: el patriota, al ver que los productos del militarismo son parecidos en todas partes y que el alemán no tiene que reprochar nada al francés... ¿Se quiere desbaratar la doble o la triple alianza? Pues tradúzcase el libro de Hamon y dése a leer a los ciudadanos alemanes, italianos, rusos, etc., de los futuros Estados Unidos de Europa...

»La tesis del señor Hamon es justa, irrefutable y debe ser considerada como la obra de un observador concienzudo, de un lógico implacable y, no temo decirlo, de un buen patriota. A pesar de las tontas invectivas y de las pretensiones contrarias de un «chauvinismo» más aparente que real, demasiado ruidoso para no verse que obedece a una consigna, el método positivo que sondea el corazón y los riñones poniendo en descubierto las llagas y los vicios de este grande organismo que se llama ejército, hace acto de patriotismo y de sabia previsión...»

Bajo otra forma me fue opuesto el mismo argumento por algunas revistas.²⁶⁷ La supresión del ejército es imposible; por lo tanto, es necesario callarse.

²⁶³ Reproducido pág. 655. – Año 1891 de la *Francia Social y Política*.

²⁶⁴ *L’Autorité*, 9 de Febrero de 1894, Andrés de Batz.

²⁶⁵ Estas respuestas figuran en una investigación que sobre nuestro libro emprendió el señor Jorge Docquois. Tenía que publicarse en *Le Journal*, pero ignoramos el por qué no fue así. La insertó la *Ere Nouvelle*, Abril 1894, con el título *Le Métier des armes*.

²⁶⁶ Esta opinión figura en una carta que el médico mayor Boyer escribió al señor C. Formentín para la investigación de *L’Echo de París*, que no tuvo a bien publicarla. ¿Por qué? El *Parti Ouvrier*, 8 de Febrero, y *Le Peuple*, de Lyon, 12 de Febrero de 1894, la publicaron.

Estos críticos olvidaron que la *Psicología del Militar profesional* es un libro de ciencia y que su autor no tenía, al escribirlo, por qué preocuparse de si la supresión del ejército era o no posible, de si el libro era o no patriota. El fin del hombre de ciencia -y yo soy uno- es la investigación de la verdad. Una vez esta verdad adquirida, el científico debe publicarla, pues es un bien común, según la expresión de Bossuet. El hombre de ciencia no tiene que saber si la verdad que descubre va a chocar con las ideas recibidas, hacer bambolear el orden social, motivar la ruina de su país, arrastrar los suyos a la miseria y depararle la cárcel o la muerte. Sabe que posee la verdad y deben darla al público; no debe verla, cubrirla con gasas, desfigurarla, pues entonces no será digno de llamarse hombre de ciencia.

Massillon ha dicho: «No se es digno de amar la verdad cuando se puede amar alguna cosa más que a ella». Yo amo la verdad por encima de todas las demás cosas y la proclamo sin ocuparme de las consecuencias sociales que de ella pueden momentáneamente resultar. ¿Cuál es la verdad que no turbó el orden social de su época? Jesús predicando el comunismo y la libertad, glorificando la igualdad y la fraternidad, trastornaba el orden social y en la cruz pagó ignominiosamente este delito. Galileo, aun abjurando su convicción y pronunciando el famoso *E pur si mouve* que afirmaba la verdad, trastornada asimismo el orden social. Sócrates como Juan Huss, Ulrich de Hutten como Dolet, Spinoza como Lamennais, Wiclef como Proudhon, Carlos Marx como Condorcet, Diderot como Campanella y tantos otros, trastornaron el orden social con la afirmación, con la publicación de verdades trastornadoras que luego fueron aceptadas. Sufrieron la muerte, la cárcel y la miseria para poder enunciar estas verdades que hacían bambolear la sociedad, pero ni la cárcel, ni la muerte, ni la miseria, no probaban el error, la falsedad de sus concepciones. ¡Qué importa que la sociedad tiemble, que la patria se bambolee! Lo esencial es esto: ¿son exactos los hechos, justas las deducciones, lógicas las conclusiones? ¿La obra es verdadera?

Esto únicamente es lo que debe examinar la crítica, el resto no tiene ya importancia cuando se quiere ser imparcial y desapasionado. ¿La tesis de mi libro es falsa o justa? He ahí lo que debe escrutar la crítica. Calificarlo de antipatriota, o afirmar que los ejércitos son necesarios, no quiere decir que la obra sea mala.

En el *Mercure de France* (Octubre 1893), un militar profesional escribió este pensamiento:

«No lo dude, el día que se suprima este arcaísmo llamado ejército, el día que fusione con el paisano hasta el punto de perder las cualidades -o los defectos, si así se quiere- que constituyen su fuerza, aquel día, señor Hamon, tendrá usted que cambiar de lenguaje o enjugar su pluma, pues el Teutón será el dueño y se la romperá entre los dedos».

Los sucesos se encargan de demostrar la insignificancia de esta admirable frase. No se necesita que el Teutón intente romper la pluma del pensador para que tal cosa suceda. La lista de todos los escritores que en el transcurso de los diez últimos años han sido condenados en Francia, ciertamente es tan larga como la de los condenados en Alemania. ¿A qué citar nombres? El Teutón vencedor no entorpecerá más el florecimiento del pensamiento de lo que han hecho los gobiernos actuales.²⁶⁸ Por lo demás, sus esfuerzos son vanos y despreciables.

En *La Estafette* (29 de Diciembre de 1893), el señor Abel Peyrouton generalizó la misma objeción, escribiendo:

²⁶⁷ *Archives d'Anthropologie criminelle*, 15 de Septiembre de 1893, Storck. – *Mercure de France*, Octubre 1893. – *Evénement*, 28 de Febrero de 1894, comandante Schambion.

²⁶⁸ En Julio de 1894 fue votada en Francia una ley que rompería la pluma de los pensadores si éstos no continuaran haciendo como si tal ley no existiera. En cambio, en 1895 y en Alemania, el Reichstag se negó a aprobar una ley análoga.

«Sé que... el ejército proporciona a los espíritus superiores las delicias de las altas especulaciones de la política, de la filosofía, de la ciencia, del arte, de la industria».

Esta aserción la contradice lo que pasa en Inglaterra, en Suiza y en los Estados Unidos, donde no hay ejército y donde, sin embargo, se hace filosofía, ciencia, arte, etc. Tanto protege el ejército el arte, la ciencia, la literatura y la filosofía, que en todas las épocas ha saqueado las bibliotecas, los museos, etc. Basta leer la historia griega para saber que Arquímedes fue brutalmente asesinado por un soldado; basta leer las crónicas medioevales para saber que los reyezuelos feroces no perdonaban a los monjes estudiosos. En nuestros días, los ejércitos europeos que fueron a China, a Annam, al Tonkin, al Indostán, a Siam y a Birmama, destruyeron maravillas del arte antiguo o contemporáneo. Un soldado que volvió del Tonkin me contó un día que, para divertirse, un batallón tomó por blanco a un budha panzudo, estatua gigantesca de verdadero valor histórico. Cuando la guerra franco-alemana fue incendiada la biblioteca de Strasburgo. En Rusia incendiaron Moscou. Recuerdo haber leído en el suplemento literario de *Le Figaro* (Febrero 1895) un relato de un oficial inglés, que, en el Extremo Oriente, por distracción, destrozó con su sable las orejas, la nariz y los brazos de las estatuas. Muchísimos hechos análogos podríamos citar si quisiéramos hurgar en los relatos de campaña escritos únicamente por militares.

Dudo mucho que en estos tiempos de lucha, de saqueo y de incendio, puedan los filósofos, los sabios y los artistas agregarse a elevadas especulaciones. El argumento de Peyrouton en especial.

Algunos críticos, hasta de los mismos que alabaron, calificaron de libelo, de exhorto²⁶⁹ la *Psicología del Militar profesional*, o la consideraron violenta.²⁷⁰

A no ser que se llame también exhorto a la exposición imparcial de las costumbres de los tigres o de los leones, por ejemplo, no creo que seriamente se pueda llamarlo a mi libro. Del mismo modo que el naturalista, para hacer la monografía de los felinos, pongo por caso, averigua sus costumbres, los observa, etc., para hacer la monografía psíquica de los militares profesionales los hemos también estudiado y observado. En estas observaciones y en este estudio imparcial no hay ninguna tendencia de exhorto. Ninguna penalidad pido para los desgraciados militares; no los he mostrado parcialmente,²⁷¹ me he limitado a la relación de hechos exactos, a las deducciones y a generalizar sin violencia. He expuesto la verdad con toda su brutal desnudez, sin los oropeles que la tapan. Por esto se cree que nuestro libro es violento, cuando, precisamente, la violencia está tan lejos de nuestro pensamiento, que deseamos advenga el tiempo en que el ser violento sea considerado como un monstruo.

La señora Saverine nos fue severa, pues escribió estas líneas:

«Ciertamente, yo no apruebo ni la forma injuriosa ni la parcialidad arbitraria que preside en el libro del señor Hamon, «Psicología del militar profesional», y me parece que englobar toda una clase de ciudadanos en la reprobación merecida solamente por algunos, utilizar el oprobio de éstos para aplastar a aquéllos, no es acto justo ni digno de alabanza. Pero, esto dicho, netamente, lealmente, es imposible no quedar sorprendido por ciertas citas de hechos, su relación y la conclusión inexorable que se desprende, y no reconocer en este análisis el embrión de una verdad...» (*L'Echo de París*, 23 de Febrero de 1894).

En vano buscamos entonces y ahora la forma injuriosa de nuestro libro, escrito con plácida indiferencia, sin odio, sin deseos de venganza, tal como hubiera podido escribir algo sobre los

²⁶⁹ *L'Avenir Social* (Dijon), 36 de Noviembre de 1893, F. Pelloutier. – *Patriota*, 5 de Diciembre, Bruselas. – *L'Echo de París*, 3 de Enero, E. Lepelletier. – *Etudes religieuses*, A. B. de la S. J., 31 de Mayo de 1894.

²⁷⁰ *XIX Siècle*, 18 de Diciembre de 1893, Genisty. – *Le Journal d'Alsace*, Strasburg, 17. – *L'Estafette*, 23, A. P.

²⁷¹ *L'Eclair*, 22 de Diciembre de 1893. – *Le Petit Dauphinois*, Grenoble, 34, P. Salomé. – *La Estafette*, 29, Peyrouton. – *L'Echo de París*, 3 de Enero de 1894, Lepelletier.

insectos, como algunos críticos han hecho observar, especialmente Alfredo Kerr, en *Gegenwart* (29 de Diciembre de 1894).

La hermosa colección de artículos que escribió la señora Severino, durante el invierno de 1894-95, para protestar contra las brutalidades de los oficiales, basta para demostrar su error cuando nos acusa de arbitraria parcialidad.

Las objeciones precedentes no son ninguna novedad. Antes fueron dirigidas a los filósofos, a los sabios que pretendían examinar con su razón la idea de Dios. Nuestros argumentos de refutación no son nuevos, fueron también antes empleados por los sabios y los filósofos, defendiendo su derecho de pensar y de pasarlo todo por el tamiz del análisis racional.

En los pasados siglos, el examen de la idea de Dios levantaba santas cóleras y más de un audaz murió en las cárceles, en la hoguera o en el destierro. La idea de Dios -tal como se enseña ortodóxicamente por las Iglesias- ha vivido. Los esfuerzos para mantenerla en pie han sido vanos; la razón pudo más. Los golpes, los castigos, ¡pobres argumentos! se desvanecieron como niebla ante el espíritu crítico de los filósofos y de los científicos. Hoy es el examen de la idea de patria, el análisis del militarismo lo que levanta indignaciones. Mañana estas parecerán a los hombres tan ridículas como hoy nos parecen las que levantó la negación de ciertos dogmas religiosos. Como escribió el señor Clemenceau: «Nada hay hoy que pueda sustraerse al juicio de los hombres». (*Justice*, 22 de Diciembre de 1893). A los hombres de ciencia y a los filósofos que ponen la verdad por encima de todo, es ocioso oponerles la Religión, la Patria, el Orden social. Son cosas de que no podemos preocuparnos cuando, escalpelo en mano, disecamos los órganos sociales. Son argumentos que no tienen valor científico para una obra de ciencia.

Entre las críticas, objetaron algunas que no se hacía historia ni psicología por medio de las noticias recortadas de periódicos.²⁷²

La objeción tiene más alcance, tal vez, del que pensaron los mismos que la hicieron. Pasa por encima de mi humilde personalidad, para dar de lleno contra los Lombroso, los Lacassagne, los Corre, que hicieron de igual modo criminología, y a los sociólogos contemporáneos de este siglo. Este argumento, que hizo decir a un sabio crítico: «¿Aconsejaremos al señor Hamon consulte la razón y la lógica?»;²⁷³ tiende, nada menos, que a prohibir el empleo de los periódicos como fuentes de documentos. Es una pretensión inadmisibles. En todas las épocas, la historia ha sido escrita con ayuda de documentos tan plagados de error y de espíritu de partido como pueden serlo los periódicos.

Jamás un historiador cuidadoso de la verdad se limitará, para escribir la historia de una época, a usar documentos oficiales: leyes, discusiones parlamentarias, tratados de comercio o diplomáticos, informes oficiales; sino que buscará las memorias que los testigos o los actores publicaron, despojará los archivos para conocer cartas y relatos inéditos de los sucesos. Del conjunto, gracias al espíritu crítico, sabrá sacar la esencia y mostrar al lector la historia viviente, tan verdadera como pueda ser, de la época que estudie. Para escribir la historia, son tan útiles, y casi más que los actos de los parlamentos y las sentencias y decretos sepultados en los archivos, las crónicas de Froissard, la sátira de Menipée, el diario de Estoile y las memorias del duque de Saint-Simón.

Escrita de este modo la historia, observamos que el psicólogo, el criminólogo y el sociólogo hacen lo propio, buscando en los archivos los libros de memoria, crónicas, etc., y extrayendo de

²⁷² *La Revue Scientifique*, 9 de Diciembre de 1893. – *Gil Blas*, 15, Marcel L’heureux. – *Le Temps*, 31 de Enero de 1894, Dumazet.

²⁷³ *Parti socialiste*, 21 de Enero de 1894.

ellos, con un elevado espíritu científico, todo lo útil a sus trabajos para presentárselo, finalmente, al público.

Verdad que los autores de estos relatos, los Froissard, los Saint-Simón o los Estoile, testigos o actores de los hechos que narran, los han deformado, evidenciado ciertos detalles y dejando otros en la oscuridad. Según su amistad, su indiferencia o su odio contra ciertos personajes, han alterado ciertos sucesos, presentándolos según su visión propia. Pero esto es el defecto inherente a todas las obras humanas y si a causa de estos defectos todas estas obras fueran malas, tanto valdría no escribir y quemar todas las bibliotecas.

De todos estos relatos impregnados de espíritu de partido y de interés personal, el historiador y sociólogo que posean espíritu crítico, sabrán sacar la verdad, del mismo modo que un hábil diamantista sabe sacar mil luces de la piedra bruta.

Actualmente, las memorias y las crónicas de antaño o han desaparecido o han visto disminuir su importancia eclipsada por la prensa. En los periódicos se halla el gran almacén de que los sociólogos y los historiadores sacan y sacarán los materiales de sus trabajos. Su crédito es tan grande como el de los autores de memorias y crónicas de antaño. Los hechos están relatados por testigos y actores al igual que en las crónicas y memorias. Los relatos de los sucesos que aun viven en el espíritu de los hombres están llenos de una mayor dosis de verdad, están menos deformados por el tiempo; leídos por testigos que tienen presente los detalles de los sucesos, pueden ser y son rectificadas.

Los periódicos son fuente de documentos, tan veraces y seguros como los documentos oficiales y los debates parlamentarios. Basta saber utilizar estos periódicos con el espíritu crítico. Basta con saber eliminar las exageraciones naturales, comparando periódicos de opiniones diversas, no atendiéndose a un solo relato. Los relatos se completan mutuamente. Entonces se puede extraer la médula histórica, psicológica, criminológica, etc., de estas hojas diarias con tanta certeza como de las memorias, crónicas, actos oficiales y correspondencias.

Los relatos de un proceso, de un suicidio por miseria, de una muerte por hambre, de un *chantaje*, de una brutalidad, de un abuso de poder, que se leen en los periódicos, poseen tanto crédito como los relatos de las costumbres de las poblaciones asiáticas, africanas, americanas o europeas hechos por los viajeros. Y sin embargo, no se objeta a los sociólogos que los utilizan que no son verídicos, después que los han comparado, tamizado, criticado la misa labor se efectúa con los periódicos. No es justo culpar a éstos y defender aquéllos.

Las ciencias sociológicas se estudian y forman necesariamente por el método positivo, que exige observaciones y experimentos. En psicología social, colectiva, en criminología, el procedimiento experimental parece difícil, sino de imposible empleo, y es necesario recurrir al procedimiento de observación. Y este procedimiento obliga a buscar, en fuentes de diversa observación, memorias, cartas y periódicos. Si nos limitamos a los recuerdos personales, como hubieran querido algunos de mis críticos,²⁷⁴ la cosecha sería insuficiente en cantidad y calidad. El hombre no puede estar a la vez en dos sitios distintos, en dos medios semejantes. Absurdo sería no aprovecharse de las observaciones ajenas, y éstas se hallan en las memorias, en las novelas, en las correspondencias, en las revistas y en los periódicos.

He aquí por qué utilizamos y utilizaremos toda clase de fuentes de documentos.

²⁷⁴ A los que utilizaron recuerdos personales, como en *Birib Sous-Offs, Eleve Martyr, Au port d'armes, Casque et sabre*, etc., se les reprochó de ser apasionados, vengativos, llenos de odio. Se dijo que el cuadro presentado podía ser exacto en cuanto al medio descrito, pero no para los demás medios análogos. Para evitar estos reproches me abstuve cuidadosamente de citar observaciones personales y, sin embargo, se me gratificó con los mismos calificativos.

Numerosos fueron los críticos que pretendieron refutar mi libro, objetando que generalicé hechos particulares, que después de haber reunido y clasificado cierto número deduje generalidades, lo cual era poco o nada científico.²⁷⁵

Este argumento, como el precedente, es argumento de principio y tiene un alcance diferente de la simple refutación de la *Psicología del Militar profesional*.

En efecto, he generalizado hechos particulares, como antes que yo hicieron todos los sabios, todos los que emplearon el método racional o el método positivo.²⁷⁶

He hecho como Darwin, Lamarck, Letourneau, Romanes, Lubbock, Lombroso, Garófalo, Corre, Manouvrier, Benedikt, Geddes, etc., etc. Quien sostenga que este procedimiento de examen no tiene ningún valor, destruye las obras de los Novicow, Hæckel, Broca, Mathias Duval, Laveleye, Bain, Büchner, Maudsley, Paulhan, Sergi, Sighele, Gurney, Padmore, De Greef, Mosso, Taine, Feré, etc. Entonces habría que arrojar al fuego los libros de ciencia de todas las épocas, pues no hay uno que no sea la generalización de hechos particulares.

Si estos científicos tienen el derecho de formular generalidades a base de hechos particulares, yo también lo tengo. Si estas generalidades no implican nulidad completa en sus obras, tampoco la implican en la mía. Si el procedimiento de observación y de generalización es legítimo para los hombres de ciencia, legítimo ha de ser asimismo para mí. No creo que se sueñe siquiera en considerar como ilegítimo el empleo de este método por los Geoffroy St-Hilaire, Geddes, Taylor, Mantegazza, Gomme, Havelock Ellis, Elías Reclús, Elíseo Reclús, Weisman, etc. Mantengo, pues, la legitimidad de mi procedimiento y afirmo que no tiene ningún valor la objeción presentada para destruir la *Psicología del Militar profesional*.

Otros objetaron que los hechos citados constituyen una excepción.²⁷⁷ Los hechos que relaté son absolutamente normales y nada excepcionales. Buena parte de ellos son ordenados por los reglamentos militares, es decir, que hasta son legales. Están, por lo tanto, muy lejos de ser excepcionales.

Clemenceau lo hizo constar así en estas líneas:

«¿Por qué el ejército ha de sustraerse a este instrumento de disección que separa, descompone, reduce en sus elementos toda concepción, toda institución, todo lo que ha sido, todo lo que es, todo lo que está en camino de ser? Que el señor Hamon toma, pues, su escalpelo y haga en demostración. Esta es clara, rigurosa, despiadada e irrefutable para el psicólogo. Ha acumulado los hechos y si le hubiera venido en gana podía haber llenado volumen tras volumen». (*Justice*, 22 de Diciembre de 1893).

Léase ahora este fragmento de una carta del médico mayor Boyer:

²⁷⁵ *Archives d'Anthropologie criminelle*, 15 de Septiembre de 1893, Storck. – *Gil Blas*, 15 de Diciembre de 1898, Manuel L'heureux. – *Nouvelle Revue*, 15. – *Réforme* (Bruselas), 17, R. B. – *Echo de París*, 25, Mirman. – *Estafette*, 29, A. Peyrouton. – *Echo de París*, 3 de Enero de 1894, Lepelletier. – *Revue des Revues*, 15, general Iung. – *Echo de París*, 23 de Febrero de 1894, Séverine. – *Mouvement social*, Marzo de 1895, J. Bailhache.

²⁷⁶ Basta leer las obras de ciencia de los pasados siglos para observar que sus autores generalizaban los hechos personalmente observados. Siendo poco numerosos estos hechos, a menudo los pasaban en silencio y parecía que solamente accedían a la razón. Es una simple apariencia. Lo que diferenciaba a los sabios *racionalistas* de los *positivistas*, es que aquellos se apoyaban raramente sobre las observaciones ajenas y si mucho en las propias: de sus propias sensaciones inferían las de los demás hombres, generalizaban sobre sucesos personales y *racionalmente* deducían que eran semejantes a los demás. En el fondo, el procedimiento era el mismo del método positivo, pero la cantidad de elementos era mucho menor, lo que da una superioridad científica al método positivo.

²⁷⁷ *Archives d'Anthropologie criminelle*, 15 de Septiembre de 1893, Storck. – *Réforme* (Bruselas), 17 de Diciembre de 1893, R. B. – *Libre Parole*, 19, Drumont. – *Estafette*, 29, Peyrouton. – *Autorité*, 9 de Febrero de 1894, A. de Batz.

«He pensado que no le sería indiferente conocer, respecto esta cuestión, la opinión de uno de los profesionales citados en la obra del señor Hamon, de uno de los oficiales del cuerpo sanitario, que, durante más de veinte años, ha observado al ejército de cerca, tanto en Francia como en Tunez, en el Tonkin como en Argel. A propósito de la «Psicología del Militar profesional», estimo que se puede repetir lo que un antiguo ministro de la guerra, el general du Barail, dijo de «Sous-Offs»: «Todo lo que se dice en este libro es verdad». La parte documental, que se hubiera podido desarrollar al infinito, es inatacable. Los ejemplos se refieren, en su mayor parte, a contemporáneos, con nombres y señas de los individuos e indicación de las fuentes de donde fueron tomados, de modo que tiende a facilitar cualquier comprobación, teniendo todo el rigor de las observaciones científicas. Partiendo de este punto, las consecuencias se desprenden naturalmente. El reproche que se ha dirigido al autor de haber generalizado demasiado y haber basado sus conclusiones sobre casos excepcionales, no me parece fundado, pues por un escándalo divulgado, hay así tal vez mil que quedan ahogados o ignorados. Con ocasión de una solicitud dirigida al Senado en 1892, relatando las brutalidades, los robos, los actos contra naturaleza cometidos por oficiales sobre sus soldados, en periódico conservador, *La Liberté*, órgano oficioso del ministro de la guerra, en su número de 16 de Abril de 1892, confesó ingenuamente “que estos hechos son más comunes de lo que se cree generalmente...”» (*Parti ouvrier*, 8 de Febrero de 1894).

La opinión de los médicos militares o de marina, Boyer, Lacassagne, Corre, es categórica. Este último, cuya ciencia y filosofía son conocidas por su estudio *Militarisme*,²⁷⁸ que consagró a nuestro libro, cita varios hechos que confirman nuestra tesis, en una carta respuesta a la información abierta por el señor Docquois, diciendo:

«Estimo las ideas de mi amigo Hamon, tan bien justificadas por los hechos (salvo algunas reservas de importancia secundaria)... Hay verdades que se titubea en decirlas; no hay razón en querer disimularlas...» (*Ere Nouvelle*, Abril 1894).

Las afirmaciones de estos sabios que vivieron entre los profesionales, están basadas sobre la experiencia, tienen el valor de hechos para la confirmación de mi tesis.

Pero ¡oh ironía! en el preciso momento en que los periódicos pregonaban que los hechos por mí citados constituyen una excepción, los mismos periódicos nos suministraban amplios documentos²⁷⁹ en apoyo de la tesis sostenida.

Los hechos abundan, se hallan en todas partes. Abran *Der Moloch des Militarismus* (Schaebelitz, editor, Zurich), que se publicó al mismo tiempo que mi libro y hallarán buen golpe de hechos similares a los que relatado.

La correspondencia del teniente Normand es altamente sugestiva; es tanto más interesante al psicólogo cuanto que fue escrita a sus amigos con gran sinceridad y sin ánimo de publicarla. Vio la luz pública después que su autor murió valientemente en el campo de batalla.

Citemos algunos extractos de estas cartas:

²⁷⁸ «Société Nouvelle», Diciembre 1893.

²⁷⁹ Especialmente *Le Temps* publicó extractos de una colección de «cartas de campaña en 1870-71» por el oficial de la reserva Rindfleisch. Esto hizo que *La Réforme* de Bruselas, 28 de Diciembre de 1893, dijera: «El caso confirma tanto más la tesis de Hamon, cuanto que se trata de un oficial de *ocasión*. No estaría del todo mal extraer de esta colección íntima pruebas múltiples y explícitas que confirmarían las groserías, los robos, etc.» *La Revue des Revues* del 1 de Mayo, dio, sacados de la *Neue Deutsche Revue* de Abril, extractos del «Diario de un funcionario en el Camerún». Es un largo relato de violaciones, de abusos de poder, de brutalidades por el estilo de la siguiente muestra: «Cuando la expedición a Bakoko, el jefe alemán Vehlan hizo incendiar los campos; los prisioneros, viejos, mujeres y niños, fueron espantosamente golpeados, encadenados sobre el puente del buque durante los grandes calores, al extremo de que los gusanos pululaban en sus miembros tumefactos y sanguinolentos; los prisioneros agonizantes fueron fusilados como si fueran bestias salvajes; no se hacían prisioneros, se fusilaba a todo el mundo». «Los soldados, agrega Vehlan, y sobre todo uno de entre ellos, tienen un admirable modo de arrancar la piel a los enemigos: se practica un corte de cuchillo en la mandíbula inferior; sigue luego un buen tirón con los dientes y la piel queda desprendida de la cara...». – Estos extractos son sugestivos.

«Hace cinco días que estamos sin noticias de Francia. ¡Mientras no se firme la paz! porque «yo tengo la ambición de poseer la cruz de Cambodge» (pág. 19).

»En fin, «creemos que una expedición» que habrá durado año y medio y para la cual se habrán enviado 20.000 hombres, soldados y marinos, merecerá «una medalla conmemorativa» a los que la habrán hecho (pág. 73)... Me negaron este «placer» (disparar sobre los chinos), pero estos señores (tiradores tonkineses) se han dado este gustazo. «He visto con alegría», a 300 metros de mí, 7 u 8 chinos «decapitados» (pág. 78)... Esperamos que la patria reconocida nos otorgará una «medalla conmemorativa» (pág. 79)... Hemos tenido la «satisfacción» de ver chinos «asesinados» en los caminos; esto nos causa un «placer» extraordinario (pág. 92)... «Lo visitamos todo y «robamos» en todas partes lo que nos conviene. Poseo dos estandartes chinos, un sable, un cinturón-cartuchera, una carabina italiana muy curiosa que me ha proporcionados muchos envidiosos, etcétera» (pág. 94)... Encontramos algunos chinos «desarmados» en los pueblos por donde pasamos, y «nos los llevamos» por no faltar a la costumbre (pág. 103)... No tengo necesidad de decirles que «todos» los que caen en nuestras manos «heridos o no, son ejecutados» inmediatamente (pág. 120). He sido bastante afortunado para «recoger» (es la palabra decente) sables y fusiles chinos, más de dos estandartes, un puñal, una lanza y un sombrero (pág. 126)... Pasamos el día «golpeando o dando sablazos de plano» sobre las espaldas de los coolis, un hatillo de gandules, para hacerles trabajar (pág. 141)... Los annamitas son muy dulces sumisos, muy temerosos, «no se les habla sino a puntapiés» (pág. 147)... Creemos y esperamos todos que se nos otorgará la «medalla conmemorativa» (pág. 163)... «La vista de los heridos y de los muertos ya no me impresiona»; he dormido muy tranquilamente... al lado de un cabo... muerto y cuyo cadáver hice apartar para plantar mi tienda (págs. 171-172)... No dudo que después de todo esto el parlamento nos otorgará la «medalla conmemorativa» que «todos vivamente deseamos», que tan poco costaría y que tan buen efecto haría en el ejército (pág. 174)».

(«Carta del Tonkin», Noviembre de 1884 a Marzo de 1885. Correspondencia de R. A. L. V. Normand. Nueva edición. París 1887; Ollendorff, editor).

Los comentarios son inútiles.

Recuérdese el asunto de Turpin que estalló en Mayo y Junio de 1894. Los mismos procedimientos de los militares profesionales que narramos entonces en *Ministère et Mélinite*, y señalamos ahora en la *Psicología del Militar profesional*, se renovaron cuando Turpin presentó su nuevo invento al gobierno francés. Los periódicos hicieron una viva campaña sobre el particular, en el curso de la cual fue publicado un documento *auténtico* muy interesante para el psicólogo. El documento, *un informe redactado de acuerdo por la 3ª dirección* (artillería y equipajes militares) y por la 6ª dirección (pólvoras y salitre), fue fotografiado por el señor Serrant, ingeniero que lo tuvo en sus manos a causa de un proceso con la administración de guerra, y por mediación del señor Laguerre, abogado suyo. En este documento procedente de oficiales superiores o generales, entre ellos el general Mathieu, se leía:

«Cuando Turpin hubo presentado su invento al ministerio de la Guerra, los servicios competentes se preocuparon ante todo de los medios de aprovecharse de sus ideas, de sus trabajos y de sus comunicaciones sin tener que ver luego nada con él, en virtud de sus pretensiones que se preveía debían ser exageradas...» (*Le Figaro*, 31 de Mayo de 1894).

No se puede confesar más ingenuamente su deseo de *robar*.

Que se lean de nuevo los periódicos que dieron cuenta de las cosas de la marina, es decir, de los debates de la comisión parlamentaria y de la comisión extraparlamentaria de investigación y se verá aparecer claramente en el modo de proceder de estos militares profesionales, los caracteres psíquicos que determinamos. Permítasenos relatar tan sólo este hecho:

«El día 9 de Mayo, en una sesión parcial de la Comisión, el diputado Cabart Danneville nos hizo conocer que «él sabía de buena fuente», que el almirante Gervais hizo ir a su despacho a los oficiales y funcionarios llamados a testimoniar, «para prohibirles hablar» o dar ningún dato a la «comisión» (*Le Justice*, 11 de Mayo de 1894). Desmentido por la «Agencia Havas». Entonces, en la sesión del 11 de

Mayo (*Le Justice*, 13 de Mayo de 1894), el señor Cabard Danneville leyó una nota «manteniendo» lo dicho, pero «atenuándolo» por cortesía, pues decía que se sentía satisfecho viendo al jefe de Estado Mayor general negar los hechos sobre su honor. Después de la sesión, este diputado agregó: «Ayer mismo recibí la visita de funcionarios de marina que vinieron a «confirmarme la actitud» del almirante Gervais. Ante su rectificación no pude persistir, pues no podía revelar el nombre de estos funcionarios». «Los quebrarían como frágil vidrio...». He creído más conveniente poner al almirante Gervais en presencia de su palabra de honor, y asimismo de sus actos. Allá él...»

Fácilmente se descubre la prepotencia.

¿Pero se quiere más hechos? La cosecha es abundante. Si he de citar todos los que vienen en apoyo de nuestra tesis no acabaré nunca. Vaya aún por estos dos recogidos de la prensa francesa en Mayo y Junio de 1894:

«En *Le Journal* del 14 de Mayo de 1894, el Dr. Juan Bayol, antiguo médico de marina, contaba que al principio del conflicto dahomeyano un capitán le decía: «¡Oh! Gobernador, usted no hace romper bastantes quijadas». El Sr. Bayol agregaba: «El deseo brutal de la decoración a la vez honorífica y remuneratriz se halla en estas palabras con toda su sugestiva belleza». El militar, como el marino en las Colonias, saben que su grado, una vez adquirido, nadie puede arrebatárselo, que una ley especial protege y que pueden hacer impunemente lo que juzguen útil para aumentar el renombre de su «cuerpo» sin que su carrera se resienta más tarde de ello». – En Chalons sur-Marne, el Consejo de Guerra del 6º cuerpo «condenó a muerte» a dos soldados borrachos del 128º de línea que habían «injurado y golpeado a un superior» y «absolvió» a un brigadier borracho, del 15º cazadores, que «mató a un campesino» en una disputa, (*Le Justice*, 8 de Junio). – En París, mes de Mayo, el Sr. Sentubery, soldado del tercer regimiento de infantería de marina, borracho, quiso, pasando por la calle, tomarse ciertas libertades con la Sra. Malnui; ésta se defendió llamando a su marido. Acude éste, hace sus observaciones corteses al soldado y le hunde éste su bayoneta en el cuerpo dejándole cadáver. Sentubery pasó ante el Consejo de Guerra y «fue condenado» por homicidio «a dos años de prisión». En Saigón el Consejo de Guerra «condena a muerte» al soldado Penris, culpable de haber arrojado su manta a la cabeza de un cabo. (Periódicos del 17 de Mayo de 1894 y siguientes. – *Le Petite Republique*, 8 de Junio de 1894).

Más espléndido no puede darse. Huelga toda observación. A fin de no olvidarlos en nuestra cartera citemos algunos más, muy típicos por cierto:

«En Port-Said (1879) un mismo alemán, después de haber tocado en el café el «Home Rule», tocó la «Marsellesa» a instancias de un concurrente inglés que había notado la presencia de franceses. A la derecha del L. G. de Claubry estaba situado el teniente coronel R..., con los labios fruncidos y cara enfurruñada «¿Qué tiene usted, le dije? ¿No se da cuenta de esta delicada atención? Es nuestro canto nacional». – Señor, «no admito nunca que un militar cante una canción en la que se habla de feroces soldados. Es un insulto a todos los ejércitos de la tierra». – Quedé de una pieza, pero hallé modo de decirle: “Entonces usted es más militar que francés”. (Carta de X Gaultier de Claubry, antiguo profesor de la Universidad y antiguo alumno de la escuela de Atenas).

«En Rumania se cometen tantas atrocidades sobre los soldados que se necesita suceda algo muy original para llamar la atención del público... En un momento de ira el capitán Gh. atravesó con su espada a un soldado, y no se le procesó siquiera... Una vez se halló en un bosque el cadáver de un soldado que empuñaba un revólver. Una investigación dio por resultado que se trataba de un asesinato. Un teniente, ayudado de dos soldados, había maltratado a aquel infeliz y después de asesinarlo le pusieron el revólver en la mano para hacer ver que se trataba de un suicidio. El oficial no fue molestado...» (Carta del Dr. P. Stoianoff).

«El día 1 de Septiembre de 1894, 86 oficiales y soldados armados atacaron en Atenas las oficinas del periódico la *Acrópolis*, destruyendo y rompiendo muebles, máquinas, libros, etcétera... «Nada se salvó, me escribía Filadelf, redactor de dicho periódico, todo quedó aplastado por sus sables, martillos, etc.» ¿Y el motivo? Pues fue porque *Acrópolis* había publicado artículos poco favorables al ejército. El escándalo fue mayúsculo. Los oficiales pasaron ante un consejo de guerra, el proceso se vio el 5 y el 6 de Octubre.

Fueron absueltos, a pesar de estar convencidos del acto brutal». (Nottingham daily Guardian, 2 de Septiembre de 1894. – Daily Chronicle, 8 de Octubre de 1894).

«En Marzo de 1895, el periódico madrileño *El Resumen*, publicó un artículo de crítica general sobre el ejército; para obtener justicia una banda de oficiales y soldados de diferentes armas invadió la redacción y se entregó a excesos. *El Globo* (15 de Marzo), contó el hecho al día siguiente, brevemente, tomándolo del parte de la policía. El artículo se titulaba *Los Valientes*. Este título provocó la cólera del ejército, y por la noche trescientos oficiales y soldados asaltaron la redacción y la imprenta de *El Globo*, saqueándolo y rompiéndolo todo. Repitieron luego la hazaña en la imprenta de *El Resumen*. En la interpelación al Senado, el general Bermúdez Reina defendió a los militares y afirmo que: «Violar la ley no es faltar a la disciplina». En la Cámara, el ministro de la guerra, después de haber defendido a los militares, declaró que los *periodistas* serían procesados». (*El Herald*, 15-16 de Marzo; *El Imparcial*, 17 de Marzo de 1895).

Los señores Morice y Jarzuel publicaron en *Le Figaro* del 18 de Mayo de 1894, la interviú de un general comandante, al general Galliffet, como así lo confesaron dichos señores a Eduardo Drumont y a nosotros. De esta interviú extraemos los pasajes siguientes: «Antiguamente el espíritu militar pertenecía a una casta, luego fue perteneciendo a una categoría en la nación... En Alemania... es un país jerarquizado militarmente. En Berlín he visto a un simple capitán de infantería atravesar por entre la multitud que se apartaba *respetuosamente*. Esto dice mucho en favor de la moral militar de una nación... ¿Se acuerdan de aquel general alemán que abofeteó a un simple particular? Fue condenado por la justicia civil, es cierto; pero el emperador indultó inmediatamente y lo decoró de nuevo... *He deseado la guerra*, soñé con hacerme un nombre en la historia... Nadie habla de suprimir el ejército. Se trata de reducirle a un contingente necesario para asegurar el mantenimiento del orden en el interior... Tendríamos entonces una especie de vasta guardia civil que defendería el orden contra los enemigos de la sociedad...»

Un antiguo ministro de la guerra, el general du Barail, en una interviú (*Le Figaro*, 30 de Mayo de 1895) se hizo solidario de las afirmaciones de su colega con estas categóricas palabras: «Hallo muy bellas y valientes las declaraciones del soldado que ha consultado usted...»

«*La Petite République* (10 de Junio de 1894) publicó una sugestiva carta del propio general Galliffet, fechada en 25 de Diciembre de 1894: “Soy... un jefe de gendarmes, armo emboscadas... Mis hombres son más bandidos que los mismos que persigo. Además, soy un gran justiciero. Todos los bandidos (soldados mejicanos)... que no son muertos, los ahorco. Si quieren pedazos de cuerda auténtica de ahorcado, a mi vuelta abriré un comercio...”»

En un libro notable por su ciencia y su filosofía, *Etnografía criminal*, (Reinwald, editor, Julio 1894), el doctor Corre ha citado algunos típicos ejemplos, de los cuales copiamos dos: «Un oficial de marina preguntaba un día a un presidiario: – ¿Qué hiciste para ser enviado aquí? – Ha tenido *relaciones* con un muchacho. Y el oficial exclamó ante mucha gente: ¡pobre diablo! ¡Si hubieran tenido que castigar por el mismo delito a todos los que venimos a Cochinchina!» (página 18, nota). – El almirante Courbet hizo penetrar sus buques en el río Min, gracias a condiciones que sabía, casi rotas, y sin las cuales no hubiera sido posible abrirse paso. Empleó entonces una dobles... asiática (página 337).

En Abril de 1894, el doctor Boyer publicó un pequeño folleto de 20 páginas con el título «Documentos». Es una colección de cartas y piezas oficiales. Sería útil citarlo todo pero nos limitaremos a lo que sigue: Carta del teniente Rocas al diputado Letellier, 22 de Abril de 1891: «Negándose siempre a la cochina tarea de revelar las malversaciones de mi capitán, se me obligó a... escribir un informe... De la investigación se desprendieron toda clase de indecencias por parte del capitán Bouis. Todos los hechos hacían poco *honor* a los que debían haber ejercido mayor vigilancia y *desde entonces fui condenado*. Ante la exactitud de los hechos consignados en mi informe (robos, malversaciones, pederastia), el general en jefe du Besol, obligó al capitán Bouis a pedir su retiro... y a mí me obligó a ir *castigado* a Laghonat...». – El 21 de Abril de 1891 el doctor Boyer quiso enseñar al general inspector Laveuve, dos spahis que servían de mujer al capitán Bouis. A ello se opuso el teniente coronel Vergennes. El general Laveuve dijo: «Verdad que si todo el escuadrón pasa por estos trámites se hallarán cansados». – Carta del doctor Cazalas, médico del 2º suavos, 30 de Julio de 1891, Orán: «... Pienso afirmarles que un personaje muy elevado (el general du Bessol) me ha hablado últimamente de nuestro asunto... El capitán Bouis, me dijo, ha cometido faltas de delicadeza y actos reprobables que ojalá se hubieran ocultado. El doctor Boyer hizo mal en sacarlos a la vergüenza...». – Carta del doctor Salle, médico, 30 de Julio de 1891, Mostaganem: «Sí, Bouis es un canalla. Si se abre una información *seria*, pida que hable el coronel

Bechade y el teniente Laperrine que están muy enterados... Respecto la alimentación de los hombres, he observado que siempre es insuficiente. Varias veces lo he dicho al coronel... «Una sola vez hablé de ello en mi informe de inspección y lo suprimí a petición del mismo coronel...». Tocante a brutalidades, he sido testigo de más de cien... Lapostolle me ha dicho varias veces que las hay de calibre suficiente para hacer ahorcar a Bouis». – El capitán Lapostolle se erigió después en defensa del capitán Bouis contra el doctor Boyer. – Carta del doctor Cros, médico principal de 1ª clase, director del servicio sanitario de la división de Argel, 5 de Agosto de 1891: «... En el caso actual (absolución de Bouis y condena de Boyer), no se ha pecado por error; «era preciso no sacrificar el principio de la infalibilidad del mando» ante el de decir de un modesto intruso. He aquí todo el secreto. En algunos la conciencia es de caucho». El asunto del doctor Boyer tuvo recientemente su epílogo. Fue declarado de reserva por faltas contra la disciplina. El capitán Bouis conserva su cruz de la legión de honor y continúa siendo oficial. El médico en jefe Dujardin-Beaumetz, director del servicio sanitario, que dejó efectuar estos actos, fue nombrado inspector general en Abril de 1895.²⁸⁰

En el Tonkin, un médico de marina señaló la doctor Dujardin-Beaumetz, superior suyo, el vicio de un decreto reciente emanado de una autoridad militar y relativa a los enfermos. El médico Dujardin, indignado, le respondió: «Sepa usted que una autoridad militar no se equivoca jamás». (Comunicación de un médico de marina).

El mayor de estado mayor Fritz-Gertsch, en su folleto titulado «Disciplin ¡Oder Abrüsten!», (Berna, imprenta Goepfer y Lchmann, 1895), se ha erigido en defensor de la disciplina y del espíritu militar. De este folleto extraemos los siguientes característicos párrafos: «Los casos de abuso de poder y de malos tratamientos a los soldados, se detallan y sienten demasiado, cuando, en realidad, no se trata más que de una simple cuestión de severidad contra el desorden y no de malos tratamientos (pág. 11)... Si en el calor del momento el superior trata a un hombre rudamente, lo que en una guerra sería es a menudo necesario, entonces el soldado se considera indignamente tratado. No debiera creer semejante cosa. Estoy lejos de defender la brutalidad, pero la rudeza de lenguaje y las expresiones fuertes no constituyen la brutalidad ni el insulto, ni siquiera ante un tribunal de honor. Y hasta cuando el oficial riñe a un soldado torpe o que tiene mala voluntad, no hay brutalidad ninguna (pág. 30.31)... En el ejército tenemos necesidad de soldados que obedezcan, no de hombres informados en los cuales el ciudadano soberano deba ser siempre respetado (pág. 24)...»

¿Se puede dar a la masa de las tropas las ideas de honor y de deber tan familiares al oficial? Dificilmente, en el grado que sería deseable. La diferencia, tan «necesaria» entre el oficial y el soldado... El recluta es el «mejor» soldado, es temeroso y este temor da por frutos la sumisión, la obediencia a menudo exagerada, docilidad hacia el cabo enfadado... La disciplina consiste en sumisión absoluta, sin condiciones... La disciplina se demuestra... por medio de la renuncia de su propio honor, de su propio valor... En el ejército, aún más que en la vida civil, la diferencia de rango produce diferencias de sentimiento y de pensar... El valor, el poder y la audacia del oficial proceden de su convicción que en su situación de jefe llama sobre sí las miradas de la multitud... El simple soldado no puede sentir ni pensar como un oficial, aunque hagan de él un oficial... Las exigencias y las leyes de la guerra son duras, bárbaras, inexorables. La sentimentalidad y la razón humanas son cosas opuestas al empleo de los hombres de guerra... «Vivir y dejar vivir» es una divisa impropia de un ejército... Lo que reclama la guerra es el desprecio de las propias tropas, de las del enemigo y hasta de sí mismo. «Para un ejército vale más ser demasiado salvaje, demasiado cruel, demasiado bárbaro», que poseer demasiada sentimentalidad y razón humanas. Si el soldado quiere ser bueno para algo, debe ser todo lo contrario de un hombre que sienta y razone. La medida de los ejércitos es la posibilidad de servir a la guerra... Rudyard Kipling escribió: «Ser buen soldado es abstenerse de elevadas reflexiones sobre el valor de la vida». La guerra, la misma paz, exigen del soldado moral absolutamente diferente de la moral común y de las demás morales especiales de las profesiones, de las clases... El recluta cuando ingresa en filas aporta muchas nociones de moral y una educación común que debe olvidar en seguida... Para el soldado la victoria lo es todo... El sentimiento que inspira el ejército conquistador no tiene nada que ver con la ética y la moral. Las tendencias originales más bárbaras del hombre surgen en la guerra, y para la guerra, son inmensamente buenas... Los reinos y los ejércitos no los conducen la ética y la moral...

²⁸⁰ Sentimos no poder copiar más datos de las publicaciones del doctor Boyer. En su último, «Los escándalos de Medeah», Marzo 1891, Enero 1895, (folleto de 64 pág., imprenta Allemane, París, 1895), hallará el lector muchos más detalles típicos.

(«Friedens und Kriegs moral der Heere am Ausgange des XIX Jahrhunderts», por C. V. B. K.; págs. 5, 8-9-13-18-10-20-22-49. – Viena y Leipzig, foll., y Willhem Braumuller, editor).²⁸¹

¡Cuántos más hechos *excepcionales* podríamos citar aún! ¿Recordaremos todos los incidentes de brutalidad, de insensibilidad y de anestesia moral que la prensa francesa ha señalado desde Enero a Marzo de 1895? ¿Y los artículos de Hugues Le Roux, en *Le Journal*, sobre los soldados condenados a trabajos forzados? ¿Citaremos algún extracto de *Cinquante tours a la légion étrangère* (*Revue Blanche*, 15 de Abril de 1895)? Abundante sería la cosecha, si la extractáramos también de *Casque et Sabre*,²⁸² del señor Chateauvieux y de *Trois ans au régiment*,²⁸³ por Monmillion, y de *Reminiscences of the great Mutiny*,²⁸⁴ por un simple soldado del ejército inglés, y de *A côté de la guerre, Mon petit journal en 1870-71*, por Camilo Fondet, y en *Au pays des fétiches*, del antiguo médico de marina P. Vigné (d'Octon), y de...²⁸⁵ Detengámonos, pues no hay sentencia de consejo de guerra, memoria de oficial o desoldado, relato de guerras o expediciones coloniales, que no demuestre de modo aplastante la característica psíquica que determinamos en nuestro libro. La brutalidad, la fatuidad, el interés personal, guía del individuo, la anestesia moral, la prepotencia, se revelan en todos los hechos que hemos citado, en el número inmenso que hubiéramos podido citar. Es necesario ser ciego para no ver estas violencias y fatuidad que se manifiestan siempre y tan diversamente.

Cuando los hechos *excepcionales* son tan numerosos, cesan de ser excepción para convertirse en regla, tanto más que la mayoría de estos hechos son obra colectiva y tienen necesariamente por autores muchas personas. Todo hombre de buena fe debe reconocerlo.

Son tan poco excepcionales estas fatuidad y brutalidad, que ya antes que nosotros nos fijáramos lo notaron otros. Sobre el particular escribió W. M. Thackeray lo que sigue:

«Dos o tres veces he tenido el honor de encontrar a un viejo gentleman, que me ha parecido el tipo más perfecto de lo que puede hacer de un hombre la práctica de la vida militar. El tal gastó su existencia sirviendo en los regimientos distinguidos y luego mandando en ellos. Es una mezcla de egoísmo, de

²⁸¹ El autor es un oficial del ejército alemán que escribió un libro, «Zur Psychologie des Grossen Krieges». Las citas de su folleto son muy típicas, pues demuestran con todo candor el estado de alma del profesional.

²⁸² El señor Chateauvieux publicó en la casa editorial Savine, en Mayo de 1894, un volumen de recuerdos. El estilo es flojo y el relato curioso. Representa 400 páginas de dolores, de sufrimientos, de heridas, de alfilerazos. Es espantoso, y se ve la sinceridad de este escrito de un voluntario, de un hombre que entró contento en el ejercicio y salió dolorido. Robos, brutalidades, abusos de poder, se suceden unos tras otros, sin interrupción. Lean este volumen nuestros contradictores, y si quieren ser imparciales, confesarán que la mentalidad especial al militar profesional halla en él una nueva confirmación.

²⁸³ El volumen del señor Monmillion, editado en la misma librería (Junio), es de menos valor. Es fastidioso y poco vívido. Sea lo que sea, lo que el autor narra conforma con la mentalidad especial de los militares profesionales. Este resultado es tanto más válido cuanto el autor confesó que quiso glorificar al ejército, defenderlo contra los ataques de los novelistas: Hermant, Févre, Descaves, Lugué, Darien, Chateauvieux, etc.

²⁸⁴ A propósito de este libro se nos escribió: «Corroborra plenamente sus teorías sobre la influencia del militarismo, pero también demuestra lo que le dije: que en Inglaterra, la prepotencia, la fatuidad, la brutalidad militares, son menos acentuadas que en el continente». Esta observación de un hecho muy exacto viene en apoyo de nuestra tesis. En Inglaterra el soldado sale desarmado a la calle, el oficial sólo viste de uniforme cuando va a actos oficiales. Es una realización parcial de los procedimientos que aconsejé en mis conclusiones para disminuir, hasta hacer desaparecer, algunas de las características psíquicas del militar. En Inglaterra la fatuidad militar no puede dejar de ser rara, pues es muy corriente decir: «¡El militar! ¡No es nadie!»

²⁸⁵ Citemos unas cuantas obras más en las que se pueden cosechar hechos: «Le Bauditisme en Kabylie», por Emilio Violard, París 1895; «La vérité sur Tombouctou», por E. Guillaumet, París 1895; «Les Memoires de Bourrienne sur Napoleón», T. I., 1895; «Révelations complètes et appuyées de preuves authentiques sur les barbaries du régime disciplinaire d'une partie de l'armée d'Afrique», por Villain de Saint Hilaire, antiguo intendente militar, foll., 1848, París; «Der Militarismus in Deutschen Reich», foll., 1893, Stuttgart; «Les Phobies neurasthéniques», por el doctor Bérillon, fol., París 1893; «Les Culs-Rouges», por Ary Steede, París 1895; «Souvenirs de Sebastopol», recogidos y redactados por S. M. I. Alejandro III, traducción de Nicolás Notovich, París 1894; «Mémoires d'un jeune homme», por Henry Bauer, París 1895, etc., etc.

brutalidad, de arrebatos y de glotonería. Es digno de ver en la mesa, con sus pequeños ojos inyectados de sangre, devorar de antemano lo que tiene en el plato. Cada una de sus frases se acompaña de un juramento, y después de haber tragado, cuenta historias de cuartel, las más sucias que darse puede. En razón de su rango y de sus servicios, se cree la gente obligada a tener consideraciones y respetos para con este viejo tan cargado de títulos y cruces como de groserías. En cuanto a él, les mira desde lo alto de su grandeza. Si hubiera abrazado para profesión, tal vez no se hubiera transformado en la miserable criatura que es. ¿Pero qué iba a escoger? No era bueno para nada. Su incorregible pereza y la grosería de su espíritu, le impedían soñar en otra carrera que la en que se ha hecho una reputación de bravo y buen oficial y en la que se ha distinguido, manteniéndose bien a caballo, beber buen vino, batirse en duelo y seducir mujeres. Y, seguramente, en su interno fuero, se cree el personaje más considerable y más considerado que existe bajo la capa del cielo. Pueden estar seguros de encontrarle después del mediodía en la plaza de Waterlío, su paseo habitual, ocultando sus piernas rígidas por la vejez en sus botas barnizadas, mirando descaradamente a las mujeres en sus propias narices. Cuando muera de apoplejía. *El Times* consagrará un cuarto de columna al recuerdo de sus servicios y hechos de armas. Cuatro líneas, por lo menos, se necesitarán para indicar sus títulos y condecoraciones, mientras la tierra se cerrará sobre los despojos del ser más depravado y más obtuso que haya podido pasearse sobre este planeta» (*Le Livre des Snobs*).

Creemos haber demostrado cuán vano es el argumento: deducir conclusiones generales a base de hechos que constituyen excepción.

Para refutarlos, algunos periódicos²⁸⁶ citaron las siguientes líneas, debidas a un funcionario, antiguo juez de instrucción y criminólogo, el señor Gabriel Tarde:

«Al cabo de poco tiempo no piensa ya en su padre, cuyo temor le dominaba, ni en el campo que deseaba, ni en la muchacha con quien esperaba casarse, y menos aún en el catecismo del cura; «todas las fuentes de su honradez laboriosa y de su pureza de costumbre relativas han cesado de manar». Pero su moralidad ha cambiado mejor que desaparecido y «y lo que ha perdido en continencia o en trabajo, lo ha ganado en valor y probidad», porque además de pensar en el consejo de guerra, tiene, para sostenerle en su vida, disciplinada del cuartel, para mantenerle firme en su puesto en el campo de batalla, la idea de la vergüenza, de la humillación ante sus camaradas, que evitará con riesgo de morir. Al propio tiempo tiene la conciencia de que es útil, con el cumplimiento de sus nuevos deberes, a una multitud de hombres que se convirtieron poco después en sus semejantes, a esta gran patria, que está próxima a asimilárselo y de la que se preocupaba poco antes, absorbido hasta entonces por sus preocupaciones domésticas».

Lo que sale ganando es dudoso y valdría la pena de que se demostrara. En cambio, lo que pierde es cierto. Fue confirmado por Octavio Mirbeau en estos términos:

«Resulta de sus documentos y de las deducciones que sacan, lo siguiente: que el militarismo es fuente de infinitos crímenes y que el cuartel vale lo que el presidio. Estas deducciones me parecen, en toda su atrevida afirmación, muy justas. Muy justas y muy espantosas; corroboran todas las ideas que pueden brotar en el espíritu de quien mire los mareantes retratos de generales expuestos en las vitrinas de los bulevares y los que publica *L'Eclair* en su tercera página, sin duda para mantener en el corazón de los patriotas la esperanza de reconquistas futuras. Estas frentes estrechas, estos ojos anegados de alcohol y miopes, por sus demasiado frecuentes excursiones por *L'Annuaire*, estas pesadas quijadas que tantos tacos soltaron sobre las explanadas y los campos de maniobras, todas significativas deformaciones que acusan en estos diferentes imágenes de héroes largos años de embrutecedora disciplina, de mandos imperativos, de celos feroces y de absentas sin fin, dicen mucho más de lo que yo podría decir. Valdrá más, pues, que me calle.

»Es bien cierto, que el estado de espíritu militar, es decir, el estado, aun en tiempo de paz, de perpetua violencia, defendido por un código salvaje, que parece redactado por apaches; fortificado por el porte permanente de un informe que pone por encima de la ley común y del ordinario deber civil a los que lo

²⁸⁶ – *Gironde* (Bordeaux), 23 de Diciembre de 1893. – *Petite République* 24, (Treyes). – *Avenir de la Sarthe* (Le Mans) 24. – *Republicain Orléanais* (Orleáns) 24. – *Moniteur du Puy-de-Dôme* (Clermont-Ferrand) 26. – *Echo du Mexique* (Méjico 13 de Enero de 1894).

visten; fortificado por una disciplina que no es otra cosa que la abolición de la conciencia y una promiscuidad de la basura cuartelera que arrebató al hombre su dignidad personal y lo vuelve parecido a bestia de establo; exaltado por una divinización de la fuerza brutal, una idealización de virtudes ejemplares de asesinato y de destrucción; es bien cierto que todo esto debe engendrar en los individuos y en las colectividades anomalías bárbaras, crímenes especiales, calificados por usted y con razón, de profesionales. Cada profesión, sobre todo las que como la militar ofrecen un carácter antisocial, comporta una serie de crímenes excepcionales y generales tan nocivos a la sociedad como los previstos en nuestros códigos y castigos por nuestras leyes con penas proporcionales a su acción nociva sobre la sociedad. Y no hablo de la guerra, que según ya todo el mundo conviene, es el desencadenamiento de todos los malos instintos del hombre, un regreso al bruto atávico.

»Pero aún queda algo más triste y más grave.

»A menudo he observado en jóvenes de mi país, los estragos que puede causar una permanencia de tres años en el cuartel. Son profundos e innegables. He conocido jóvenes muy trabajadores, de un natural generoso, espíritu recto, llenos de alegría y que parecían destinados a ser felices en esta vida tanto como puede uno serlo. Ingresan en filas, y, al cabo de tres años vuelven; ¡pero cuán cambiados! Han perdido el gusto del trabajo, ya no saben qué hacer, están tristes. El taller, donde antes trabajaban cantando, lo desprecian; los campos les causan *horror*. La mayor parte no sueñan más que en colocarse como criados en casas ricas. Después de algunos meses pasados en su hogar, entre la pereza, el disgusto, el fastidio, unos no hallan modo, en un ambiente falto de placeres, de satisfacer los hábitos crapulosos adquiridos en el cuartel; otros, desviados por ambiciones irrealizables, abandonan el pueblo y van a engrosar el número de los miserables de la ciudad. El ejército, que los filósofos optimistas nos dicen ser una familia maternal, ha hecho de ellos rebeldes, desgraciados o sin-clase. Les aseguro que el número de los que al volver del cuartel reanudan valerosamente la labor interrumpida, se hace cada día más pequeño».

Por lo demás, ya en 1892 el P. Forbes, basándose sobre trabajos de sifilografía del Dr. Fournier y de otros médicos, dijo:

«El ejército devuelve a las familias hombres podridos hasta la médula, heridos por enfermedades vergonzosas y vicios degradantes» (*Parti ouvrier*, 8 de Febrero 1894).

Al leerse los violentos ataques de que fue objeto nuestro libro hubiera podido creerse que era la primera vez que se empleaba el aforismo «El ejército es la escuela del crimen». Pero ¡ay! que para todo pensamiento puede repetirse el *Nil novi subsole*. Mucho antes que yo lo dijeron y repitieron otros. Sin hablar de Emilio Girardin que casi textualmente escribió esta verdad - nosotros la aprendimos de nuestro amigo F. Pelloutier en Enero de 1894- ¡cuántos pensadores la expresaron en forma diferente!

Para Lao Tsé, «donde florece el ejército, florecen asimismo las miserias y la ruina».

Según Séneca, «no se puede obrar al propio tiempo como buen general y hombre honrado».

Tertuliano afirma que «el engaño, las crueldades y las injusticias son la herencia de la guerra».

Las leyes de la Iglesia en la Edad Media, (del VI al XI siglo) colocaban el homicidio cometido en la guerra entre los actos criminales y lo castigaban como un homicidio cometido en tiempo de paz. (Véase los antiguos *Penitentiels*).

Béde, en el siglo VII, hablaba de la penitencia impuesta a todos los que toman parte en una guerra.

Kheltchitsky, autor tcheque del siglo XV, dijo. «Todo guerrero», aunque sea caballero, «no es más que un asesino y un bandido».

Según Swift, en su «Viajes de Gulliver: El soldado es un ser asalariado para matar a sangre fría tantos seres como pueda de su propia especie y que jamás le ofendieron».

En su «Telémaco», Fénelon «considera la guerra como el más horrible de todos los vicios» que puede afligir al hombre.

Maquiavelo ha dicho: «Varios son de la opinión (y tienen razón) de que no hay dos cosas que puedan ser tan desemejantes y estar tan en desacuerdo como la vida civil y la militar. Una costumbre civil es considerada como impropia y molesta para el que está pronto a ejecutar algún acto violento. Las costumbres civiles son dulces y afeminadas y para un hombre cuyo oficio consiste en deslumbrar y espantar al mundo entero, apenas sería lógico que demostrara dulzura y fuera complaciente con los demás hombres... Todo fraude en las acciones es abominable, pero en la guerra es glorioso y digno de alabanza... El que profesa la guerra no puede dejar de ser vicioso. La guerra fabrica ladrones y la paz les levanta el patíbulo».

Escuchen estas populares palabras de un viejo refrán italiano: «Cuando comienza la guerra se abren las puertas del infierno».

Y estas de un viejo refrán español: «La guerra es la fiesta de los muertos».

Voltaire escribió: «Ladrones y soldados son sinónimos...»

«Coloquen juntos todos los vicios de todas las edades y de todos los lugares y jamás llegarán al número de los males y enormidades de una sola campaña».

Burke opinaba que: «La guerra suspende las reglas de la obligación moral y lo que está mucho tiempo en suspenso corre el riesgo de ser totalmente abolido».

«El verdadero espíritu militar es aquel que nos hace encontrar el mejor medio de quemar, robar, matar y enseñar luego a los demás a imitarlo» (Boucher de Perthes).

Los siguientes versos son de Luisa Ackermann:

«Du moins te poursuivant jusqu'en pleine victoire,
A travers les lauriers dans les bras de l'Histoire
Qui, séduite, pourrait t'absoudre et te sauver
O guerre, guerre impie, assassin qu'on necéense,
Je resterai navrée et dans mon impulsance
Bouche pour te maudire et cœur pour t'exécrer».

(*Pensamiento de un Solitario*).

En el «Espíritu humano» de Condorcet leemos:

«Los pueblos más esclarecidos posesionados del derecho de disponer ellos mismos de su sangre y de sus riquezas, comprenderán poco a poco que la guerra es el azote más funesto, que es el mayor de los crímenes... Y las guerras entre los pueblos, como los asesinos, los colocarán entre el número de estas atrocidades extraordinarias que humillan y rebelan a la naturaleza...»

Finalicemos con estas líneas de Guy de Maupassant extraídas de «Sur l'Eau»: «Los pueblos van comprendiendo que el engrandecimiento de una maldad no es su disminución; que si matar es crimen, matar mucho no puede ser la circunstancia atenuante; que si robar es una deshonra invadir no puede ser una gloria. ¡Ah! Pregonemos estas verdades absolutas, deshonremos la guerra... Los hombres de guerra son el azote del mundo... Entrar en un país, degollar al hombre que defiende su casa porque va vestido con una blusa y no lleva un kepis sobre la cabeza; quemar las habitaciones de miserables que no tienen pan, romper sus muebles, robar otros, beber el vino que hay almacenado en las bodegas, violar las mujeres que se encuentra en las calles, quemar millones de pesetas en pólvora y dejar detrás de sí la miseria y el cólera...»

Otros aún, filósofos, economistas, pensadores de toda clase expresaron esta misma opinión, y algunos como Barbault y Aikings en sus *Evenings at Home*, calificaron la guerra de serie de asesinos, de homicidios colectivos.

Ahora bien, con toda sinceridad; de estas opiniones de Lao Tsé, de Séneca, de Tertuliano, de Bède, de la Iglesia, de Kheltchitsky, de Swift, de Fénelon, de Maquiavelo, de Voltaire, de Burke, de Boucher de Perthes, de Condorcet, de Luisa Ackermann, de Guy de Maupassant, ¿no se desprende que para todos estos filósofos el militarismo es la escuela del crimen?

Decir que la miseria y la ruina florecen donde florece el ejército, *equivale a que el ejército es causa de ruinas y miserias, es decir, criminal.*

Decir que un individuo no puede obrar a un mismo tiempo como buen general y hombre honrado, *equivale a que el buen general obra necesariamente como un mal hombre, es decir, que es un criminal.*

Afirmar que la guerra tiene por herencias el fraude, las crueldades, las injusticias, *equivale a decir que engendra falsarios, crueles, injustos, es decir, criminales, y que estos criminales son guerreros, militares profesionales.*

Decir que el soldado es un asalariado para matar a sus semejantes, *es decir que el militar es un asesino.*

Decir que la guerra es el mayor de todos los vicios, *es decir que los que la ejercen -por vocación- son los más viciosos, los más criminales de todos los hombres.*

Decir que el que hace de la guerra una profesión no puede dejar de ser vicioso, *es decir que la guerra y, por consiguiente, el militarismo es la escuela del crimen.*²⁸⁷

¿No es extraño ver que se levanten estatuas a estos filósofos como Voltaire, Burke, Fénelon, Swift, etc., autores del mismo aforismo que a nosotros nos valió tantos insultos?

¿No les parece que esta repetición de idéntico pensamiento, bajo formas tan diferentes, en épocas tan diversas, en lugares tan desemejantes, por hombres tan extraños unos de otros y todos deduciéndola de los hechos observados, no les parece, repito, que esta repetición tan frecuente reviste al pensamiento de un carácter de verdad?

Así nos parece y creemos acertar pensando como Lao Tsé, Séneca, Tertuliano, Swift, Fénelon, Maquiavelo, Voltaire, Burke, Franklin, Tolstoi, Colajanni, Corre y tantos otros, y no como piensan los generales lung, Du Barail, y los señores C. Dreyfus, Peyrouton, etc.

Algunos, pocos por cierto, me objetaron que mi psicología llegaba retrasada, pues daba el estado de alma de un ejército desaparecido.²⁸⁸

El reproche es chocante y rebela o una lectura sin atención o un extraño procedimiento de crítica. El lector sabe que los caracteres psíquicos de los militares profesionales fueron deducidos de numerosos hechos que datan desde 1794 a 1893. ¿Cómo es posible que con hechos relativos a este siglo fuéramos a hacer el retrato de los militares de siglos pasados? Desearíamos que nos lo explicaran. Confesamos que no podemos comprender cómo un retrato dibujado según observaciones de nuestra época, puede concernir únicamente a los militares de otras épocas.

²⁸⁷ Si se nos objetara que en este caso *todos los soldados* son asesinos y criminales, responderemos que es verdad, pero que entre el soldado por obligación y el militar por vocación hay, no obstante, una diferencia; la de que el primero es un criminal por *ocasión* y el segundo por *profesión*.

²⁸⁸ *Mercure de France*, Octubre 1893. Un militar profesional. – *L'Estafette*, 23 de Diciembre, A. P. – *Ere Nouvelle*, Abril 1894, C. Dreyfus.

Contraste curioso. El señor Eduardo Drumont, para criticarme, hizo el elogio del ejército mercenario de los siglos pasados. Vale la pena de que lo cite:

«¿Conocen nada tan admirable como esta existencia del verdadero soldado, de que el señor Hamon no ha comprendido nada? Después de la del cura, ¿hay función más elevada que la de este ser lleno de sacrificio, siempre pronto a morir, siempre dispuesto a obedecer al primer llamamiento de la Patria?»

»Estéticamente, un bello oficial bien plantado sobre la silla de un caballo fogoso, causa la impresión incompleta de la belleza viril. Es la vida en toda su fuerza, en todo su florecimiento de energía, y al mismo tiempo, es el sacrificio que de antemano se hace de esta vida que los hombres estiman por encima de todo.

»Y al contrario, ¿conocen nada tan desconsolador como la existencia de este desgraciado arrancado a su campo, a su aldea, arrojado durante tres años a su cuartel, lejos de las suyas, lejos de todo lo que él ama, condenado a vivir con otros hombres tan dignos de compasión como él?»

»¿Qué vigor en reserva quieren que le quede a un país cuando en veinte años toda la gente haya pasado por estos cuarteles? Todos estos campesinos que se habrían casado con una sólida muchacha y habrían sido fuente de robustas generaciones, vuelven ahora a sus casas más o menos sifilíticos, con la noción de Dios y el respeto a la mujer perdidos, perdido el hábito del trabajo gracias a una mecánica, a la vez que embrutecedora, vacía. Son generaciones muertas.

»Hamon, que no tiene un cerebro filosófico, la emprende contra los jefes por este resultado. Es absolutamente insensato. La verdad es que el sistema militar actual no es otra cosa que una manifestación más del régimen absolutamente incoherente, imbécil y delirante que comenzó a funcionar a partir de 1789.

»Bajo el antiguo régimen no existía lo que hoy vemos. La milicia tomaba diez mil hombres cada año y éstos se iban a hacer un simulacro de ejercicio a la vecina ciudad. No habían más soldados que los que querían serlo; los nobles, que amaban esta gloriosa profesión por tradición, y las malas cabezas y los aventureros que se alistaban en los banderines del muelle de la Rapée.

»La sociedad de entonces, cristiana como era, estaba fundada sobre la libertad; pues, como dijo San Pablo, «el espíritu de Dios nos llama a la libertad y no a la servidumbre».

»Entonces cada individuo obedecía a su vocación, a la misión a que estaba predestinado. Los que amaban el rezo rogaban en paz; los que amaban la pintura, pintaban, y si pintaban bien los soberanos los tomaban a su servicio. Los que amaban el ruido de las espuelas, los brillantes uniformes, entraban voluntariamente en el ejército y felices vivían en él; no soñaban con escribir estudios psicológicos contra sus superiores; en tiempos de paz cantaban ante los toneles y bromeaban con las cantineras, como en los cuadros de Pater.

»De tarde en tarde estos héroes sentían la necesidad de batirse y se encontraban en la frontera con gentes que sentían el mismo deseo. Todo se pasaba alegremente y galantemente. «Tiren ustedes primero, señores ingleses» -decía el mayor de los guardias franceses, en Fontenoy-. «Aseguren sus sombreros, señores -decía el mariscal de la Casa Real-; vamos a tener el honor de cargar».

«Esto daba satisfacción a los instintos marciales, a las aspiraciones heroicas de la especie humana y no atacaban la existencia misma de la nación. Durante aquellos tiempos, los sacerdotes rezaban, los artistas pintaban o cincelaban y los campesinos continuaban viviendo la vida moralizadora y fortificante de los campos. Una explotación industrial, calentada al blanco para enriquecer a algunos jefes de taller, no había hecho de nuestra raza una raza de linfáticos, de raquíuticos y de escrofulosos. Malthus no hallaba adeptos en nuestros campos y los campesinos obedecían al cura que desde el púlpito parafraseaba el Crezcan y multiplíquense de la Escritura».

»Pero el señor Hamon, evidentemente, no ve todo estos. Digámoslo una vez más; es un espíritu recto conmovido por el espectáculo del mal social, pero su horizonte es poco extenso».²⁸⁹

No, yo no veo todo esto, y estaría muy pesaroso viéndolo. Este cuadro es encantador, pero completamente inexacto, pues preferimos dar crédito a los generales de aquellas épocas, como el gran Federico, que en su *Anti Machiavel* escribió:

«Los soldados están compuestos de la parte más vil de los pueblos: gandules que aman más la ociosidad que el trabajo, viciosos que buscan la licencia y la impunidad en las tropas... Confieso que el orden de un ejército no puede subsistir sin severidad, porque, ¿cómo contener en su deber a libertinos, viciosos, locos, gandules, temerarios, animales groseros y mecánicos, si en parte no les contuviera el miedo a los castigos?»

¿Y estos locos, estos viciosos, estos gandules, dejaban rogar en paz a los curas, pintar a los pintores, trabajar a los campesinos? Esto parece, esto es contrario a la razón. No puede ser. No puedo enumerar aquí todas las pruebas que tumban de espaldas la gratuita afirmación del señor Drumont. Pero recordaré las grandes compañías del condestable Du Guesclin, el saqueo de Magdebourg por Tilly, el incendio del Palatinado por Turena. Los sacerdotes pagaban una contribución de guerra para poder rezar en paz, como tuvo que hacer el Papa con Du Guesclin. Los artistas, los artesanos, no podían entregarse a sus artes, a sus oficios, cuando la soldadesca saqueaba a Magdebourg, violando jóvenes, asesinando hombres, rompiendo muebles y destrozando libros. Los campesinos no podían sembrar en paz cuando Turena, el gran Turena, incendiaba sus casas y cosechas, rompía sus arados, robaba el ganado, ahorcaba a todos. Si Pater ha pintado soldados requebrando cantineras, hay pintores como Callot, Le Nain, que nos han mostrado a estos soldados de antaño ocupados en saquear las poblaciones, incendiar las casas de campo, etc. Con su buril imperecedero, Callot ha trazado *Las pequeñas y las grandes miserias de la guerra*. Dejó una veintena de planchas que recomendamos a la atención del señor Drumont, especialmente las numeradas 4, 5, 6, 7.

Aquellos militares no se entretenían requebrando cantineras y bebiéndose el mosto de los toneles; hacían algo más y peor; saqueaban cortijos, incendiaban abadías, violaban las muchachas, robaban bueyes, gallinas; ánades, vino, cálices, patenas, estolas.

El señor Drumont me permitirá que le cite una página del libro del señor Alonso Feillet. Honrado con una mención honorífica de la Academia de Ciencias Morales, su obra *La Misère au temps de la Fronde et de Saint Vincent de Paul*, tiene para mi tesis tanto mayor valor por que está muy bien documentada y confortada con notas auténticas. Véase la muestra en este relato del benedictino Dom Furcy Baurin:

«En 18 días de permanencia el ejército real arruinó tanto los trigos como los prados, todas las casas de los arrabales, una parte de las de la ciudad (Ribemont)... las sillas del coro y los ventanales de la abadía reducidos a cenizas por la malicia de los soldados. La campiña está ocupada por ellos y disponen a su antojo, como cosa propia; el robo es común, y las violencias y los homicidios pasan por acciones generosas y por ventajas de la guerra...» (*La Miseria en tiempos de la Francia*, pág. 292).

¿Me dirán que el relato del pobre benedictino puede ser exagerado? ¿Sí? Entonces aceptarme una carta del mariscal Fabert. En ésta narra a Mazarino, que el general Rozen dijo durante una cena que «los pueblos entre el Aisne y el Meuse le fueron abandonados para que los saqueara».

²⁸⁹ *La Libre Parole*, 19 de Diciembre de 1893. – *Le Petit Troyen*, 20, Troyes. – *La Bourgogne*, 21, Auxerre. – *Le Messenger Memorial*, 21, Moulins. – *La Nouvelle Bourgogne*, 21, Dijon. – *La Verité*, 20. – *Le Journal de la Dordogne*, 22, Perigueux. – *Le Ralliement*, 21, Montauban. – *L'Express du Midi*, 21, Toulouse. – *L'Union Catholique*, 21, Rodez. – *Le Messenger*, 22, Valence.

Y continúa el señor Feillet:

«Pero pronto llegó el mal a tal extremo, que los jefes de los cuerpos de ejército, temiendo probablemente por su seguridad las resoluciones desesperadas de los desgraciados habitantes, se dirigieron colectivamente a Mazarino. ¡A qué altura llegaría la marea de sangre para que cuatro oficiales arrojaran este grito de alarma! Sabido es que si la piedad que inspiran los males de la guerra debe buscarse en alguna parte, no es en un soldado; sus ojos están acostumbrados a las escenas de desolación y carnicería: así cuando se leen las memorias de los grandes capitanes, como los de Turena, por ejemplo, se indigna uno a pesar suyo al ver con qué sangre fría cuentan las escenas más atroces» (ob. cit., pág. 293-294).

La carta colectiva de los mariscales o generales Fabert, Noirmoutiers, Bussy Lamet y Montaigut, es de lo más expresivo que darse puede: júzguese por estos extractos:

«El mal que causa Rozen es ya tan grande que no es solo el pueblo el perjudicado; el alojamiento que Rozen endosa a los castillos y casas señoriales, los ultrajes y malos tratos que sus moradores reciben indignan infinitamente... Los campesinos toman ya las armas para salvar lo poco que les queda y si Rozen desea, como amenaza, que monten más en cólera...»

Observen que se trata aquí de tropas francesas sobre territorio francés. ¿Qué no pasaría en territorio enemigo? No insistamos, el cuadro es exacto.²⁹⁰

A pesar de toda nuestra buena voluntad no vemos bajo el antiguo régimen rogar a los curas, pintar a los artistas, trabajar a los campesinos en paz mientras los soldados se batían.

Una objeción general me regocijó en extremo por su extrañeza. La crítica me enseñó muy gravemente que las demás profesiones también eran escuelas del crimen.

«Pero allí donde el señor Hamon parece ceder al espíritu de partido, es cuando quiere hacer de esta criminalidad oculta la herencia del militar profesional. En efecto, esta criminalidad oculta se halla en todas partes, únicamente la forma varía según las profesiones. En el comercio, en la banca, se traduce por robos que nadie castiga; en la policía, en la magistratura, por abusos del poder; *claro está que en el ejército debe manifestarse por actos de violencia*. ¿Pero qué prueba esto, sino la influencia del medio social sobre la forma de la criminalidad? Y el catálogo de estos actos de violencia, por lo demás raros, diga lo que quiera el autor, ¿será nunca la prueba de que todos los militares son unos brutos? Tanto valdría sostener que todos los comerciantes son ladrones y que todos los hombres son criminales a su manera» (*Revue Scientifique*, 9 de Diciembre de 1893).

«No discutiré, señor, el sentimiento que le impulsó a escribir la *Psicología del Militar Profesional*, y dejando a un lado los legítimos escrúpulos de un alma patriota, no intentaré traspasarles con el asta de la bandera nacional... Pero criticaré un método científico, que, tal como usted lo aplica, me parece de naturaleza para desacreditar por sí solo nuestras conclusiones. ¿Cree usted haber hecho obra de psicología, cuidadoso de una verdad casi absoluta, buscando un cierto número de documentos aislados, que luego reúne usted en bloque, de apariencia compacta, para destrozar los cuadros del enemigo? El procedimiento acaso sea de buena guerra, pero a mi modo de ver no es de buena filosofía, pues no da más que resultados incompletos e inducciones discutibles. No hay, en efecto, en este mundo, «oficio» o «arte» que pueda resistir a semejante prueba y fácil sería demostrar que la Ciencia, la Literatura, el Comercio y la Magistratura, son igualmente escuelas de crímenes, *menos brutales sin duda*, pero más refinadas y acaso más hipócritas. Cita usted demasiado hechos o no cita usted bastantes, y el menor grano de observación personal sería más adecuado sin duda» (*Le Petit billet du matin* al señor A. Hamon, por Marcel L'heureux. – *Gil Blas*, 15 de Diciembre de 1893).

«Las taras profesionales están en todas partes. Hay militares duros, brutales, feroces, en el combate; ¿pero se cree que en las profesiones pacíficas no hay dureza, ni brutalidad, hasta ferocidad? El dueño de

²⁹⁰ La obra del señor Feillet tiene 560 pág., de las cuales 300 están llenas con los sufrimientos de las poblaciones y con los males causados por los soldados desde 1643 a 1652.

una fábrica que hace pesar un trabajo aplastante sobre los soldados de la miseria, royéndoles al salario y aumentándoles el tiempo de fatiga, ¿no presenta alguna de las taras que se reprochan al general y al coronel? ¿Acaso el fabricante considera algo más a sus obreras débiles, hambrientas, mal pagadas y mal albergadas? El capitán, a veces, trata mucho mejor a sus hombres. ¿Cree el señor Hamon que los banqueros reciben con la sonrisa en los labios a los deudores que van a reponerle una nueva demora de pago? ¿Son el despojo y el robo hechos extraordinarios, que solamente se encuentran en las columnas de tiradores senegaleses o annamitas? El autor no tiene más que leer un estudio de un fiscal, y verá florecer un bandidaje legal, a cuyo lado las exacciones de las antiguas oficinas árabes eran delicadezas. La envidia, el rudo deseo de avanzar en la carrera, el aplastamiento de los débiles y la supremacía de los fuertes se ven en todas partes. Que el señor Hamon se dé también cuenta de lo que pasa en el libre ejército de las letras y verá reproducidos todos los vicios, todas las envidias, todas las opresiones, todos los odios y todas las maldades que reprocha a los que calzan espuelas o llevan espada al cinto. En fin, el soldado bebe, gandulea, atropella a los paseantes, se sirve del acero que lleva para amedrentar a los desarmados, y, finalmente, en ciertas circunstancias, mata. ¿Pero el autor no ha paseado nunca su filosofía por el arrabal, en un barrio excéntrico, a la salida de los talleres, el sábado, hasta las tabernas? Su cuadro lo mismo puede ser el de un mal obrero que el de un mal soldado» (*Echo de París*, 3 de Enero de 1894. – E. Lepelletier).²⁹¹

El descubrimiento era tanto más difícil de hacer, cuanto que yo mismo lo dije en mi libro. Pero que lo dijera o no, que fuera o no verdad, esto importaba poco al caso. En efecto, del hecho que diversas profesiones sean escuelas del crimen y de inmoralidad, no se sigue una disminución o una desaparición de la inmoralidad y de la criminalidad especiales a los militares profesionales. ¿Por qué, pues, esta objeción? ¿Qué me importa, en un estudio sobre la mentalidad militar, saber que existen mentalidades especiales a las demás profesiones? En realidad, este conocimiento no tiene otra importancia que la de confirmar indirectamente la existencia de la mentalidad militar profesional. Si esto es lo que quisieron decir nuestros críticos, convencido estoy de que tienen razón; si de este modo quisieron perjudicar a mi tesis, confieso que no alcanzo a ver el valor de su argumento.

El señor Bailhache nos acusó de no haber tenido en cuenta dos factores muy importantes: la formación social que varía con los diversos pueblos y el carácter individual que varía de una a otra persona.²⁹² Este crítico no se apercibió de que estudiando la influencia de la profesión sobre el estado mental de los individuos que la ejercen, no teníamos por qué ocuparnos de estos dos factores que alteran más o menos la forma, pero no la naturaleza de las características mentales determinadas por la profesión. Ahora bien; el mismo señor Bailhache confirmó implícitamente nuestra tesis -aún negándola- dejando escrito que «el militarismo es un sistema artificial y que para mantenerlo es necesario emplear procedimientos artificiales, de los cuales los más eficaces son el temor y la violencia».

En efecto, si el ejercicio de la profesión militar trae consigo el respeto y la violencia, forzosamente los jefes han de emplear la amenaza y la misma violencia. Poco a poco va influyendo su uso sobre la mentalidad de los militares profesionales y desarrolla en ellos ciertos caracteres psíquicos en detrimento de otros; caracteres que tienen por efecto la infatuación y la violencia.

Ciertos críticos nos hicieron diversas objeciones que tendían a probar que nosotros no escribimos nuestro libro sobre el plan que aquellos hubieran querido. Hubo quien estimó que el título era «pretencioso y malo» y hubiera preferido que habláramos «de las cargas colosales que pesan sobre el presupuesto de la humanidad» gracias al militarismo. Otro sentía que no

²⁹¹ Esta objeción se halla asimismo en *Petite République*, 12 de Diciembre 1893, G. Renard. – *Gironde* (Bordeaux), 23. – *Estafette*, 29, A. Peyrouton. – *Revue des Revues*, 15 de Enero de 1894, general Iung. – *Journal des Economistes*, Enero 1894, Rouxel. – *Journal del Debats*, 29, H. Malo. – *Journal de la Marne* (Châlons), 2 de Febrero. – *Concord* (London), Febrero 1894. – *Ere Nouvelle*, Marzo 1894, P. Dramas; S. Merlino. – *Ere Nouvelle*, Enero, Marzo, Abril, 1894, P. Dramas.

²⁹² *Mouvement social*, Marzo 1895.

nos hubiéramos ocupado de las razones que obligan a los pueblos a poseer el militarismo, a hacer las guerras,²⁹³ y las ventajas que resultan de este militarismo.²⁹⁴

Sin duda, estos críticos no se dieron cuenta de que nosotros no escribíamos una obra sobre el militarismo -entonces sus observaciones hubieran sido exactas-, sino un estudio de la mentalidad que la profesión militar determina en los que la ejercen. En nuestro caso no era cuestión de tratar de los millones gastados inútilmente y que pesan sobre los pueblos, ni de las necesidades de la guerra, ni siquiera de las ventajas del militarismo, si estas ventajas -que existen: difusión de la instrucción, fusión de los elementos étnicos desemejantes, homogeneización de los individuos- tienen alguna influencia sobre la mentalidad de los profesionales.

Los críticos que por este camino la emprendieron tan vigorosamente tuvieron buen cuidado de sacar los habituales clichés tan caros a los panegiristas del ejército. Leímos cómo calificaban al ejército de: escuela de desinterés,²⁹⁵ de abnegación, de sacrificio,²⁹⁶ de moralización,²⁹⁷ del deber,²⁹⁸ de igualdad, de Fraternidad,²⁹⁹ de trabajo,³⁰⁰ de vida regular, de higiene³⁰¹ y de honor.

Los hechos que figuran en esta *Defensa*, y los que relatamos en nuestro libro echan por tierra esas palabras sonoras que desafiamos se prueben *con hechos*.³⁰² ¿Quién ignora que Napoleón I se lamentó de haber hecho ricos a sus generales, que le abandonaron más tarde, cuando le vieron caído? ¿Quién deja de saber que, según sus intereses, estos profesionales sirvieron primero a Francia, luego al extranjero y más tarde a Francia otra vez? Los grados que adquirirían combatiendo contra su país les fueron confirmados cuando regresaron a su patria. Últimamente leímos una obra manuscrita, *La grande Duperie*, de C. Détré, y en ella vimos una sugestiva lista de militares profesionales glorificados, a quienes se había levantado estatuas. Tan desinteresados eran estos generales y coroneles, que corrían de un ejército a otro según les convenía. La lista es interesante: Dumouriez, duque de Chartres, Ney, Murat, Bernadotte, Moreau, Soult, de Bouille, de Montalembert, Masséna, Davoust, de Bourmont, Clouet, duque de Coigny, de Montmorency, marqués de Saint-Simón, Alex, de Lameth, Latour-Maubourg, barón Jomini, Ernouf, etc.

Son tan desinteresados y morales los profesionales, que el general de Cubières, el mariscal Soult y muchos otros, conocidos y desconocidos, confesaron haber recibido *gratificaciones*. Es necesario tener una fe ciega muy grande para creer que el ejército es escuela del honor y de todas las virtudes. Es necesario ser ciego, puesto que todos los archivos están llenos de memorias de oficiales y soldados, que contienen millones de hechos que demuestran lo contrario. Léase, por ejemplo, la obra reciente del señor E. Guillon, *Les complots militaires sous*

²⁹³ *Cobarde*, 5 de Diciembre de 1893. – *Soir*, 18, A. David. – *Estafette*, 29, A. Peyrouton.

²⁹⁴ «Revista crítica mensile di opere di filosofia scientifica», Marzo de 1894, Milano, Dr. Morselli.

²⁹⁵ *Mercure de France*, Octubre de 1893, Un profesional. – *Estafette*, 23 de Diciembre de 1893. – *Echo de la Semaine*, 31, A. P. – *Figaro*, 2 de Enero de 1894, Saint-Genest. – *Dépêche de Clermont Ferrand*, 31. – *Petit Californien*, 24 de Febrero de 1894, San Francisco. – *Gil Blas*, 1 de Febrero, C. des Perrières. – *Journal des Débats*, 29 de Enero de 1894, A. Malo.

²⁹⁶ *Gironde*, 23 de Diciembre de 1893. – *Journal de Berlin*, 23, Miles. – *Petite République*, 12, G. Renard. – *Nacional*, 7 de Febrero de 1894, G. Lavergne. – *Etudes religieuses*, 31 de Mayo de 1894, A. B. de la S. de J.

²⁹⁷ *Revue scientifique*, 9 de Diciembre de 1893. – *Journal de la Marne*, 2 de Febrero de 1894, Châlons.

²⁹⁸ *Autorité*, 9 de Febrero de 1894. – *Courrier de la Champagne*, 11, Reims, A. de Batz.

²⁹⁹ *Mercure de France*, Octubre 1894.

³⁰⁰ *Revue scientifique*, 9 de Diciembre.

³⁰¹ *Echo de Paris*, 27 de Diciembre, Turpin. – *Nacional*, 7 de Febrero de 1894, G. Lavergne. – *Etudes religieuses*, 31 de Mayo de 1894, A. B. de la S. de J.

³⁰² El señor Ledrain en *L'Echo de Paris*, 27 de Diciembre y en *Ere Nouvelle* de Abril, 1894, cree en esta demostración; nosotros la juzgamos imposible.

le Consulat et l'Empire,³⁰³ y se verá el número de generales, mariscales de aquella época, ilustres hombres de guerra, y lo que hicieron, conformando con nuestros asertos.

El reciente «affaire» del capitán Dreyfus y de otros oficiales franceses, italianos, alemanes, que fueron traidores o espías, aquí están para demostrar que el desinterés y la moralidad es de lo que menos se cuidan los militares profesionales.

Pero tengan la paciencia de escuchar este hecho extraordinariamente sugestivo, gracias a la candidez de su autor³⁰⁴:

«Un mozo de una casa de campo mata a su dueño, por cuestión de intereses, y a otras dos personas. Fue condenado a muerte. En la cárcel contó que había sido «un soldado intrépido que salvo la vida a dos oficiales» y fue propuesto para la medalla militar. El desgraciado añadió: “Es extraño, en el Tonkin he matado tantos hombres como pude, y quisieron condecorarme. Mato tres aquí y quieren ahorcarme”».

Esto motivó al autor del folleto esta justa reflexión:

«La opinión, sobre el homicidio, de este condenado a muerte, resume esta perversidad de la conciencia producida por el militarismo *a outrance*».

No pretendo de ningún modo probar que el militarismo no sea escuela del valor, pero el valor que desarrolla es violento y brutal. El valor de los militares profesionales se manifiesta por actos violentos, brutales y nada más que por estas formas de actos. No es, pues el valor la característica del militar profesional, sino la brutalidad. Por lo demás, el valor no es peculiar a ninguna profesión; se halla en todos los hombres; únicamente cambia la modalidad. El médico y el enfermo que cuidan coléricos, el químico que estudia los explosivos y los tóxicos, el ingeniero que busca aparatos nuevos en experimentos peligrosos, el pizarrero trabajando en los tejados, el maquinista dirigiendo su locomotora, el pensador escribiendo lo que cree, con riesgo de que lo lleven a la cárcel o le fusilen, el criminal político que arriesga su vida por su ideal, el sacerdote que afronta las balas para ayudar a los soldados a morir en estado de gracia, el misionero afrontando los suplicios para ir a llevar la buena nueva a lejanas regiones, etc., manifiestan, bajo formas variadas, el mismo sentimiento de valor, de abnegación, de sacrificio. Así, pues, el valor no es especial a los militares, y en un estudio sobre la *psicología* del militar profesional no tenía otra cosa que buscar más que las características mentales de este militar.

Todos sabemos que en tiempo de guerra las milicias, los soldados ocasionales, obran tan valerosamente como los militares profesionales. ¿No será permitido deducir de esto que se exagera considerando el ejército como ejerciendo una gran influencia sobre el desarrollo del valor en los individuos?

«Algunos sabios americanos, que recientemente se han puesto a estudiar la psicología de los moribundos sobre el campo de batalla, han aportado hechos muy desoladores. Parece que las actitudes heroicas atribuidas a los guerreros en el momento del combate, son de lo más falso e imaginario que darse puede. Todas las coqueterías heroicas con la muerte, todas las actitudes más o menos dignas y nobles, al decir de estos sabios, cuyos datos han sido resumidos por la «Popular Science Monthly», no existen más que en las imaginaciones que trabajan después de cada batalla» (*Revue des Revues*, Septiembre de 1893).

Otro trabajo que en Octubre de 1893 publicó la *Revue des Revues*, según *Waffen Nieder*, las memorias del pintor Vereschagin, tiende a demostrar que el valor de los militares es más imaginado que real. ¡Es otra aureola que desaparece! Pero esto poco monta, pues lo cierto es

³⁰³ Volumen. París 1894, Plon et Nourrit, editor.

³⁰⁴ Lo sacamos de un folleto titulado «La guerre», del señor Hermitte, abogado, Bordeaux 1893.

que el valor -hasta el valor guerrero- no es especial a los militares profesionales y en la determinación de sus caracteres psíquicos no teníamos por qué ocuparnos de él.

El señor Manouvrier, criminólogo conocidísimo, escribió a propósito de nuestro libro:

«Su título parece significar que se trata de la descripción de un estado típico, general, o por lo menos, medio, de los que ejercen la profesión militar. En este caso, el militar profesional, descrito por el señor Hamon, no pasa de ser como el famoso *criminal nato* de fabricación italiana; una especie de mosaico, un vestido de arlequín, un macho cabrío emisario, simple maniquí cargado con todas las iniquidades, con todas las taras de una profesión... Pero si el título del libro del señor Hamon está en desacuerdo con el contenido, no deja por eso de caracterizar el objetivo del autor. Este objetivo, en efecto, no fue emprender la monografía psicológica completa de la profesión militar y de ciertas otras, sino mostrar que la criminalidad reviste en cada profesión una forma más o menos particular en relación con las condiciones más menos especiales inherentes a las diversas profesiones dentro del estado actual de la Sociedad».³⁰⁵

Hay en esta crítica un cierto fondo de verdad debido a una real falta de unidad de nuestro libro, de unidad armonizándose con el título. Este defecto proviene de la génesis de esta obra.

Como hizo observar el doctor Corre en la *Société Nouvelle*, primitivamente esta obra se limitó a un artículo de revista. Hasta la idea primordial fue titularlo ¡*L'armée, école de l'honneur!* El título irónico indicaba el espíritu de combate que lo animaba, allá por el año 1892. Pero ante la masa de documentos, mi idea se modificó y quise escribir la *criminología profesional del militar*, criminalidad oculta. La memoria revistió esta forma y luego se modificó para dar lugar al libro tal como se conoce, tal como se publicó.

³⁰⁵ *Ere Nouvelle*, Abril 1894. – En la información que abrió el señor G. Docquois, tomaron también parte los señores Gaston Deville, Elíseo Reclus, Juan Grave del cual son estas líneas: «Para todos los que han visto el ejército de cerca y han sufrido el yugo que hace pesar sobre el individuo, la tesis sostenida por el señor Hamon en su *Ensayo de psicología del militar profesional* no tiene nada de excesivo. Por el rigor de su código, que castiga con penas atroces la menor falla a una obediencia que se exige pasiva, por su jerarquía, que crea inferiores y superiores, el ejército embrutece al individuo, lo habitúa a aceptarlo todo mientras venga de la autoridad cuando está debajo, a abusar del poder cuando sube de grado... Secuestrando la juventud de la vida corriente y de las relaciones diarias, se detiene su desarrollo intelectual. Comprimiendo sus necesidades, se les sobreexcita y cambia de vicios... Educados para la guerra, es evidente que la vida humana se convierte en cosa de monda para ellos. ¿Acaso no tienen la consigna de cargar contra el que pretende violar la prohibición que ellos pueden estar encargados de hacer respetar? Si todos los que salen del ejército no son asesinos, por lo menos es la incubación de los borrachos, de los «maqueraux» y de los policías...». El señor Domela Nieuwenhins dio esta apreciación: «Por mi parte, estimo que Hamon fue discreto, pues se dio el trabajo de hacer una elección en una mina de abusos cuyo relato, menos moderado, hubiera podido llenar mil páginas. He aquí, en efecto, la regla y no la excepción: el servicio militar embrutece al que a él se doblega... *vida militar y desmoralización* se equilibraron. El cuartel es una escuela en donde se reclutan los espías, los perezosos, los lacayos y los borrachos...». Los señores Sar Peladan, C. Pissarro, Enrique Fèvre, Juan Ajalbert quien escribió: «Libros como el de Hamon van rectos al corazón de las instituciones, la tinta es la dinamita. La elocuencia de los hechos, he ahí su principal mérito... Acaso habría que reprobar al señor Hamon que no haya abordado sino ciertas partes de la cuestión, un poco generales, aplicables a muchas otras clases de ciudadanos, los efectos de la profesión sobre la mentalidad de sus miembros, el espíritu de cuerpo entre otros, común en todas las profesiones. De otra parte, quedaron omitidas dos observaciones capitales merecedoras cada una de un capítulo: el alcoholismo -el absentismo- por ociosidad y la vida de guarnición llega a su paroxismo, y que la sífilis tiene su foco mayor en el ejército... Según los médicos, en los descendientes de militares se observan las peores degeneraciones físicas. En tiempo de guerra las naciones se matan mutuamente; gracias al ejército, en tiempo de paz se suicidan...». El señor C. Ledrain que dijo: «Es uno de los libros más curiosos que he leído. El autor tiene hábitos filosóficos, un cuidado particular en recoger los hechos minuciosos. ¿Pero apoyándose en Corre, no hace algo de Taine?... Es un hombre de talento, pero seguramente un apasionado, del cual hay que desconfiar. De todos modos, ¡cuántas reflexiones justas, qué finas observaciones en esta obra! Si todo es verdad, no deja de haber partes exactas...». El señor Jorge Montorgueil: «El libro del señor Hamon es un libro firme, valiente y honrado...». En fin, tomaron asimismo parte en la información abierta, los señores J. Delafosse, doctor Boyer y la señorita baronesa Berta de Suttner. Exceptuando los señores Danville y Delafosse, fueron aprobaciones de nuestra tesis. Esta información fue reproducida por el *People* de Lyon, 8, 9, 10, 11 de Abril de 1894.

Se comprende que estas modificaciones sucesivas en su parto, han creado, necesariamente, un producto falto de unidad, sin que deje de tener su valor, ya que ciertos críticos así lo hicieron observar. Por esto, en cierta medida, está justificada la crítica de nuestro sabio colega de la Société de anthropologie de París.³⁰⁶

Hay capítulos de nuestro libro, como los III y IX, que realmente están en armonía con el título *Psicología del Militar profesional*. Los II, X y XI no tienen más que una relación lejana con el título, el primero propio de una obra *general* sobre el militarismo, los otros dos de un estudio de criminología profesional. Esta real discordancia explica la crítica de conjunto, hecho por el señor Manouvrier, que, en cierta medida, prueba su verdad.

Y digo en cierta medida, porque pienso haber dado realmente la monografía psicológica completa de la profesión militar, porque estoy convencido que el *tipo* general, medio, que surge de mi libro como tipo del militar profesional, es real y de ningún modo un maniquí.

Es como el tipo Caballo, el tipo Hombre, el tipo Perro, como en el género humano el tipo Mongólico, el tipo Caucásico. El naturalista presenta los caracteres comunes a todos los individuos del género Perro y forma con ellos un tipo medio de que participan el lebre, el gran danés, el carlino, el braco. Sin embargo, la descripción de este tipo ideal no es descripción del lebre, del carlino o del braco; y para cada una de estas razas se podría hacer una descripción media que no sería la del lebre y de un carlino determinado. Del mismo modo obra la antropología.

No obstante, descrito el tipo medio de Perro u Hombre, todos reconocemos su exactitud, su utilidad. En el orden psicológico, fue nuestra intención formar un tipo ideal, medio, del estado psíquico determinado por ciertas profesiones.

Existe un estado común psíquico especial a los individuos que ejercen una profesión, como escribimos en el prólogo de este libro. Esta mentalidad, específica de las profesiones y de las sectas, descubierta por nosotros *después de otros muchos* individuos -entre los cuales La Bruyère- que escribían bajo otro título sobre el particular, fue *después de nosotros* descubierta por el doctor Gustavo Le Bon. Este sabio escribió en la *Revue Scientifique* del 6 de Abril de 1895:

«La casta comprende solamente los individuos de una misma profesión y, por consiguiente, de educación y de medio casi semejantes... La casta representa el más elevado grado de organización de que es susceptible la multitud homogénea. Se compone, en efecto, de individuos que, por sus gastos, sus tendencias, su educación y su ambiente, son muy semejantes unos a otros, si no en todos los puntos de su constitución mental, por lo menos en las líneas fundamentales de su conducta. Hasta hay ciertas castas: las castas militar y sacerdotal, por ejemplo, en que todos los miembros acaban por parecerse en sus rasgos morales y hasta en su aire, al extremo de que ningún disfraz les permite ocultar su profesión... Piensa, juzga y obra con el alma de su casta... Basta mirar los individuos de una misma casta, militar, magistrados, etc., para ver hasta qué punto están fundidos en el mismo molde... El espíritu de casta obra sin duda sobre el individuo aislado de ella, pero sobre todo cuando los individuos de la misma casta están reunidos, es cuando ejerce su poderoso imperio».

Existe, pues, sin que pueda ponerse en duda fácilmente, una mentalidad profesional, específica de todos los individuos que ejercen la profesión.

En nuestro primer volumen de estudios de psicología social tuvimos la intención de investigar las características psíquicas de la profesión militar.

³⁰⁶ Esta misma crítica se halla en el *Parti socialiste*, 21 de Enero de 1894; en *Ere Nouvelle*, Enero y Marzo, firmada: Dramas. La sospechamos eco de la del señor Manouvrier, pues sus autores son asiduos concurrentes a los cursos que da este eminente profesor.

Pretendimos determinar un tipo medio del que participan todos los militares. Pretendimos que, en diversos grados de desarrollo, estas características mentales están en todos los encéfalos de los militares profesionales.

El tipo de que hemos hablado -tipo que no hemos mostrado netamente a causa de las modificaciones sucesivas que sufrió nuestro trabajo- no es un maniquí como el tipo *criminal nato* de Lombroso. No puede comparársele. Lombroso no tiene un criterio del criminal y del no criminal; no tiene una definición del crimen bastante sólida sobre la que apoyarse para poder decir de un modo cierto: este es un criminal, aquel no lo es. No tiene una base para asentar su *criminal nato*, pues el hombre no puede actualmente ni mostrar los límites del crimen, ni los límites de la locura, ni de la degeneración, ni de la razón, ni los de la honradez.

Nosotros poseemos una base para asentar el tipo militar, el tipo policía, el tipo magistrado profesional. Se sabe lo que es la profesión militar, la de magistrado, la de policía. Están bien definidas, netamente separadas unas de otras. La investigación de las características mentales especiales a todos los que ejercen estas profesiones, debe necesariamente dar un tipo medio de estos profesionales, del que participan todos los que ejercen la misma profesión, pero que no es el retrato particular de ningún individuo determinado.

Nuestro tipo psíquico profesional no es un maniquí, un vestido de arlequín, como no lo es el tipo saurio, el tipo cetáceo, el tipo mono, el tipo coleóptero de los naturalistas. Es un tipo imaginado³⁰⁷ como estos tipos, por tanto, real, mientras que actualmente está probada la irrealidad del tipo criminal nato.

Opinamos, pues, que la crítica del Dr. Manouvrier no es fundada, según nuestro juicio, sino en una proporción mínima; la que acabamos de explicar.

Por lo demás, tanto es así que existe un tipo militar profesional, que el miliciano se diferencia netamente de él. Para probarlo trasladamos al lector las siguientes líneas del Dr. Gobat³⁰⁸:

«¿Qué es lo que vemos en los países de Milicia? El oficial que viste el uniforme durante algunas semanas al año solamente, conserva en el servicio sus sentimientos de ciudadano en toda su plenitud; su grado y sus funciones no le dan a sus ojos más derecho que hacer respetar la disciplina y aplicar a los delincuentes las disposiciones penales del código militar. Permanece en la sociedad civil, no se aísla; sobre todo no se le viene a la mente la idea de considerarla inferior o como una rival del ejército. En Suiza, por ejemplo, el ceño militar sería bromeado, que los actos de brutalidad cometidos por militares contra civiles son cosa absolutamente desconocida, y si alguno ocurre, la opinión pública se encarga de corregirlos. El oficial no tiene inferiores por soldados, simples instrumentos, sino auxiliares, y siendo estos ciudadanos como él y poseyendo los mismos derechos cívicos que él, se guarda muy mucho el oficial de infligirle un tratamiento que no toleraría el ciudadano. La nación entera estaría a su lado y en contra del oficial que lo hubiera brutalizado o maltratado. Los mismos instructores, que son profesionales, no se permiten tales atropellos. Y sin embargo, la disciplina es allí tan buena como en los ejércitos permanentes, tal vez mejor, porque es libremente consentida.

»Tocante al espíritu de cuerpo, no existe fuerza del servicio y jamás un subordinado ha tenido que elevar sus quejas contra su jefe. La dignidad del ciudadano es respetada ante la jurisdicción militar tanto como ante lo civil».

³⁰⁷ *La Reforme*, 17 de Diciembre de 1893, Bruselas; R. B. nos reprochó haber imaginado un tipo extraño, no real.

³⁰⁸ Este sociólogo escribió en la *Conférence interparlementaire* del 1 de Mayo de 1894 lo que sigue: «Evidentemente el autor (A. Hamon) no ha querido decir que cada oficial sea capaz de cometer actos de brutalidad, de violencia, de injusticia, de inmoralidad tales como los que algunos individuos se hicieron culpables, sino que la profesión, por anestesia moral y física a que se ve conducido, por a exacerbación del principio de autoridad y del espíritu de cuerpo, contiene gérmenes de criminalidad. Basta que estos efectos psicológicos estén probados». El Dr. Gobat ha expresado de este modo parte de nuestra idea, y decimos solamente parte, pues nosotros creemos que cada oficial es, «en potencia virtual», un hombre capaz de cometer estos actos en grados diversos de intensidad.

Tal es el cuadro del miliciano hecho por el Dr. Gobat, que demuestra vigorosamente la diferencia psíquica existente entre el militar ocasional y el militar profesional; diferencia que nosotros pudimos observar personalmente, y de modo ajeno también, en Inglaterra.

Hemos llegado al término de nuestra *Defensa*, dejando las objeciones de detalle que algunos nos hicieron, especialmente por nuestro amigo Corre. Su discusión alargaría demasiado -y no adecuadamente a su importancia- esta ya demasiado extensa refutación.

El lector tiene ante su vista las objeciones y lo que nosotros consideramos refutaciones. Juzgue, pues.

¡Y ojalá pueda ver la misma verdad que nosotros!

A. Hamon.
Edimbourg, Enero 1895, y París, Abril 1895.